HARLEQUIN

Jazmín

Corazón de hielo

JESSICA HART



Corazón de hielo

Calor del Ártico.

La fotógrafa neoyorkina Wendy Walters había acudido a Alaska en busca de paz y tranquilidad, y también para conseguir fotografiar a un raro caribú. Nada ni nadie iba a detenerla. Ni siquiera el hombre más sexy de Alaska. Aunque con sólo ver a aquel guardabosques, la temperatura de Wendy subió hasta límites insospechados. Pero el estoico Joe no tenía la menor intención de permitir que aquella urbanita pusiera en peligro su reserva de animales... o su libido.

¡Tenía que marcharse cuanto antes!

Cuando aquel derrumbamiento los dejó aislados en mitad de la naturaleza, no les quedó otra alternativa que luchar juntos. ¿Conseguirían llegar a la civilización antes de que el deseo se apoderara de ellos?

UN DESTELLO entre los abetos, el sol vespertino reflejado en el bronce de un fusil: eso había llamado la atención del guardabosque y por eso estaba sin aliento en aquellos momentos, escalando entre las piedras volcánicas de una montaña de más de tres mil metros.

No había planeado pasar el domingo así.

Había descubierto la huella fangosa de una bota y pensó que seguir el rastro de un hombre era mucho más fácil que seguir el de un animal. Sobre todo, cuando la presa estaba tan verde como sin duda lo estaba aquella.

Un águila lo vigilaba desde el cielo volando en círculos. Había nidos en aquella zona, pero no era aquello lo que le importaba, al menos no ese día. Se detuvo a contemplar el vuelo de la majestuosa ave hasta perderla de vista entre la hilera de árboles de la ladera dentada de la sierra.

La tormenta que se avecinaba desde primera hora de la mañana parecía a punto de estallar. El cielo se había cubierto de nubarrones. El olor a ozono cortaba el aire estático. Aquello no era extraño a finales de agosto. Siguió su ascensión acelerando el paso. Cuando coronó la cresta y el cielo se abrió para descargar un torrente de lluvia, obtuvo su recompensa.

Su presa se agazapaba sobre un peñasco de basalto que sobresalía hacia una caída de más de trescientos metros. Su cuerpo era tan pequeño como le había indicado la huella. El hombre llevaba ropa caqui, una gorra de béisbol con la visera hacia atrás calada en la cabeza. Tenía un aspecto extraño. Desde luego, no se lo había imaginado de ese modo.

Claro que tampoco podía verlo con precisión desde aquella distancia. Echó mano a la pistolera y avanzó con cuidado entre las piedras sueltas.

El viento aullaba abajo, en el cañón, formando remolinos, cambiando la dirección de la lluvia, amenazando con desequilibrarlo. Se caló en cuestión de segundos.

Su presa no estaba corriendo mejor suerte. El hombre movía los brazos en busca de equilibrio mientras el viento lo arrastraba cada vez más hacia el precipicio. A medida que la distancia entre ambos se acortaba, el propósito del hombre se fue haciendo evidente, tal como había sospechado.

Un estuche negro, de los que se usaban para guardar rifles de gran calibre, llamó su atención mientras calculaba los últimos pasobre hasta alcanzar el peñasco del que el hombre, casi al filo, podía caer en cualquier momento.

No era una caída libre hasta el fondo del cañón, se recordó. La

ladera del precipicio estaba salpicada de rocas salientes que formaban una escalera natural para los animales. Aunque, que él supiera, ningún hombre se había atrevido a realizar aquel descenso.

El suelo estaba resbaladizo y la lluvia era un torrente helado que lo golpeaba desde todas las direcciones mientras se aproximaba al intruso. Los dos estaban empapados. Se detuvo a tan solo un paso para apartarse de los ojos un mechón de pelo mojado.

Algo no encajaba.

Caqui, pensó al tiempo que se fijaba en los hombros estrechos del hombre. Toda su ropa era color caqui. Mientras que la presa que llevaba dos horas persiguiendo iba camuflada. Estaba seguro. Con prendas grises moteadas de verde y marrón, la combinación perfecta para pasar desapercibido en aquel entorno.

— ¡Alto ahí! —el guardabosque lo apuntó con su arma y, cuando el hombre giró la cabeza, se encontró con un par de ojos azules y sobresaltados.

Los ojos de una mujer.

El trueno resonó con tal violencia que lo desequilibró. Echó el cuerpo hacia delante en busca de algún apoyo. La mujer dio un salto atrás, se dio cuenta de su error y se agarró a la camisa del guardabosque para no resbalar en el borde.

En vano. Dio un grito mientras empezaba a caer. El guardabosque se lanzó al suelo. Justo a tiempo, soltó el arma y la sujetó por la muñeca.

Ese tipo de rescates no formaba parte de su trabajo.

Por el rabillo del ojo, advirtió otro movimiento. Un movimiento que había esperado. Debajo de ellos, sobre otro peñasco basáltico, un atípico caribú se alejaba del peligro inminente que para él entrañaba la presencia de humanos.

La gorra de la mujer salió volando, lo que devolvió la atención del guardabosque a su delicada situación. El viento tiraba con fuerza de la melena rubia que servía de marco a su cara. La mujer lo miró aterrada mientras veía pasar toda su vida ante sus ojos.

Un instante después, el guardabosque la levantó de un tirón y rodaron juntos hasta hallarse ambos a salvo. Estaba encima de él, ambos calados. Un relámpago resquebrajó el cielo, la lluvia los azotaba. Aunque ella había estado a punto de matarlo, en aquel momento solo reparó en el tacto cálido de su piel. Cálido y suave.

— ¿Quién e... eres? —preguntó ella casi sin voz, a escasos centímetros de su cara. El guardabosque la miró en silencio mientras las gotas caían de los labios trémulos de la mujer sobre su propia boca.

Tras una fantasía fugaz en la que ambos estaban en un sitio seco lo

menos parecido al lugar donde se hallaban, recobró el sentido.

—El guardabosque —contestó. Se incorporó y la volteó hasta clavarla bajo su peso—. Está detenida.

El miedo desapareció de sus ojos. Sustituido por una expresión de desconcierto primero, más tarde de rabia.

— ¡Suéltame!

—No.

Trató de zafarse, pero sabía que era inútil. El hombre le sacaba unos cuarenta kilos. A horcajadas sobre ella, le agarró ambas muñecas con una sola mano, se las aplastó sobre la frente y sacó la pistola.

¿Qué… qué haces? —preguntó, de nuevo asustada—. ¡Suelta!

— Los caribús son una especie protegida. Existen leyes contra los cazadores furtivos.

La lluvia los castigaba. Un nuevo trueno hizo temblar el aire. Era una tormenta de las buenas. Le gustaban las tormentas. Limpiaban el paisaje, lo absolvían de sus pecados. Lástima que no fuera tan fácil purificar a las personas.

La mujer parpadeó tras un mechón goteante que tapaba parte de su rostro al tiempo que asimilaba las palabras del guardabosque.

— ¿Cazadores furtivos? ¿Eso crees?, ¿que quería cazar el caribú?

— No juegue conmigo, señorita. No estoy de humor.

— ¿Dónde está? —la mujer intentó levantarse, pero él se lo impidió. Por un momento, pensó que se refería al hombre al que había visto entre los árboles. Pero la mujer se giró hacia la roca de la que había huido el reno.

—Hace tiempo que se ha ido.

Ella soltó un exabrupto. Cosa que lo sorprendió. No parecía de las que decían palabrotas.

—Por tu culpa. Si no hubieras… ¡eh!, ¡un momento!

Sin hacer caso de sus protestas, el guardabosque tiró de ella con una mano, lejos del borde, la colocó sobre una piedra y apuntó con el arma hacia el estuche negro.

—Supongo que ahora dirá que ahí no lleva un rifle.

—Un rifle, claro —la mujer lo miró como si estuviera loco—. Crees que yo soy una cazadora y que esto es un rifle.

— Una cazadora furtiva —precisó él.

Tomó aire enfadada y, de pronto, el guardabosque se fijó en sus pequeños pechos, ceñidos al tejido mojado de la camisa. Ella se dio cuenta y cruzó los brazos para protegerse.

—Ábrela —dijo señalando el estuche.

— Eso mismo iba a hacer —contestó el guardabosque sin dejar de apuntarla. Luego se arrodilló frente al estuche y abrió los cierres. Se

quedó desconcertado.

— Sí, es un trípode —dijo ella.

¿Un trípode?

El guardabosque se giró hacia la mujer y la miró con atención. La ropa que llevaba era nueva; aunque mojados, los pantalones caqui seguían con la raya marcada. También las botas eran nuevas, pero no la mochila, que localizó junto a la piedra sobre la que la había senlado.

— Soy fotógrafa —explicó.

—Y yo bombero —replicó. No le gustaba equivocarse. Él nunca se equivocaba, no en ese tipo de cosas. El instinto le decía que estaba mintiendo

—. Acérquemela —añadió, dirigiendo su pistola hacia la mochila.

Un nuevo trueno los sobresaltó. La mujer miró el revólver.

—Por favor, aparta eso. No soy una delincuente. Además, ¿no deberíamos irnos? Aquí estamos en peligro.

En eso tenía razón. Otro relámpago quebró el cielo, más cerca en esa ocasión. Forcejeó con una mano para abrir las hebillas de la mochila, lo consiguió y examinó su interior. Carretes, fundas de cuero de distintos tamaños y una cámara pesada, en apariencia de profesionales.

—Es una Nikon F4, por si te interesa. En las fundas hay objetivos. Te digo que soy fotógrafa. Estoy haciendo un reportaje para mi revista.

Llevaba las uñas pintadas de rosa, las cejas bien depiladas.

— ¿Qué revista?

—Naturaleza sin fronteras —contestó alzando la barbilla.

Conocía la revista y a la mayoría de sus fotógrafos. Sin duda, aquella mujer no era uno de ellos.

—A ver, enséñeme su documentación.

Vio las gotas de lluvia caer sobre el hueco de su garganta mientras la mujer tragaba saliva.

— Me... me la he dejado en el coche. Lo he alquilado... Ahí, en esa pequeña desviación de la autopista.

— Seguro.

La carretera oeste estaba a ocho kilómetros, por un terreno escabroso. No se creía que hubiese recorrido tanta distancia por su cuenta. Quizá estuviera compinchada con el hombre camuflado. Giró el cuello hacia la ladera peñascosa, hacia los árboles. Nada.

— ¿Qué hace aquí?

—Pensaba que era evidente —contestó la mujer al tiempo que miraba en la dirección por la que se había escapado el caribú.

—Estamos en una reserva natural. El caribú es una especie protegida

—repitió el guardabosque.

—Por eso —contestó impaciente.

Hablaba con mucho aplomo para tratarse de una mujer que no hacía ni cinco minutos había estado a punto de sufrir una caída de trescientos metros.

— Levántese —le ordenó.

Se guardó el arma en la pistolera y agarró la mochila de la mujer.

Esta se levantó. Durante un segundo prolongado permanecieron quietos, estudiándose. De pie parecía aún más menuda. Metro cincuenta y ocho, un metro sesenta como mucho. El pelo rubio se le pegaba a la cabeza, la ropa se le transparentaba. La temperatura estaba bajando deprisa y se dio cuenta de que ella estaba tiritando.

—Venga, vamos.

— ¿Adonde?

El guardabosque cerró el estuche del trípode, lo recogió y apuntó con él en la dirección por la que había llegado.

—Por ahí. Al sur.

—Pero mi coche está ahí detrás —la mujer señaló hacia el oeste, más allá de un valle que flanqueaba la carretera con su prado y sus árboles.

Así que allí estaba, en medio de una tormenta, sin chubasquero, sin equipo de salvamento y sin comida. Y con una historia que no se creía. Se negaba a perderla de vista mientras no averiguara si estaba relacionada o no con el cazador que estaba seguro de haber visto.

Su trabajo era proteger a los animales de aquella reserva natural contra cualquier intruso que pudiera alterarlos. Eso incluía a cazadores, turistas sin civismo, hombres misteriosos con traje de camuflaje y mujeres menudas empapadas con carácter.

—En cualquier momento se puede poner a nevar. Anochecerá antes de que lleguemos — dijo el guardabosque tras mirar el cielo—. Mi cabaña está más cerca. Andando.

La mujer le obstaculizó el paso y le lanzó una mirada agresiva, cómica dado el aspecto que tenía, tan mojada. Le quitó la mochila y el estuche del trípode sin mediar palabra.

—Gracias, pero me las sé arreglar yo sola. Además, es verano. Estamos en Alaska. No anochece de verdad hasta las nueve o las diez —dijo y se dio media vuelta.

Echó a andar y avanzó entre las piedras volcánicas con más destreza de la que el guardabosque había esperado. Qué testaruda era. Y muy atractiva. Llevaba allí mucho tiempo, un año. Las únicas mujeres a las que veía con frecuencia eran sus compañeras del Departamento de Caza y Pesca, y solo las veía un par de veces al mes.

Quizá debía dejarla marchar. Quizá sí que se había equivocado con ella y era quien decía ser. Aun así, algo seguía sin encajar. La observó mientras ascendía con paso firme por la ladera quebrada y tuvo la extrañísima sensación de haberla visto con anterioridad.

Dejó correr la sensación y miró hacia los árboles una vez más. Allá enfrente, en algún lugar, había otro intruso con ropa de camuflaje de pies a cabeza y con algo más que el estuche de un trípode. Mientras no descubriera quién era, se negaba a dejar escapar a doña Naturaleza Sin Fronteras.

La dejó llegar hasta la cresta de la montaña antes de ir tras ella. Luego reaccionó, le dio alcance, introdujo un dedo entre el cinturón y el pantalón de la mujer, y tiró.

—Por aquí —dijo al tiempo que la instaba a que lo siguiera.

—Ya te he dicho que mi coche está allí.

La miró mientras se reajustaba la mochila sobre los hombros y agarraba el estuche con fuerza. La lluvia corría por su cara. La ropa se le ceñía al cuerpo como una segunda piel. Tenía buen tipo, era atlética, estaba en mejor forma de lo que había pensado al principio... cuando había sentido la suavidad de su piel sobre él encima del peñasco.

—No me haga sacarla otra vez —la advirtió el guardabosque, llevándose la mano a la pistolera.

—No puedes obligarme a ir contigo —contestó justo antes de reanudar la marcha.

— ¿Qué apostamos? —contestó él al tiempo que la detenía por un brazo.

La mujer lo miró de arriba abajo, boquiabierta, ni siquiera un poco intimidada, y deslizó la vista desde su placa dorada del Departamento de Caza y Pesca hasta los ojos del guardabosque.

— ¿Qué pasa?, ¿de pequeño querías ser policía?

Señorita, resulta que en este bosque soy policía. El único policía.

—«Señorita» no, Wendy.

—Y yo Peter Pan —respondió él. Le arrebató el estuche del trípode y la empujó hacia el pequeño sendero para los caminantes — Vamos, volando.

Pedazo de idiota.

Cuanto más andaban, más furiosa se ponía. VVendy se paró un momento para reacomodarse la mochila, la cual cargaba sobre los hombros desde hacía dos horas. Las botas la estaban matando, estaba segura de que tendría ampollas en los pies; y seguía con la ropa pegada a la piel. Al menos había dejado de llover.

— Siga —dijo Rambobosques —. Ya estamos cerca.

Sin dejar de andar, Wendy giró la cabeza y lo fulminó con la mirada. Cuando devolvió la atención al sendero, se dio en plena cara contra una rama de un abeto mojado. Oyó una risa a su espalda.

—No tiene gracia —dijo sin detenerse, y a cada paso que daba sentía los ojos del guardabosque encima de ella.

Eran verdes con vetas doradas y proyectaban una seguridad y fortaleza que se le había grabado a fuego en el cerebro la primera vez que los había mirado: cuando estaba a punto de caer al vacío, con la vida en sus manos.

En una sola mano, recordó estremecida.

Llegaron a un descampado e hizo una pausa para tomar aire.

—Cien metros más —dijo él cuando llegó a su altura.

Wendy se giró a mirarlo y, por un momento, se quedó sorprendida por su cara, de rasgos tan toscos como atractivos. Había estado todo el tiempo detrás de ella, ladrando en qué dirección avanzar.

De pronto lo examinó como los fotógrafos estudian al modelo, con objetividad. Pero no fue capaz de limitarse a verlo de forma analítica.

Era alto, ancho. Aun con la ropa mojada, se le notaba que tenía buen cuerpo. Lo sabía de sobra. Había fotografiado a más tiarrones desnudos de los que podría recordar en toda la vida. Sus bíceps eran grandes, bronceados. Los músculos de los muslos se marcaban en los pantalones verde oliva del uniforme, que, mojado, se le ajustaban como un guante.

Tenía manos callosas de trabajar. Lo sabía porque la había agarrado dos veces de la mano en la última hora. Una para ayudarla a sortear un abeto caído que les obstaculizaba el paso y otra porque se había equivocado de dirección, lo que no era difícil en aquel lugar.

Mientras lo estudiaba, él inclinó la cabeza y siguió mirándola con ese aire receloso que no parecía dispuesto a abandonar. Un mechón de pelo leonado y húmedo caía sobre sus ojos verdes. Wendy tuvo que contener su primera reacción de estirar el brazo para retirárselo.

El guardabosque lo intuyó.

Wendy lo advirtió en su mirada y, de pronto, se sintió incómoda. También él se sentía incómodo. Lo supo por el modo en que desvió la mirada fingiendo buscar algo entre los árboles.

No era la primera vez que lo hacía. Una hora antes se había parado y le había pedido que guardara silencio. Se había quedado quieto, aguzando el oído, abriendo bien los ojos y escudriñando cada sombra, como si esperara que alguien fuera a salir de entre los matorrales y sorprenderlos.

—Gracias —dijo Wendy dejándose llevar por un impulso.

— ¿Por qué? —el guardabosque se giró hacia ella con el ceño fruncido. , —Por salvarme la vida.

—Si no me hubiera desequilibrado, no la habría asustado y no se habría resbalado.

— Si no me hubieras apuntado con la pistola — corrigió Wendy—, quizá no habría pasado nada de esto.

— Vamos —contestó él con frialdad—. La cabaña está ahí al lado.

A ella la irritaba su actitud, pero se forzó a mantenerse serena. Explotar no serviría de nada. Además, sabía que, en buena medida, lo que la irritaba era lo mucho que se parecía Rambobosques a Blake: dominante, autoritario, mandón.

En una palabra: despótico. Se le ocurrían cien sinónimos para describir ese carácter. Y todos le revolvían el estómago.

Mientras lo seguía a campo traviesa, matizó su juicio inicial. Había una cosa que lo diferenciaba de Blake: las malas artes de Blake estaban ocultas en un envoltorio de aparente simpatía. Blake era un manipulador, una sabandija, mientras que Rambobosques se mostraba tal como era desde el principio.

— ¿Cómo te llamas? —decidió preguntarle.

—Peterson —respondió, mientras señalaba con el índice la chapa de plástico que colgaba de su mojada camisa.

Su forma de enarcar las cejas indicó a Wendy que la tomaba por una idiota si, después de dos horas juntos, no se había fijado en el nombre. Lo había hecho.

— ¿Y cómo tengo que llamarte: «señor Petersor», «guarda Peterson»...? ¿O vale con« camarada Peterson»?

— Joe... Como quieras —contestó. Luego encabezó la marcha, abriéndose paso entre los árboles, y Wendy lo siguió pensando que era un nombre sencillo y bonito. Joe Peterson, guardabosque

—. Hemos llegado.

Wendy se paró frente a lo que Joe había denominado cabaña. En efecto, no era una construcción grande, y parecía tener muchos años. Dos troncos talados, la fachada estaba pintada con el marrón mate tan habitual en los parques nacionales o los servicios forestales. Un porche espacioso rodeaba la cabaña y, en un extremo, el techo se inclinaba hasta una rama, lo que la recordó a un refugio que había tenido de pequeña en un árbol.

Joe sacó del bolsillo un manojo de llaves, abrió la puerta y la invitó a entrar. El recibidor comunicaba con el porche, desde el que podía contemplarse la cumbre, una montaña nevada en el horizonte. Era una habitación mitad despacho, mitad salón y el contraste entre ambas partes resultaba chocante.

Un ordenador, una centralita telefónica, un fax y lo que parecía una radio de onda corta se distribuían con perfecto orden sobre una mesa impoluta. Había carpetas apiladas en montones rectos, un jarrón de cristal con lápices afilados, con las puntas hacia arriba como un ramillete de flores.

Mientras que la otra parte de la pieza era como la casita de montaña del abuelo de cualquiera. Le gustaba. Varios asientos cómodos y grandes miraban de frente a una chimenea de piedra que parecía utilizarse a diario.

De las paredes colgaban peces disecados y un par de cornamentas de ciervos. En una esquina se apretaban unos esquís, un rifle, unas botas gastadas. De Joe, pensó, a juzgar por el tamaño.

Había varias revistas desperdigadas sobre una mesa con los restos de lo que debía de haber sido su comida: un sandwich a medio terminar y un vaso grande de leche. Su estómago rugió.

—Ahora lo recojo —Joe tomó los platos de la mesa y desapareció en otra habitación.

Wendy se acercó a la chimenea y observó la fotografía enmarcada que decoraba la repisa de madera barnizada.

Era de una mujer joven. Rubia, como ella. Aunque no se le parecía nada. Era alta, esbelta, de pelo liso y largo. Llevaba un vestido negro, corto, de noche y tenía la sonrisa más inocente y delicada que jamás había visto Wendy.

Se había fijado en que Joe no llevaba anillo pero eso no quería decir nada en los tiempos que corrían.

— Es muy guapa —comentó, al tiempo que agarraba la foto cuando lo oyó regresar—. ¿Es tu mujer?

—Déjala donde estaba.

Se sintió como si volviera a tener diez años y la hubieran sorprendido con la mano en el bote de las galletas. Se le encendieron las mejillas.

—Perdón.

Devolvió la fotografía a la repisa y junto las manos en señal de arrepentimiento.

Un segundo.

¿Qué estaba haciendo? De acuerdo, había agarrado la foto de su mujer. ¿Y qué? No había hecho nada malo. Su reacción indicaba que todavía tenía lastre del que descargarse, mucho lastre, de los años junto a Blake.

— Bien, aclaremos esto de una vez —Joe descolgó el teléfono y se dejó caer sobre la única silla del despacho.

— ¿Aclarar qué?

—Tu revista. ¿Cuál es el número?

— ¿Qué? —Wendy no podía creerse que fuese a llamar a la revista.

—El número de Naturaleza sin fronteras.

—Ya te he oído. Pero no sé por qué ibas a querer...

—Dices que eres fotógrafa. Voy a comprobarlo.

— ¿Por qué?

—Para saber si es verdad.

— Pues claro que es verdad —aseguró asombrada—. ¿Por qué iba a mentirte?

—Dímelo tú.

—Es absurdo — Wendy apoyó las manos en las caderas y reprimió una palabrota.

—Como quieras. Lo haremos por las malas.

Joe sacó un ejemplar de la famosa revista, de entre las varias que había sobre la mesa del salón. Instantes después estaba marcando el número.

— Estás llamando a Nueva York —dijo Wendy, y le faltó llamarlo idiota. Se cruzó de brazos y esperó—. ¿Qué hora es allí, la una de la madrugada? —añadió antes de consultar el reloj para asegurarse del cálculo de diferencia horaria.

Sus miradas se encontraron. Con suavidad, en un movimiento tensamente controlado, él devolvió el auricular a la base del teléfono. Se notaba que estaba furioso... no con ella, sino consigo mismo por ser tan tonto.

El silencio se prolongó hasta que Wendy no lo pudo soportar más.

—Está bien —dijo. Se acercó al teléfono, marcó un número y le entregó el auricular a Joe.

—La directora de fotografía es ave nocturna. Lo más probable es que esté despierta.

— ¿Te sabes su número particular de memoria?

—Es amiga mía —contestó ella, encogiéndose de hombros. Su única amiga en esos momentos.

—¿Cómo te apellidas?

—Walters.

Wendy Walters. Suena inventado — murmuró Joe. La miró con severidad mientras esperaba a que descolgaran. Pero no respondieron

— . No está en casa —dijo colgando el teléfono.

—Entonces supongo que tendrás que fiarte de mí.

Le daba la impresión de que ese hombre no se fiaba de nadie. Le gustaba tener el control, que las cosas fueran a su manera. Lo que le parecía perfecto, porque ella se iba a marchar de inmediato.

—Te pagaré lo que quieras si me acercas a mi coche. No puede estar

muy lejos de aquí.

—Te equivocas. Hay que salir de la reserva y conducir por esa cordillera —Joe apuntó hacia las cumbres nevadas que se veían por el cristal de la puerta que daba acceso al porche— hasta salir a la autopista oeste.

—Tengo cheques de viaje y dinero en efectivo —insistió Wendy. Esperaba que no le pidiera mucho. No tenía más dinero en el mundo que el que llevaba en la pequeña cartera de los pantalones.

—Da igual. De todos modos, mi camión está en el taller. Mañana llamaré a alguien para que te acerque. Esta noche te quedas aquí.

—Ni hablar —Wendy agarró la mochila del sofá donde la había dejado—. Me voy andando — añadió. Sabía que era una locura, pero la enojaba su autoritarismo.

Se había pasado toda la vida aguantando órdenes de hombres. Bueno, de un hombre. Pero se había acabado. Se había cansado de obedecer a todo.

—Es tu primer viaje a Alaska, ¿verdad? — preguntó Joe al tiempo que la retenía sujetándola por un brazo.

— Que me dejes —Wendy tiró del brazo para liberarse—. ¿Y qué si es mi primer viaje?

—Para empezar, no tienes la menor idea de los peligros que te puedes encontrar ahí fuera —Joe apuntó con la barbilla hacia la salida —. Mal tiempo, osos, otros depredadores... No sabrías qué hacer en caso de apuro.

— ¿Por qué estás tan seguro? Joe miró su atuendo, sus botas. Le quitó de la mano la mochila.

Es nueva. Todo es nuevo. Y tú eres igual de novata.

Para colmo de virtudes, era un sabelotodo. Tuvo que morderse la lengua, pero le dejó que creyese lo que quisiera. No merecía la pena corregirlo. A la mañana siguiente se habría marchado de allí. Tomó aire dos veces y se resignó a pasar la noche en la cabaña.

— ¿Dónde voy a dormir? Sus miradas se cruzaron y, por un milisimo de segundo, Wendy supo que el pensamiento que pasó por su cabeza fue el mismo que pasó por la de él. Eso sí que era peligroso. Al menos tenía una excusa: había que reconocer que era muy atractivo, y hacía mucho que no estaba con un hombre.

Por otra parte, era justo la clase de hombre con la que había jurado no volver a relacionarse. Pero la química tenía sus misterios. Desafiaba la lógica, se saltaba las normas.

Joe Peterson vivía de acuerdo a unas reglas. Sus propias reglas. Pero la parte del salón sugería a Wendy que a veces las rompía. Sus ojos le decían, además, que lo que Joe estaba sintiendo era algo extraño e

inesperado para él.

—El sofá se hace cama —contestó finalmente—. Hay toallas limpias en el baño. Te traeré algo de ropa seca para que te cambies.

Después de ducharse y cambiarse los dos, Joe preparó una cena caliente de restos de pollo con una salsa casera. Sabía bien. Estaba hambrienta y repitió.

Aunque no dijeron una palabra en toda la comida, de vez en cuando levantaba la vista y lo sorprendía mirándola. Se había acostumbrado a que los desconocidos la miraran de ese modo, como si la conocieran pero no supieran de qué. La ponía nerviosa, de modo que desvió la mirada.

Luego Joe echó unos leños a la chimenea, la encendió y se sentaron frente a ella con sendas tazas de té humeante. Joe hojeó un boletín del Departamento de Caza y Pesca de Alaska mientras ella miraba la foto de la mujer del vestido negro sobre la repisa.

Sospechaba que la ropa que llevaba era de ella. Las mangas de la camiseta rosa eran demasiado largas para ella; los pantalones, una risa. Había tenido que subirse los bajos quince centímetros para no andar pisándolos.

De pronto, al reconocer el fondo de la foto, frunció el ceño.

—Es el Rockefeller Center. Y es una foto profesional — ¿cómo no se había dado cuenta antes?—. —— ¿Qué es?, ¿modelo?

Joe levantó la cabeza con expresión pétrea.

Estaba claro que estaba tocando un punto delicado, de modo que optó por salirse por la tangente.

No se me ocurre un sitio más lejos de Nueva York que este.

—De eso se trata —contestó él, y siguió leyendo.

Miraba a Wendy mientras dormía, ovillada en el sofá, con una almohada bajo la cabeza. Se preguntó si su cabello sería tan suave como parecía. Llevaba el pelo corto, despeinado, eso favorecía sus facciones delicadas. Con la luz de la chimenea, brillaba como el oro.

Desde aquel ángulo, le recordaba un poco a Cat. Joe miró la fotografía de la repisa y se permitió recordarla un instante, tal como era cuando ambos eran jóvenes.

Wendy se movió, se despertó con un desperezarse lento, adormilado, sumamente excitante. Joe sintió un calambre en el estómago. Tal vez Barb, una de sus pocas amigas en el departamento, tuviera razón: necesitaba salir más.

— ¿Qué... hora es? —Wendy se incorporó sobre un codo y desterró los restos del sueño con un parpadeo.

—Tarde. Te has quedado dormida. Voy por unas sábanas para que te

tapes.

Joe se dirigió a la habitación trasera, que solía utilizar como almacén del departamento. Encendió la bombilla y fue directo al armario.

Nunca había dejado que alguien pasara la noche en la cabaña. Agarró un juego de sábanas y una manta, y estaba a punto de salir cuando reparó en unos periódicos sensacionalistas que había tenido intención de quemar.

En sus viajes, una vez a la semana, Barb le llevaba a la cabaña toda clase de lectura. Le había dicho que dejara de comprarle esa clase de prensa amarilla, pero no le hacía caso. Más valía que leyese algo divertido de vez en cuando, decía ella.

Agarró la pila para echarlos al fuego. Y se detuvo en seco.

El ejemplar de arriba era de hacía tres semanas. Miró la foto de la portada. Dos hombres y una mujer. La imagen apenas ocultaba que estaban desnudos.

Entonces se acordó. Había leído el artículo porque había reconocido el nombre de uno de los hombres de la foto. Cat lo había conocido y le había hablado de él. Pero no era el hombre quien le interesaba, sino la mujer.

¡Por eso le sonaba tanto su cara!

Joe recordó el titular del artículo antes de sacar las sábanas y la manta al salón. Su invitada estaba mirando la foto de Cat otra vez. Le lanzó un dardo con la mirada al tiempo que se repetía para sus adentros el titular: La fotógrafa W'illa Walters sorprendida en un escándalo de sexo y drogas.

DOS

SI ANTES se había mostrado frío con ella, de pronto estaba gélido.

Wendy caminó descalza hasta la madera mojada del porche y cerró la puerta del recibidor. Joe le daba la espalda mientras contemplaba una puesta de sol cuyos colores parecían salidos de la paleta de un pintor. Estuvo tentada de volver dentro por la cámara.

Había dejado de llover y el cielo se estaba despejando. Seguía salpicado de nubes negras, pero iban tiñéndose de violeta y naranjas brillantes junto al horizonte. A lo lejos, las cumbres nevadas parecían como los sombreros de cucurucho rosa de las fiestas. Wendy nunca había visto un cielo tan bonito en su vida.

Ni un hombre más seco.

Cuando se acercó a él, Joe empezó a dar vueltas por el porche, unos pasos adelante y atrás, con la mano rozando la barandilla, como una fiera enjaulada. Una fiera enjaulada y enojada. La cuestión era por qué.

Había lanzado las sábanas y la manta sobre el sofá cama, había murmurado algo cercano a un saludo de buenas noches y había salido al porche, en teoría a ver el crepúsculo. Pero Wendy sabía que no se había marchado por eso. Aunque no la conocía lo suficiente como para haberlo enfadado tanto, daba la impresión de que lo había hecho. No le importaba. Tenía bastante con sus propios problemas. En tres semanas debía conseguir las fotografías del caribú para la revista. En tres cortas semanas. Cuando la directora de fotografía de Naturaleza sin fronteras, compañera de la universidad había accedido a la propuesta de Wendy, ésta se había vuelto loca de contenta. Era su primer encargo desde «el incidente». Desde que su vida, tal como la había conocido hasta entonces, le había estallado en la cara. Sabía que no le sería fácil encontrar otra oportunidad como aquella, de modo que estaba decidida a no desperdiciarla.

El aire fresco, impregnado de la fragancia de los abetos, le aclaró la cabeza. La cena y la siesta le habían devuelto las fuerzas, aunque seguía con el sueño cambiado después de un viaje tan largo. Eso, y el hecho de que en aquel punto de Alaska había luz dieciséis horas al día en esa época del año, habían desajustado su biorritmo.

— Guardabosque —se dirigió a Joe mientras avanzaba hacia él, pensando que sería mejor mantener un trato formal. Este se detuvo, pero no se giró ni le respondió. Wendy desdobló un mapa que había sacado de la mochila—. Quería preguntarte una cosa... El gamo de esta tarde, el caribú...

—Reno —dijo él.

— ¿Cómo dices?

—Los caribús de Alaska son renos, no gamos. Pensaba que lo sabrías siendo fotógrafa para una revista de animales.

—Eh... sí... —vaciló Wendy. Aquel hombre tenía la habilidad de desorientarla, pero se negaba a rendirse—. La cuestión es... Necesito volver a encontrarlo.

— ¿Porqué?

—Ya te lo he dicho. Para la revista. Para el trabajo que me han encargado.

Joe se giró hacia ella, cruzó los brazos sobre el pecho y apoyó una cadera sobre la barandilla, como si estuviera dispuesto a mantener una conversación amistosa. Sus ojos, en cambio, eran cualquier cosa menos amistosos.

— Para Naturaleza sin fronteras, ¿verdad?

Wendy se acercó, desdobló un poco más el mapa y lo extendió sobre la barandilla para enseñárselo.

Mi coche está aquí —dijo señalando con un dedo una desviación junto a la autopista. Luego marcó el trayecto que había realizado al llegar a la reserva—. La primera vez que vi al reno fue aquí, donde...

—— ¿Tienes mucha experiencia?

— ¿Qué? —Wendy levantó la cabeza para mirarlo.

—Como fotógrafa para la revista. ¿Qué otros animales has fotografiado?

Aparte de las distintas mascotas que había tenido en la casa de sus padres y en la universidad, la respuesta era ninguno. A no ser otras especies que había fotografiado esa misma mañana. Pero no iba a contarle eso precisamente a él.

Joe la miraba con las cejas enarcadas con una expresión burlona con la que parecía reírse de su falta de experiencia.

Blake era igual. Siempre se había asegurado de hacerle saber que no era suficientemente buena. No había desaprovechado una sola ocasión de recordarle que no valía para nada sin él.

Pues noticia en exclusiva: Blake estaba equivocado.

Le había costado mucho tiempo darse cuenta. Semanas de superar lo que había ocurrido en Nueva York, tumbada a oscuras sobre la cama de su vieja habitación en la casa de sus padres, pensando en su vida: quién era, qué quería, quién quería ser.

Acababa de empezar una nueva vida. Y no iba a permitir que un hombre, menos aún uno que ni siquiera la conocía, le dijera que no estaba a la altura.

—Alces —mintió con naturalidad—. Ciervos, lobos, ballenas,

pingüinos. Nombra el que quieras, lo he fotografiado.

— ¿De veras? —preguntó Joe como si la hubiera creído. De pronto, Wendy se sintió fenomenal. Mejor que en toda la tarde—. ¿Y dónde fotografiaste los pingüinos?, ¿en la Antártida?

Supuso que no debía inventarse nada que fuese demasiado falso. Puestos a mentir, más valía ceñirse a la verdad lo más posible. Lo había leído en una novela de detectives.

—No. Aquí en Alaska. En... el Ártico.

— ¿En serio? —Joe sonrió y sus ojos se iluminaron. Era la primera vez que lo veía sonreír y sintió un ligero escalofrío. Las cosas se estaban arreglando.

— Volviendo al reno... —arrancó Wendy de nuevo.

—Pues debes de ser muy famosa.

— ¿Quién?, ¿yo? No, para nada. No soy más que una fotógrafa como otras muchas — Wendy señaló el punto en el que habían visto al caribu por última vez, pero Joe Peterson no estaba mirando el mapa. La estaba mirando a ella.

— Lamento llevarte la contraria, «Wendy» dijo haciendo énfasis al pronunciar su nombre. Hace falta ser una fotógrafa excelente para conseguir fotografías de pingüinos en Alaska.

¿Por qué era tan hostil?, ¿qué más le daba lo que había fotografiado o dejado de fotografiar...?

—Porque, «Wendy» —continuó Joe, de enfatizando el nombre—, en Alaska no hay pingüinos.

— No... ¿no hay?

— No hay pingüinos en el hemisferio Norte. Cualquier fotógrafo especializado en animales lo sabría —contestó al tiempo que se daba un impulso desde la barandilla para regresar

— De acuerdo, te he mentido. ¿Y qué? — reconoció Wendy mientras lo seguía—. Sigo necesitando hacer esas fotos para la revista, y para eso tengo que volver a encontrar ese gamo, o reno, o lo que sea; o si no, otro.

Joe entró en la cocina y empezó a lavar los platos de la cena como si Wendy no existiera, colocándolos con fuerza sobre el escurridor, salpicando agua fuera de la pila.

Es verdad, no tengo ni idea de pingüinos —insistió después de extender el mapa sobre la encimera—. Pero sí sé que hay muy pocos caribús en los bosques de Alaska. Que no se parecen nada a los que viven en la tundra. Nadie los ha fotografiado hasta ahora.

—Por una razón —dijo Joe antes de devolver al agua el plato que acababa de enjabonar—. Porque son salvajes, peligrosos, se asustan en seguida y triscan por rocas como la que casi hace que nos matemos.

—Necesito esas fotos. Es importante. No te estoy pidiendo que me ayudes, solo te estoy diciendo que me indiques en qué parte del bosque puedo encontrar más caribús.

Joe resopló por la nariz y siguió fregando. Wendy se fijó en las manos tan fuertes que tenía, lo morenas que estaban en contraste con los platos blancos. Por un segundo, recordó el tacto de esas manos sobre su cuerpo cuando estaban en el peñasco. Un pensamiento sofocante, en absoluto relacionado con la fotografía, la hizo visualizar ese contraste de aquellas manos bronceadas sobre su pálida piel desnuda.

—Es inútil. El caribú de hoy, y todos los que hubiera en la zona, habrán huido al otro lado de la reserva. Y no se puede conducir hasta allí. Tendrías que ir a pie —Joe se secó las manos con un trapo. Luego la miró de arriba a abajo, demorándose un segundo sobre su boca.Una mujer como tú nunca lo conseguiría.

Sabía que era Joe Peterson, el guardabosque quien le estaba hablando, pero fue la voz Blake Barrett la que Wendy oyó dentro de su cabeza.

— ¡Genial!, ¡gracias por todo! —explotó.

Salió de la cocina como un torbellino, tiró el mapa sobre la mesa y se dispuso a poner en el sofá las sábanas que Joe le había entregado.

Este se apoyó en el marco de la puerta de la cocina, se quedó mirándola. Cuanto más lo hacía, más se enfadaba ella. ¿Qué les pasaba a hombres para que todos dieran por sentado aunque no la conocieran, que no era capaz de hacer la tarea que tuviese entre manos?

Ya fuera algo tan simple como sacar la bolsa de la basura o algo tan difícil como una sesión en un desfile de pasarela, o un reto como encontrar un par de caribús en el bosque, daba igual: los hombres como Blake Barrett y Joe Peterson la veían incapaz de lograrlo. Muy bien, pues podían ir preparándose. Extendió la sábana sobre el colchón del sofá.

Podían ir preparándose.

Se peleó con la cama hasta que la sábana de arriba se enredó entre sus piernas como una soga. Se la quitó de un tirón y la apartó. Luego dio un puñetazo a las almohadas y hundió la cabeza en una de ellas.

No conseguía dormirse.

Llevaba hora y media intentando conciliar e1 sueño, totalmente despierto. Sobre la mesita de noche, los números verdes del reloj digital fosforescente indicaban que eran las dos de la madrugada. Tras la conversación del porche, que había dado lugar a la discusión de la cocina, había dejado a su invitada en el salón y se había retirado al

dormitorio a dormir.

Pero el sueño lo esquivaba. Había releído el artículo del periódico sensacionalista que había encontrado en la habitación que usaba de almacén, prestando especial atención a todo lo concerniente a Willa Walters, la mujer que dormía en su sofá cama. Sabía que esa clase de periódicos tergiversaba los hechos y exageraba cualquier detalle sórdido para vender más. Pero aun así, no podía quitarse el artículo de la cabeza. No podía olvidarlo y pasar a otra cosa.

Como tampoco podía olvidarse de que no estaban solos en la reserva. Estaba seguro de que había visto a un hombre en el bosque por la tarde. De vuelta a la cabaña al atardecer, habría jurado que alguien los había estado siguiendo. Podía tratarse de un cazador furtivo, como había sospechado en un principio, o de turista extraviado. Aunque también podía ser un paparazzi que estuviera siguiendo a Willa Walters, si bien no lo veía probable.

Se colocó boca abajo, intentó adoptar una postura cómoda y no pensar en hombres misteriosos ni fotógrafas tumbadas. Se propuso dormirse. Minutos después, relajado al menos, casi lo había conseguido.

Entonces oyó un débil chirrido en el porche.

U n segundo más tarde se había levantado y estaba poniéndose los vaqueros, la camisa y las botas, con cuidado de hacer el menor ruido posible. Advirtió que el corazón le estaba latiendo deprisa, mucho más rápido que de costumbrr, pero no porque le diera miedo lo que pudiera encontrarse fuera.

Se le habían presentado toda clase de personas por la noche: senderistas, compañeros del departamento en misión de inspección..., hasta fotógrafas. Aunque la mayoría de las veces se trataba de animales: un oso pardo despistado, adormilado tras hibernar; mapaches revolviendo en la basura; algún que otro alce. Ninguno era peligroso si uno respetaba su espacio.

No, la razón por la que se le había disparado el corazón no era que temiese por su propia vida. Pero sí le preocupaba la seguridad de la mujer que estaba durmiendo en su salón. Más concretamente, le daba miedo que se despertara y que hiciese alguna tontería que la pusiera en apuros.

Joe salió con sigilo al pasillo, miró en el baño y la cocina, miró fuera por las ventanas de la cocina antes de avanzar a hurtadillas hacia el salón.

Su invitada estaba dormida. Se había tapado la cabeza entera con la manta. Todo era silencio salvo los sonidos habituales de la noche: el canto de los grillos y el frufrú del viento entre las hojas de los árboles.

Joe se acercó a la ventana y miró afuera.

Durante un minuto entero, permaneció inmóvil, con la vista clavada en el porche, en los escalones que subían hasta él, y en el bosque que se extendía más allá. Un gajo de luna se asomaba entre las nubes y proyectaba sobre los árboles una luz tenebrosa, que teñía todas las superficies de un gris fantasmal.

La luz del salón se encendió.

Joe se giró hacia el interruptor.

— ¿Qué pasa? — Wendy se apoyó adormilada contra la pared, al lado de Joe. Tenía los ojos entrecerrados, acostumbrados a la oscuridad, y una mano todavía sobre el interruptor.

En un movimiento relámpago, Joe apagó la luz, la agarró por la cintura y la retiró de la ventana

— ¡Oye!, ¿se puede saber qué...?

— ¡Calla! —Joe aguzó la vista y se llevó un dedo a la boca para pedirle que guardara silencio.

— ¿Qué pasa? —susurró ella.

Él no contestó. Tras empujarla hacia la sombra del marco de la puerta, se desplazó a una esquina de la habitación, junto a la chimenea, y agarró su rifle, apoyado contra el rincón entre los esquís y las botas de nieve.

Sabía que estaba cargado, pero se aseguró de todos modos. Luego oyó con atención los sonidos habituales de la noche. Wendy se había quedado paralizada tras el marco de la puerta, atenta también, bañado su rostro por la suave luz perlada de la luna. El pelo le brillaba iomo hilos de plata, que se mecieron con suavidad contra su cuello cuando se giró hacia él.

De repente, Joe tomó conciencia de lo bella que era, de lo bonita que estaba allí de pie, sin más ropa que la vieja camiseta que le había prestado para dormir. Su camiseta. Parecía totalmente distinta en ella.

«Lo que tampoco es extraño, atontado».

El fuego de la chimenea se había extinguido y la habitación se había enfriado. Los pezones se le marcaban contra la camiseta. De pronto cambió el peso de una pierna a otra, lo que hizo que Joe se fijara en sus pies descalzos. Luego subió por las piernas, tan gráciles, hasta el borde de la camiseta.

— ¿Hay algún animal fuera? —preguntó Wendy con los ojos clavados en el rifle.

—No lo sé —Joe se acercó a ella, pero se dirigió hacia la puerta principal en cuanto la luna se ocultó tras una nube,

Wendy lo siguió.

Se giró para decirle que se alejara, pero ya era demasiado tarde.

Estaba justo detrás de él, con la cara encendida, esperando a que abriera la puerta. Sin miedo. Sin el menor atisbo de miedo. Simplemente con enorme curiosidad. Lo que no dejaba de resultar sorprendente. Era fotógrafa de pasarelas de moda en Nueva York. Y conocía a mujeres que habían nacido y crecido en Alaska y que se habrían asustado en una situación así.

Pero no Wendy... o Willa... o como se llamara. Era evidente que se trataba de una mujer intrépida. Eso le había quedado claro aquella tarde anterior en el peñasco de la montaña.

— ¿Vas a salir?

— Sí. Quédate dentro y echa el cerrojo. Wendy apoyó la mano sobre el brazo de Joe mientras este abría la puerta.

— Ten cuidado —le dijo.

Resultó irónico que fuera ella quien le dijera eso. Sonrió. Una sonrisa que también lo iluminó por dentro. No tenía ni pies ni cabeza que dijera a él que tuviera cuidado.

Sus miradas se encontraron y, por un momento, se permitió contemplarla. Hacía mucho que no se acostaba con una mujer, mucho más desde la última vez que había tenido una relación estable. Y lo echaba de menos más de lo quería admitir. Lo echaba mucho de menos, comprendió mientras sus ojos resbalaban por la boca, los pechos, los pies desnudos Wendy.

Se dijo que no se sentía atraído por ella, sino solo por su cuerpo, por su aspecto. Eraunai mujer atractiva y él era un hombre al que le hacía falta un buen...

Wendy retiró la mano de su brazo.

De pronto, los sórdidos detalles del incidente cubierto por los periodistas de Nueva brk irrumpieron en su cabeza. Le hicieron acordarse de cosas que llevaba intentando olvidar desde hacía un año.

— Vuelve a la cama —le dijo con sequedad. Apretó el rifle, abrió la puerta y se adentró en la oscuridad.

Wendy se despertó sobresaltada y se sentó como impulsada por uno de los muelles del colchón. Una pesadilla, se dijo mientras respiraba hondo para serenarse. La pesadilla que la perseguía: Blake y ella, y lo que había ocurrido aquella noche en Manhattan.

Saltó de la cama, enterró el recuerdo del sueño en algún rincón oscuro de la memoria y se preguntó si Joe seguiría fuera. La esfera luminosa de su reloj marcaba las tres de la madrugada, de modo que había transcurrido una hora desde que había salido. Lo había esperado un rato, acurrucada en el sofá cama, pero se había quedado dormida. Se acercó a la ventana y miró afuera. No tardaría en amanecer. Las

nubes se habían disipado dejando al descubierto una bóveda negra cuajada de estrellas.

Luego se giró hacia el pasillo, miró en el rincón de los esquís y las botas de nieve y vio que el rifle no estaba. Quizá seguía fuera. Quizá había encontrado algo.

El día anterior, desde el mismo momento en que había descubierto el caribú y había empezado a seguirle el rastro, había tenido la sensación de no estar sola. Alguien, aparte de Joe, había estado merodeando. Sabía que no era Joe porque este le había indicado en el mapa el camino que había seguido desde la cabaña. Se habían cruzado por casualidad. Había recorrido tramos que él no había vigilado ese día y, sin embargo, ella había sentido la presencia de alguien.

Lo que le ponía los pelos de punta.

Avanzó despacio hacia el cuarto de baño y advirtió que la puerta del dormitorio estaba abierta, el instinto la impulsó a entrar. Peterson pertenecía a una especie extraña. Le recordaba un poco al caribú solitario que había deseado fotografiar desde el peñasco. Vivía allí solo, en medio de nada y a kilómetros de cualquier persona, en un mundo del que se creía el dueño. Lo que convertía al resto de los seres en meros criados, una posición con la que Wendy estaba familiarizada y que se negaba a volver a ocupar.

Había pasado años trabajando con todo tipo de personas. Salvo con Blake, consideraba que tenía intuición para adivinar el carácter de la gente. Y algo le decía que existía una buena razón para que Joe Peterson la tratara con tanta frialdad. Al terminar la tarde, su distanciamicento inicial había dado paso a una irritación inexplicable.

Tenía la corazonada de que alguien le había hecho daño. Y eso debía haber activado la campana de alarma en su cabeza. Los hombres dolidos eran un problema. Pero no podía evitar interesarse por ellos. Estaba en su natu raleza ofrecer apoyo, ese era el motivo por el que se había metido en líos con Blake. Con los años, había pasado de ser su apoyo a con vertirse en su felpudo.

Nunca más.

Wendy se detuvo ante la puerta del dormitorio. Recordó aquel instante justo antes de que Joe saliera con el rifle en una mano, mientras él le miraba la boca, el cuerpo. El corazón se le había desbocado. No cabía duda de que se atraían. No se había molestado en reprimir aquel impulso porque esa misma mañana alguien la acercaría a su coche y nunca volvería a verlo.

Perspectiva que no la agradaba tanto como le habría gustado.

La cama de Joe estaba vacía, las almohadas torcidas, las sábanas revueltas sobre el suelo. La luz de la luna se filtraba por la ventana. El

dormitorio olía a él, al aroma que había aspirado cuando había apoyado la mano sobre su brazo y había sentido su aliento en la cara.

De repente, se dio cuenta de que el rifle que se había llevado estaba en la esquina pegada a la cama. Sin pensar, entró en la habitación. Y contuvo la respiración.

Joe estaba sentado en una silla frente a la ventana, vigilando el porche. Vestido solo con vaqueros, con el pecho al descubierto, los músculos de los brazos en tensión. Las ventanas tenían cortinas. Su rostro, bañado por la luz brillante de una luna de agosto, reflejaban un dolor espantoso.

Siguió la mirada de Joe, perdida en la foto enmarcada, que se había llevado a la mesilla noche. Wendy ni siquiera se había dado cuenta de que no estuviera en la repisa de la chimenea

Y lo supo.

—Está muerta, ¿verdad?

Despacio, como si hubiese sabido en todo momento que estaba allí, Joe se giró hacia ella.

—Sí.

Lo siento.

— ¿Porqué?

De pronto se sintió violenta, la lengua se le trabo.

—Yo...

— Vuelva a la cama, señorita Walters.

—Preferiría que me llamases Wendy.

Joe se levantó y guardó la foto en un cajón.

— ¿Por qué no Willa?

TRES

ERA DIFÍCIL fingir que no se sentía atraído por ella, pero lo estaba intentando. Joe sirvió una taza de café a Willa Walters y, mientras esta se sentaba en la mesa de la cocina, preparó el desayuno para los dos.

—No es mi verdadero nombre —dijo ella tras permanecer unos segundos en silencio.

— ¿Cuál?, ¿Wendy?

—Willa — corrigió irritada—. Se lo inventaron.

— ¿Quién?

— Un hombre al que conocía —contestó Wendy al tiempo que se encogía de hombros.

— ¿Uno de los que aparecen en la foto?

La sorpresa que se reflejó en el rostro de Wendy se transformó en enfado un instante después.

—No sabía que los guardabosques leyeran esa clase de periódicos.

Él no respondió. Se limitó a repartir una sartén de huevos revueltos entre dos platos, cubiertos por sendas rebanadas de pan con mantequilla, y le entregó uno.

Había supuesto que lo negaría, pero no lo había hecho. Wendy aceptó la comida en silencio y empezó a desayunar. Esa era otra cosa que lo sorprendía: tenía un estómago insaciable para una mujer tan menuda.

—Esa foto no es lo que parece —dijo ella cuando Joe hubo tomado asiento

—. No estábamos… ya sabes.

— ¿En cueros?

Los modelos llevaban tangas y yo iba con un biquini sin tirantes. El periódico consiguió una foto en la que daba la impresión de lo que no era en realidad. Estaba en una sesión fotográfica, ¡en una playa pública, por Dios!

Además, esa foto no tiene nada que ver con el incidenté.

Joe digirió la información mientras la veía pinchar los huevos revueltos con el tenedor. Habia vuelto a ponerse su ropa y había dejado su camiseta y los vaqueros de Cat doblados sore el sofá cama. Estaba descalza, salvo por las vendas que se había puesto en las ampollas.

— ¿Botas nuevas? —preguntó Joe, señalando con un dedo las vendas de los pies.

—Equipaje nuevo. Me robaron el que traía en el aeropuerto, así que

tuve que comprarlo todo

— ¿En el de Fairbanks o en Anchorage?

—En el de Anchorage. Un tipo agarró la maleta de la cinta por donde salen y se escapó con ella. Gracias a Dios, llevaba la cámara en la mochila de mano. No habría tenido dinero para sustituir mi Nikon.

Él la miró mientras Wendy terminaba su rebanada. Tenía una pizca de mantequilla en la comisura de los labios y Joe se preguntó qué tal sería, cómo sabría limpiársela con la lengua.

Le disgustaba sentirse tan atraído.

—Una faena —comentó por fin. Aunque, en el fondo, pensaba que alguien como ella tenía lo que se merecía.

—Sí... La verdad es que es lo que menos me preocupa en estos momentos.

—Ya supongo.

Wendy le lanzó una mirada helada y siguió comiendo.

De espaldas a ella, mientras limpiaba el filtro de la cafetera y echaba café para otra taza le preguntó por algunas de las cosas que había leído sobre ella en el artículo. Wendy cambió de tema de inmediato.

—La única otra carretera hasta la reserva es esta —dijo mientras sacaba del bolsillo su mapa y lo desdoblaba sobre la mesa —. Si dejo el coche aquí y voy andando desde el Este...

—Conseguirás matarte probablemente — interrumpió Joe—. Además, los caribús no estarán ahí sino aquí —añadió tras acercarse a la mesa y clavar un dedo sobre un punto a más cincuenta kilómetros del lugar donde Wendy pensaba dejar el coche.

—Ah... —susurró desanimada. Pero al ver la sonrisilla que asomaba por los labios de Joe, resolvió no echarse atrás—. Da igual: si tengo andar cincuenta kilómetros, los andaré.

—Mira que eres testaruda...

— ¿Se puede saber qué te pasa? —contestó Wendy tras obligarse a contar hasta diez — ¿Por qué eres tan hostil conmigo? Has leído un puñado de verdades a medias en un periodicucho y te crees que lo sabes todo sobre mí. Lo cual no es verdad. Y aunque lo fuera, que no lo es, ¿qué más te da? La placa esa no te da derecho a portarte como un energúmeno — añadió lanzando un dardo con los ojos al emblema del Departamento de Caza y Pesca.

Lo divirtió verla enfadada. Las mejillas se le enrojecieron, los ojos adquirieron el matiz de azul más cálido que jamás había visto. De repente, Wendy se levantó y se acercó a Joe.

Pero el motor de un vehículo que se aproximaba desvió la conversación.

— ¿Qué ha sido eso? —preguntó ella, vuelta hacia la ventana.

El camión que te va a sacar de aquí.

— Ya era hora.

Lo siguió al recibidor mientras escuchaban el portazo del camión y el ruido de las pisadas sobre las guijas, acercándose a la cabana.

Barb Maguire, con su uniforme bien planchado, abrió la puerta y saludó efusiva.

— ¡Hola, Joe! —exclamó y se quedó quieta al ver a Wendy. Tras recuperarse de la sorpresa inicial, le dedicó una sonrisa luminosa—. Hola, soy Barb. El correo de Joe, por así decirlo.

Luego le entregó a este un fajo de sobres y un montón de papeles del departamento.

—Gracias —dijo él.

Wendy se presentó, se dieron la mano y mantuvieron una conversación educada mientras Barb evaluaba la situación: la ropa de Cat sobre el sofá cama, junto a las sábanas y la manta, bien dobladas; dos tazas de té en la mesita del salón y un montón de cenizas en la chimenea.

Le lanzó una mirada traviesa a Joe cuando Wendy se giró para recoger su mochila de la silla y él respondió con una expresión con la que intentó explicarle que no era lo que parecía. Pero no sirvió de nada.

Barb Maguire, técnica del Departamento de Caza y Pesca y casada con el biólogo de la reserva, llevaba un año buscándole pareja. Estaba empeñada en llevarlo a la ciudad para arreglarle una cita con alguna de sus amigas. Y aunque Joe no mostraba el menor interés, era infatigable.

—Así que eres fotógrafa de animales. Pues... qué bien!, ¿no? —dijo, guiñándole un ojo a Joe.

—Eh... sí, he venido a fotografiar a un caribú de los bosques.

— ¡Vaya! —exclamó con admiración Barb—. Todo un reto.

Ya le he dicho que debe estar loca si piensa en encontrarlos ella sola —terció Joe.

— ¿Crees que todas las personas son unas tontas inútiles, o solo yo? -contratacó Wendy.

Él hizo ademán de responder, pero Barb se adelantó:

—Es así con todo el mundo —dijo sonriendo —. No dejes que te disuada.

— No pienso hacerlo —aseguró Wendy. Luego recogió las botas, que había puesto a secar frente a la chimenea la noche anterior, y las calzó a pesar de las ampollas.

— ¿Por qué no contratas un guía? — propu-Barb.

—No puedo pagarlo —dijo Wendy mientras se anudaba los cordones —. Además, no quiero un guía.

— ¿Por qué no la guías tú? —inquirió Barb, apuntando a Joe con una ceja enarcada—. Conoces cada centímetro de la reserva y sabe dónde pueden esconderse los caribús.

— ¡No! —exclamaron a coro él y Wendy.

— Bueno, bueno... Perdón. Creía qu erais... amigos.

—Pues no —dijo Joe.

—Bueno —Wendy se había ruborizado— ahora vuelvo —añadió justo antes de encerrar se en el baño.

— ¿Quién es? —preguntó entonces Barb—. ¡Es genial! ¿Dónde la has conocido?, ¿qué habéis hecho ano...?

—Quiero que la acerques hasta su coche en la carretera oeste y que la sigas hasta la autopista. La quiero fuera de aquí. ¿Está claro?

—Clarísimo —respondió ella con los ojos abiertos de par en par.

— Y nada de preguntas —se adelantó al verla abrir la boca.

— Ya estoy lista —dijo Wendy instantes después, de vuelta en el recibidor—. Gracias por tu... hospitalidad —murmuró con sarcasmo tras estrechar la mano de Joe.

Y se despidieron en la puerta de la cabaña.

—Se me olvidaba —dijo Barb, alzando la voz tras bajar la ventanilla del conductor—. Ya han arreglado tu camión. Te lo traerán del garaje esta misma mañana.

— Gracias —contestó.

Luego se quedó en la entrada, mirando alejarse el camión que estaba sacando de su vida a Willa Walters. Por suerte.

Pero quince minutos después, no pudo evitar realizar una llamada.

— Naturaleza sin fronteras —contestó la operadora

Tras ponerse en contacto con ella, la directora de fotografía confirmó lo que Wendy le había contado.

Nadie ha conseguido fotografiar a un caribú los bosques de cerca —dijo Joe al auricular.

Por eso se ha atrevido nuestra pequeña Wendy con este proyecto. Sabía que el director general la contrataría como fotógrafa habitual de la revista si le conseguía un buen reportaje.

—Debe hacerle mucha falta ese trabajo.

—Está desesperada —dijo la mujer—. Y no me extraña. Después de lo que pasó en el apartamento de Manhattan con el modelo aquel... Solo tenía veintinueve años, igual que Wendy. Qué triste. Dicen que fue una sobredosis de éxtasis; o de crack, no estoy segura.

El caso es que...

—Me hago a la idea —Joe prefirió no sacar a colación los detalles

de lo que había leído en el artículo.

—Está intentando empezar de cero. Apartarse de Blake Barrett es lo más inteligente que ha hecho en su vida. Debería haberlo hecho hace años. Ese canalla ni siquiera tuvo la decencia de hablar con la policía en su defensa —continuó ella. Blake Barrett. Joe se preguntó quién sería. ¿Su marido quizá?, ¿su amante? ¿Tal vez su jefe?—. Cuídeme a núes tra chica, ¿quiere? No me gusta que esté sola por ahí.

Él no se molestó en decirle que la fotógrafa antes conocida como Willa Walters estaba ya de camino a Nueva York. El número del mes siguiente tendría que salir sin las fotos de los caribús. Y la rubita que había participado en una noche salvaje de sexo y drogas, que había acabado con la muerte de un modelo, tendría que buscarse otro trabajo.

Preferentemente, lo más lejos posible de él.

—¿De veras? —Barb deceleró al tomar la desviación de la autopista hacia la carretera en la que Wendy había dejado el coche de alquiler.

— Sí, el número sale dentro de tres semanas. Tengo que conseguir esas fotos.

Wendy buceó en la mochila en busca de las gafas de sol. Las sacó junto con un sobre en el que había anotado unos números de teléfono. Llevaba diez días con aquel sobre, desde que había aparecido en el buzón de sus padres. Era una carta de Blake. Tras recibirla, Wendy había tirado las hojas que contenía, sin leerlas a la papelera de reciclaje, que era justo el sitio que le correspondía, y se había guardado el sobre, donde había apuntado unos números de teléfono que podían serle de utilidad.

A Joe no le va a gustar —dijo Barb, devlviéndola al presente—. Para él, este es su territorio y quiere que las cosas se hagan siempre a su manera.

—A mí me lo vas a decir —Wendy sonrió y se echaron a reír las dos.

Hablar con Barb Maguire, una mujer corpulenta de poco más de treinta años, con unos rizos negros que servían de marco a un rostro angelical, era como un soplo de aire fresco tras haber compartido las anteriores quince horas con Rambobosques.

—En serio, si estás pensando en meterte en esa parte este de la reserva, tienes que estar preparada para hacer frente al mal tiempo y a los osos.

—No soy novata, aunque lo parezca —dijo Wendy. Pero debía reconocer que hacía años que había dejado de hacer senderismo y montañismo—. En el coche tengo todo lo que necesito. Incluidos

cohetes de emergencia para pedir ayuda si me encuentro en apuros. Ayer salí con la mochila de la cámara nada más porque de pronto apareció el caribú y no tuve tiempo para sacar todas las cosas

— Sí, esos renos son como los hombres ¿eh? Basta que los pierdas de vista un minuto y ya te puedes ir olvidando de ellos —bromee Barb, y Wendy se echó a reír.

—Hablando de renos solitarios...

— ¡Aja! —se adelantó Barb—. Así que no me equivocaba con vosotros. Me alegro. Ya iba siendo hora que empezara a vivir de nuevo

—No, no —Wendy negó con la cabeza—. Solo es curiosidad. Pero... ¿qué le pasó?

— ¿A Joe? —Barb tomó aire y reajustó la posición de las manos sobre el volante—. No parece capaz de superarlo. La muerte de Cat, quiero decir.

De modo que se llamaba Cat.

— He visto la foto de la chimenea —comentó Wendy—. Era muy guapa.

—Casi una niña. No tenía más que veintidós años cuando murió. Nueve menos que Joe. Se desvivía por ella —dijo Barb —. Y cuando murió, aceptó este trabajo para retirarse del mundo. Creo que sigue culpándose de la muerte de Cat, aunque no sé qué podía haber hecho por evitarla. Ya era una mujer, no podía encerrarla bajo llave, ¿no? Por más que quisiera protegerla.

Ciertamente, era un hombre protector. Wendy lo sabía por experiencia: estaba segura de habría podido llegar hasta su coche la noche anterior; aunque agotada, lo habría conseguido. Pero Joe Peterson se había negado a que realizara un camino tan largo ella sola.

— ¿De qué murió? —preguntó, a pesar de que no quería mostrar tanto interés como de hecho tenía.

— De sobredosis. En Nueva York, hace un año. Era modelo de pasarela, estaba empezando. Supongo que se mezcló con la gente equivocada.

— Dios —Wendy sintió como si acabaran de pegarle un puñetazo.

Trató de recordar las caras de las modelos con las que había coincidido en las fiestas y reuniones del mundillo. Aunque ella había fotografiado casi siempre a hombres y tenía la certeza de que no se había cruzado con Cat, no podía asegurar que esta no hubiese conocido a Blake.

—Te... te he reconocido, de las fotos —dijo Barb—. Todavía siguen con la historia —añadió apuntando con la cabeza hacia un periódico

que sobresalía de una bolsa con comida para llevar en el asiento trasero del camión.

A Wendy se le revolvió el estómago. Ni siquiera allí, en medio de ninguna parte, era capaz de librarse de su pasado. No le extrañaba que Joe Peterson la tratara como si fuese el ser más miserable de la Tierra. Ella misma se sentía así en ocasiones. No estaba orgullosa de algunas de las cosas a las que se había dejado arrastrar, pero todo eso había terminado.

Y tampoco la extrañaba que estuviese tan irritado. Wendy sabía que Joe se sentía atraído por ella. Pero una vez que la había identificado, y teniendo en cuenta cómo había muerto Cat y lo que había leído sobre ella en los periódicos...

—Ahí está mi coche —dijo Wendy cuando llegaron ante un vehículo azul—. Necesito tomar un poco de aire —añadió en cuanto Barb paró el camión.

Se apeó. Respiró profundo tratando de no echar fuera el desayuno y consiguió sentirse algo mejor. Sacó las llaves del coche y frunció el ceño al descubrir que el seguro de la puerta del copiloto no estaba bajado.

— ¿Todo bien? —preguntó Barb desde el camión.

— Sí..., todo bien —contestó, aunque no era verdad. Porque estaba convencida de que había bajado el seguro—. En cuanto a los periódicos...

Tranquila, por favor. No me creo toda esa basura que han escrito sobre ti.

Wendy metió la mochila en el coche y sonrió:

— Gracias —dijo. Pero se moría por formular una última pregunta —. ¿Cuánto tiempo estuvieron casados? Joe y Cat.

— Cat no era su esposa —contestó confundida Barb—. Era su hermana pequeña.

Joe descolgó el teléfono después de cuatro pitidos.

— Hola, soy yo.

- ¿Qué pasa? —preguntó al advertir cierta tensión en el tono de Barb, tan alegre hábitualmente.

— Wendy Walters. Pensé que te gustaría saberlo.

— ¿El qué?

—Sigue empeñada en fotografiar los caribús. Al otro lado de la reserva.

— ¡Serás...!

—Vale, vale, no mates al mensajero. Intente disuadirla durante el viaje hasta su coche, pero no hubo forma.

— ¿Hace cuánto la dejaste?

—Unas dos horas. Mi radio está estropeada, así que he tenido que esperar a llegar a la central para llamarte.

Y los teléfonos móviles no tenían cobertura en aquella zona.

—De acuerdo —Joe se disculpó—. Bueno tengo que irme.

— ¿Por ella?

— ¿Tú qué crees?

Lo último que oyó antes de estampar el auricular contra la base fue la risa disimulada de Barb Maguire.

CUATRO

TARDO seis horas en darle alcance. Y cuando lo hizo, se dio cuenta de que su mal humor había superado cotas sin precedente. Tenía que serenarse. Estaba decidido a manejar la situación como el profesional que era.

En el tiempo que le llevó organizar su equipo, recoger el camión del taller e infringir todo el código de circulación pisando el acelerador a fondo hasta el otro extremo de la reserva, Wendy Walters le había sacado una buena ventaja.

Si hubiera apostado el sueldo de ese mes a que podía cazarla mucho antes, sin duda antes de llegar al cañón escarpado que estaba atravesando en esos momentos, habría perdido el dinero, pensó cuando advirtió un ligero movimiento a unos trescientos metros.

Joe se llevó los prismáticos a los ojos. « ¿Será...?». Pero decidió tragarse el resto del insulto.

Wendy Walters, la gran esperanza de la fotografía de animales salvajes, subía a paso ligero por el sendero pronunciado que conducía a la entrada este de la reserva. Joe miró la hora. Las siete de la tarde. Una marca excelente. Otra cosa no, pero debía reconocer que aquella mujer estaba en forma.

Dejó caer los prismáticos, sujetos por una cinta que le rodeaba la nuca, centró el peso de la mochila sobre la espalda e inició una carrera al trote. El tiempo era estable. Una nueva tormenta se aproximaba desde el oeste. Los nubarrones que poblaban el cielo oscurecían el sol entre los picos nevados que rodeaban el cañón.

Ahora que la había encontrado, la seguiría sin perderla un segundo de vista. Había aparcado junto a su coche, al final de la carretera de guijo, a kilómetros de distancia, y había localizado las huellas de sus botas nada más emprender el camino fangoso hacia la reserva.

Lo que lo inquietaba era que tres kilómetros atrás había reparado en otro par de huellas, el doble de grandes y profundas que las de Wendy. Definitivamente, no eran los únicos en la reserva.

Aunque no había visto ningún vehículo cerca del de ella, quienquiera que rondara por allí podía haberlo escondido en cualquier espolón de las carreteras que bordeaban las montañas, y había veinte caminos distintos para llegar donde estaban si uno estaba dispuesto a ir a pie.

Pensó en el hombre camuflado que había desubierto el día anterior y aceleró el ritmo hasta llegar a la altura de cierta mujercita testaruda.

¿Qué haces aquí? —preguntó Wendy cuand Joe la alcanzó.

-Curioso que seas tú la que hace esa pregunta.

La miró de arriba abajo en busca de alguna herida o señal de fatiga. Pero ni siquiera había sudado, lo que resultaba asombroso dado lo pronunciado de la ascensión. Respiraba con fuerza y tenía las mejillas encendidas, pero sospechaba que no se debía al cansancio sino a la contrariedad por que la hubiera interceptado.

-Venga, fuera de aquí —dijo al tiempo que le daba un tirón del brazo.

—Ni hablar —se resistió Wendy—. No es una reserva privada. Está abierta a excursionistas y mochileros.

—A excursionistas y mochileros con licencia —precisó Joe —. ¿Me puedes enseñar la tuya? —añadió con una sonrisa triunfal. De pronto se sentía bien, con las fuerzas renovadas, al mando de la situación, actuando como un profesio...

—Aquí la tienes —Wendy sacó un papel amarillo del bolsillo delantero de su camisa de manga larga

—. Mírala el tiempo que quieras Tengo el mismo derecho que tú a estar aquí.

Por un instante, permaneció quieto, en silencio, mirando el papel amarillo agitado por el viento. Se lo arrebató de la mano. Esos permisos solo podían expedirlos los agentes del Departamento de Caza y Pesca, y no había sido él quien se lo había concedido. La única empleada en las inmediaciones que podía...

—Me lo ha firmado Barb.

Maldijo para sus adentros y se obligó a contar hasta diez. La siguiente vez que viera a Barb Maguire, la agarraría del pelo y la llevaría a rastras hasta ahogarla en el arroyo que corría por detrás de la cabaña. Confirmó las fechas y la firma y le devolvió el permiso de malos modos.

—Voy a encontrar esos caribús, no puedes impedírmelo. Y cuando los encuentre, voy a fotografiarlos —Wendy alzó la barbilla y apretó los labios hasta que adquirieron un seductor tono rosa—. Y luego me iré de aquí.

Joe lamentaba tener que reconocerlo, pero era verdad lo que decía: no podía impedírselo. A no ser que la juzgara incapacitada o falta de preparación. Tenía autoridad para hacerlo, en contra de la voluntad de Wendy, llegado el caso.

— ¿ Por qué has venido a buscarme?

La pregunta lo pilló desprevenido. Así que se limitó a examinar lo bien equipada que, por desgracia, parecía que iba. Llevaba una brújula colgando del cuello. El mapa topográfico estaba doblado como

se recomendaba a los montañistas experimentados, protegido por un plástico, sobresaliendo de un hueco de la mochila para consultarlo con facilidad.

Aunque la mochila era de un azul eléctrico cegador, gracias a lo cual le había costado tanpoco localizarla, era de primera calidad, al igual que el saco de dormir, la tienda de campaña y un pequeño piolet que colgaba del cinturon junto a una botella de agua de litro.

—No creo que vayas a necesitar eso —dijo Joe, apuntando con la cabeza hacia el piolet.

—Es agosto y estamos en Alaska —replicó ella—. Hay que estar preparado para cualquier cosa. Y no has respondido a mi pregunta.

— ¿Qué? —Joe se sorprendió mirando la boca de Wendy. Esta había relajado la presión de los labios y se los había humedecido con la lengua.

— ¿Por-qué-es-tás-a-quí? —silabeó como si fuese el último recurso para que lograra entenderla.

—Por… porque no puedo permitir que andes sola, con licencia o sin licencia — respondió cuando consiguió apartar los ojos de su boca.

— ¿Por qué no? —replicó Wendy, instando lo a que le expusiera algún motivo de fundamentó.

No encontró ninguno. Ninguna razón que no sonara estúpida o sobreprotectora. Como el hecho de que era una mujer y estaba sola. Podía encontrarse con animales salvajes, osos…

—No tienes pistola —dijo de pronto al re cordar que los osos pardos podrían haberse desplazado hacia el norte para pescar los últi mos salmones de la temporada.

— ¿Cuándo fue la última vez que disparaste a un animal?

— Nunca —respondió sin pensárselo — , nunca me ha hecho falta utilizar la pistola.

—Exacto. Y tú vives aquí. Yo solo voy a estar cinco o seis días.

Tampoco podía rebatirle ese razonamiento, reconoció Joe. Pero daba igual. No quería que estuviera sola por ahí. ¿Y si le ocurría algo? Si se hacía daño, sería culpa de él por no haberla detenido. En última instancia, ella era responsabilidad suya.

Pensó con amargura en Cat, en cuánto había insistido en ir sola a Nueva York el año anterior. Joe había intentado acompañarla, pero ella le había dicho que siempre la trataba como si fuese un bebé. Debería haber ido. Si hubiese estado a su lado…

El sonido de un pequeño desprendimiento montaña arriba lo devolvió al presente.

— Tenemos que movernos —dijo —. Nopodemos quedarnos aquí en medio. Esa roca de arriba es inestable.

—De acuerdo —Wendy reemprendió la escalada.

—No vas a darte por vencida, ¿verdad?

—Ni en sueños.

Se obligó a contenerse. Miró al cielo, cada vez más oscuro. No tardaría en anochecer del todo. De modo que optó por otra táctica.

—Está bien, buen viaje.

El rostro de Wendy compuso una expresión de asombro. Pero un segundo más tarde se había recuperado de la sorpresa y esbozó una sonrisa alegre.

—Igualmente. Cuidado al volver. Enseguida se hará de noche.

¡Insolente! Joe tuvo que hacer un esfuerzo de autocontrol para no agarrarla y... no sabía, no sabía qué hacer con ella, pensó mientras Wendy se giraba para continuar la ascensión. Allá ella si se moría de frío o se hacía daño.

Joe dio media vuelta y bajó la ladera de la montaña a paso corrido. Solo al llegar al final del pronunciado sendero descubrió una huella sobre una roca manchada de barro. Que no estaba allí veinte minutos antes. De eso estaba seguro.

Su misterioso acompañante andaba cerca Mientras escudriñaba entre los árboles que se alzaban montaña abajo y las piedras de arriba, abrió la funda donde guardaba la pistola. Poi si acaso.

Cuando volvió a darle alcance, Wendy pareció aliviada.

—¿Has vuelto?

—Sí, he cambiado de opinión. Voy contigo.

—¿Qué?

—Tú misma lo has dicho: los dos tenemos el mismo derecho a estar en la reserva.

—No necesito que me hagas de niñera — contestó Wendy antes de reemprender la marcha.

Joe se imaginó tres días junto a esa mujer, de un lado a otro sin parar, si es que aguantaba ese ritmo. Aunque la perspectiva no le agradaba, tendría que resignarse. Era responsabilidad suya mientras estuviese en la reserva.

El pasadizo que comunicaba con el otro lado de la cordillera se encontraba justo encima de ellos. Wendy avanzaba deprisa, demasiado deprisa. Llegó antes que Joe. Y soltó un grito estrangulado.

Joe la sujetó. Luego la dejó, con su mochila y todo, en el minúsculo pasadizo entre montañas. Apenas cabían dos personas una junto a otra contra la ladera.

Wendy miró al vacío, el frondoso valle que se extendía a sus pies y los picos majestuosos al otro lado.

—No tenía ni idea de lo precioso que podía ser este paisaje —

susurró, repuesta de la impresión inicial.

—No tenía ni idea de que estuvieras pensando en volver a tirarte al vacío —contestó Joe mirando el fondo del barranco, a más de sesenta metros—. Has tenido suerte de que estuviera contigo.

Se dispuso a encajar una contestación agresiva, pero la expresión de Wendy se suavizó:

-Mira, te lo agradezco de veras, en serio, pero no necesito tu ayuda. No necesito que nadie me ayude. ——Tengo un trabajo que hacer y voy a llevarlo a cabo. Punto.

Él se negaba a dejarla otra vez sola. Ya no. Estaba seguro de que alguien los seguía. La misma persona que el día anterior. La misma que había rondado la cabaña por la noche. ¡Maldita fuera!, ¿por qué tenía que aparecer aquella mujer para desbaratarle la semana tranquila que tenía prevista!

—Por aquí —indicó finalmente, apuntando hacia una roca plana del pasadizo.

No podía impedirle que la acompañara, pensó mientras comprobaba la estabilidad del suelo. Se quedó mirando la roca un buen rato, como si estuviera decidiendo si seguir adelante o no. Luego sacó el mapa, se lo alisó sobre el regazo y situó la brújula justo encima de donde estaba representado el pasadizo en el que se hallaban. Hizo una cruz con un lápiz que sacó del bolsillo y realizó una anotación.

—Esto no lo has aprendido en Manhattan —comentó impresionado Joe.

—En Michigan —respondió. Se miraron a los ojos durante un segundo prolongado y Joe se sorprendió preguntándose qué llevaría debajo de la camisa de manga larga—. Soy de allí.

Un impulso hizo estirar el brazo a Joe y quitarle una ramita del pelo.

—Estás llena de sorpresas, ¿verdad?

En una voz tan baja como si estuviera hablando consigo misma, contestó:

— Y no sabes ni la mitad.

No paraban de discutir.

La batalla se sucedía entre tragos de la botella de agua que Wendy se sintió obligada a compartir con Joe, el cual, debido a las prisas por alcanzarla, se había olvidado de llevar la suya.

Estaban sobre un saliente de la montaña, cuesta abajo, con rocas sueltas por todas partes. No podía decirse que fuese un sendero seguro.

— ¿Viene mucha gente por aquí? — preguntó Wendy. Aunque en

Michigan había hecho mucho montañismo, la mayoría del terreno era compacto y firme.

— Apenas. En realidad es un paso para animales.

—Eso pensaba —dijo ella mientras procuraba poner un pie tras otro sin mirar abajo mientras descendía

— . ¡La brújula! —exclamó de pronto, frenando tan en seco que Joe estuvo a punto de chocarse con ella.

— ¿Qué?

—Me la he dejado arriba, en el pasadizo. La saqué un segundo para...

—La recogeremos de regreso —atajó Joe—. Seguirá allí cuando volvamos.

—No lo entiendes —Wendy se dio la vuelta con cuidado de dónde ponía los pies—. Es un regalo de mi padre. No quisiera que le pasara nada.

Joe blasfemó. Luego miró al cielo, que parecía a punto de explotar.

—Nos estamos quedando casi sin luz y no me gusta la pinta que tienen esas nubes. Quédate aquí.

—No — Wendy lo agarró por un brazo—. Voy yo.

—No, soy yo el que va —sentenció Joe con tono tajante—. Quédate aquí y no te muevas.

Sin darle tiempo a que protestara, se dio la vuelta y comenzó a subir lo que acababan de bajar.

—Tirano —murmuró Wendy, sabedora de que ya no la oía.

Un instante después, una lluvia de piedras pequeñas descargó sobre el espacio que Joe acababa de dejar vacío. Wendy se aplastó contra la ladera y se tapó la cabeza con las manos para protegerse del pequeño desprendimiento que había ocasionado su compañero al ascender.

Que finalizó al cabo de unos segundos. Miró hacia arriba con precaución, esperando encontrar un animal, un pájaro quizá, pero no vio nada. Tampoco veía a Joe. Él sendero estaba vacío, como también lo estaba el pasadizo donde se había dejado la brújula.

A sus pies todo parecía en calma: el valle oscurecido, desvanecido el sendero entre las sombras. El aire estaba quieto. Wendy miró el reloj: las ocho de la tarde. De no ser por los nubarrones, pensó, todavía habría bastante luz.

Joe tenía razón cuando decía que necesitaban bajar y encontrar un sitio donde acampar antes de que oscureciera. No les quedaba mucho tiempo, pues apenas se veía ya.

— ¿Joe? —lo llamó aguzando la vista—. ¿Has encontrado la brújula?

No respondía. ¿Adonde habría ido? Estaba empezando a enfriarse,

de modo que se subió cremallera del anorak. Alaska era Alaska, por mucho que fuera verano. ¿Joe? —lo llamó de nuevo. Y esa vez le

respondió una nueva ducha de piedras—. ¡Ay! -exclamó cuando uno de los misiles le rozó la sien.

— ¡ Wendy! — sonó la voz de Joe y, por una vez, ella tuvo que reconocer que se alegraba de oírla

—. ¡Rápido!

La ducha de piedras arreciaba cuando decidió subir hacia Joe, de modo que se protegió con la mochila. Algo le molestaba en el ojo. Se lo limpió con una mano y la bajó con los dedos húmedos.

— ¡No, espera! —le ordenó Joe—. ¡Atrás!, ¡vuelve atrás!

— ¿Qué? —Wendy se pegó contra la ladera—. Joe, no te veo.

Pero sí vio... Santo cielo. Aquello no era un desprendimiento, parecía como si la cordillera entera fuese a desmoronarse encima de ella.

Pedruscos volcánicos, rocas de todos los tamaños se estaban desgajando, rebotando por la ladera y saltando por los aires.

— ¡Voy por ti! —gritó Joe por encima del estruendo de las piedras —. ¡No te muevas de donde estás!

Pero no podía quedarse donde estaba. Las rocas caían sin cesar. Aunque estaba bajo un saliente firme, el camino no tardaría en quedar totalmente bloqueado.

-¡Joe!

Tenía que moverse. Y subir era imposible. Joe no podría llegar hasta ella. Tenía que hacer algo para salvarse. Bajar. Tenía que bajar.

Se deslizó por la ladera gateando, utilizando la mochila como escudo. Cada metro se hacía como un kilómetro. Pero avanzaba.

Sabía que tenía las manos arañadas y seguía notando un líquido caliente y pegajoso que caía sobre su ojo. Sangre. Siguió bajando. Apenas veía a más de un metro de distancia. Una cortina de polvo la envolvía.

Oyó que Joe le gritaba desde arriba, pero no entendió sus palabras. Sabía que debía ayudarlo, pero no se le ocurría cómo. Se sintió impotente, inútil. Y eso la sacaba de quicio.

Poco a poco, el desprendimiento cesó. Cuando el polvo se despejó, Wendy volvió a subir, todavía a gatas, hacia el saliente bajo el que se había resguardado. Repitió su nombre para localizarlo mientras ascendía con el ojo guiñad.

Con la mano, arañada y ensangrentada, por fin algo sólido.

—¡Te tengo! —exclamó Joe, y tiró de Wendy hacia arriba.

CINCO

TABA bien -aseguró ella. Joe cerró la cremallera de la tienda de campaña para dos y miró a Wendy con severidad.

—De eso nada.

A pesar de la fuerte luz de la linterna, de los cortes y las magulladuras, de tener más heridas ensangrentadas de las que le había visto a ningún hombre, Wendy seguía pensando que era muy atractivo. Y eso era malo.

— Había conseguido bajar y guarecerme. Estaba fuera de peligro —Wendy le entregó el maletín de primeros auxilios que había comprado en una tienda de deportes de Anchorage—. Solo estaba subiendo para ayudarte.

— ¿A mí? —dijo Joe como si fuese la cosa más absurda—. Seguro.

—Pues sí.

Lo cierto era que se habían ayudado mutuamente. Se habían apretado bajo el saliente para cerciorarse de que el peligro había pasado por completo. Luego, Joe había usado el piolet de Wendy a modo de pala improvisada para despejar el camino. Una llamita de satisfación había prendido dentro de ella por haber demostrado que había hecho bien en llevar consigo la pequeña piqueta.

Al producirse el desprendimiento, Joe había tirado su mochila en el pasadizo y luego no habían podido recuperarla. El sendero por el que habían bajado estaba totalmente inutilizable. No tenían más equipo de salvamento que el contenido de la mochila de Wendy. Por suerte para los dos, había ido preparada.

—Deja que te mire ese corte —Joe le retiró el pelo de la cara y examinó la incisión que había sufrido durante el desprendimiento.

— Puedo yo sola —dijo Wendy, retirando la cara. Pero él no le hizo caso, insistió, apretó una venda yodada contra su sien—. He dicho que... ¡Ay, cómo escuece!

—Sobrevivirás —Joe le sostuvo la barbilla y le desinfectó el corte. Luego le limpió la sangre seca de la mejilla con un trozo de algodón esterilizado.

Ella le dejó hacer. Sin saber por qué.

La expresión de su rostro mientras la atendía era de concentración, distanciamiento objetivo y, en todo caso, un ligero desagrado.

—Quita, ya lo hago yo — Wendy le arrebató el algodón cuando Joe se disponía a inspeccionar los arañazos de las manos. Tenía las uñas partidas y sucias de polvo.

— No parece que la manicura te haya durado.

— Muy gracioso —contestó ella. Era el más gracicioso del mundo.

Del universo incluso.

Sacó otro par de gasas antisépticas y empezó a curarse las mejillas, el cuello, las manos y los brazos después, hasta conseguir limpiar i l;i suciedad y la sangre seca. Habría dado cualquier cosa por una ducha.

Una mezcla de agotamiento y adrenalina la mantenía en un estado de euforia que debía de ser el resultado lógico de aquella vivencia tan impactante.

Joe tampoco tenía mejor aspecto, aunque sospechaba que un tipo como él se moriría antes de reconocer que estaba derrengado. Desde el isntante en que había agarrado su mano y había tirado de ella para ponerla a salvo bajo el saliente, se había hecho cargo de la situación. Le había dicho qué debía hacer y ella había obedecido sin rechistar.

Pero tras finalizar el descenso y caminar medio kilómetro hasta encontrar un lugar llano entre los árboles donde acampar, Wendy ya se había restablecido del agotamiento y, renovado las energías, se había negado a dejarle que plantara la tienda sin su ayuda. Al fin y al cabo era la tienda de ella. ¿Qué se había creído ¿que iba a quedarse sentada haciendo el vago mientras él la montaba? Después de discutir sobre el método más correcto para filtrar el agua de un arroyo cercano, y superado un momento embarazoso en el que ella había necesitado hacer pis pero Joe se había negado a perderla de vista, se habían instalado en aquel improvisado campamento a pasar la noche.

Y parecía exhausto. No porque así lo manifestaran sus palabras o sus gestos, que controlaba con absoluto cuidado, sino por la expresión de sus ojos y de su cara cuando creía que ella no lo estaba mirando.

— ¿Tienes hambre? —preguntó Joe, y le ofreció una chocolatina energética de la mochila de Wendy.

—No, estoy cansada, nada más.

Joe desgarró el envoltorio de la chocolatina y se la comió en tres mordiscos. Luego abrió la cremallera del saco de dormir de Wendy y se apartó para que esta pudiera meterse.

—Venga, duerme un poco.

Hasta ese momento no se había parado a pensar que solo tenían un saco. Un solo cepillo de dientes. Un solo de todo.

— ¿Y tú?

—No te preocupes —Joe apagó la linterna.

A pesar de la oscuridad, podía distinguir sus movimientos dentro de aquel espacio casi claustrofóbico. Joe se había sentado a su lado con la cabeza cerca de la apertura de la tienda, envuelto en una chaqueta de goretex para abrigarse.

Estaba segura de que era el último lugar del mundo en el que deseaba estar: atrapado en una tienda en medio de la nada con una

mujer que, por distintos motivos, le desagradaba. Pero allí estaban, haciendo frente juntos a la baja temperatura de la noche.

Se ladeó de modo que ambos quedaran mirando en la misma dirección, abrió el saco por completo y se tumbó junto a él.

— Podemos compartirlo —le ofreció, al tiempo que empezaba a cubrirlo.

—No hace falta —se apartó.

—No seas tonto. Hace frío.

No volvió a protestar cuando Wendy redistribuyó el saco de modo que los tapara a los dos. Permanecieron un rato quietos, en silencio, despiertos. A juzgar por la respiración de Joe y la palpable tensión entre los dos, no daba la impresión de que él fuese a conciliar el sueño.

También se había fijado en que no se había quitado el arma. Seguía en la pistolera, bien a mano. Y había advertido que el sitio que había elgido para acampar no se veía desde el sendero, oculto entre los árboles, y que se había resistido a encender una hoguera. Se acordó de un extraño presentimiento. Uns hora atrás, justo antes de que Joe le diera alcance cuando subía hacia el pasadizo, había tenido la sensación de que alguien estaba siguiéndola. No Joe, sino alguien vestido con ropa oscura que se confundía con los colores del entorno. Había vislumbrado fugazmente a una persona. Luego se había parado y había esperado a ver si aparecía... siempre y cuando no hubiese sido todo producto de su imaginación.

— ¿Joe? —lo llamó y no obtuvo respuesta—. El desprendimiento... ha sido un accidente, ¿verdad?

—Duérmete —contestó él—. Mañana va a ser un día muy largo.

Aun en el caso de que Joe llevase consigo un teléfono móvil, Wendy sabía que no tenían cobertura a tanta distancia de la ciudad.

Estaban aislados.

— No podemos volver por el pasadizo, ¿no?

—No —respondió con sequedad.

Ella se había estudiado el mapa y sabía que el pasadizo era la única entrada o salida de la parte este. Estaban rodeados de cumbres nevadas y escarpadas por tres lados. Y tenía que conseguir esas fotos. Debía estar de vuelta en Nueva York al cabo de menos de tres semanas.

— ¿Entonces?

— La única salida es por el valle, atravesando el habitat de los caribús, por el medio de la reserva —respondió con tono de reproche.

— ¿Cuánto tiempo nos llevará?
—Dos semanas. Si es que lo consigues.
Wendy se giró hasta darle la espalda y se abrazó, no para calentarse, pues Joe Peterson ya generaba calor corporal suficiente para derretir un iceberg, sino para darse ánimos.
— Lo conseguiré —se aseguró.
Tenía que conseguirlo.

Estaba acostumbrado a despertarse a media noche pero por motivos totalmente distintos al que lo tenía con los ojos abiertos de par en par en esos momentos.
Wendy Walters estaba acurrucada en suelo contra él.
Había posado un brazo sobre su torso y había introducido una pierna entre las suyas. Joe podía sentir sus pechos pegados a la espalda, subiendo y bajando con la respiración.
Se dio cuenta de que tenía una erección de proporciones exageradas. Tras acomodarse los pantalones, trató, sin éxito, de separarse de ella. Wendy se apretó todavía más después de su intento de alejarse hacia el lateral de la tienda. Por fin, consiguió hacer un pequeño muro entre los dos con un pliegue sobrante del saco, de manera que, por lo menos, dejaron de estar en contacto directo.
El reloj marcaba casi las seis, aunque no lo necesitaba para calcular la hora. Una luz grisácea se filtraba a través del fino tejido de la tienda. En esa época del año, oscurecía sobre las nueve y el alba despuntaba alrededor de las cinco.
Había hecho lo posible por no dormirse, pero había sido inútil. La noche anterior apenas había descansado un par de horas. Pero había permanecido alerta tanto tiempo como había podido, escuchando, esperando descubrir si alguien más los acompañaba.
Tenía la certeza de que estaban siguiéndolos. De que estaban siguiendo a Wendy, en realidad. También estaba seguro de que el desprendimiento no había sido un accidente. Había sido un intento de separarlos y aislarla.
La cuestión era: ¿quién la seguía y qué era lo que quería?
No había visto a nadie en el pasadizo al volver por la brújula de Wendy, pero, nada más empezar el desprendimiento, había captado un movimiento por el rabillo del ojo, justo encima de ellos. Una figura vestida de camuflaje. Habría ido tras él si eso no hubiese significado dejar sola a Wendy. Y, le gustara o no, Wendy Walters estaba en su reserva y era responsabilidad suya mantenerla a salvo.
De eso trataba de convencerse mientras amanecía, sintiendo su calor contra la espalda, su fragancia impregnada en el aire. Se dijo que esa

había sido la única razón por la que había soltado la mochila espantado y había corrido desesperado a rescatarla.

Wendy suspiró en sueños y volvió a apretarse contra él. Joe no tenía dónde meterse. Estaba

atrapado entre ella y la tienda. Usó su mitad de la colchoneta aislante sobre la que reposaban como muro, y tenía casi todo el cuerpo sobre el frío y duro suelo.

Veinte segundos después, estaba fuera de la tienda.

Después de casi media hora de discusión, durante la cual habían hervido agua para un té en el hornillo que llevaba en la mochila, habían compartido el desayuno y vuelto a guardar todas las cosas, Wendy comprendió que Joe Peterson jamás le dejaría cargar con su propia mochila.

—Está bien —se resignó por fin—. Llévala tú.

Sacó de la mochila la bolsa que usaba como funda de la cámara y se la colgó de un hombro. La Nikon la llevaba sujeta al pecho con una cinta resistente, y cargada con un carrete preparado para disparar. Las cumbres seguían nevadas y aquí y allá aparecía toda clase de animalillos del bosque. Esperaba hacer unas buenas fotografías, a pesar de que el tiempo parecía incierto, por decir algo positivo.

Había dormido como un lirón y se sentía revitalizada, casi culpable. Joe había dejado claro, con sus movimientos y miradas más que con palabras, que la idea de pasar las siguientes dos semanas juntos no lo hacía especialmente feliz.

Peor para él. El desprendimiento no había sido culpa de ella.

— ¿Lista? —preguntó Joe mientras se ajustaba sobre las caderas la mochila azul de Wendy.

—Lista.

—Bien, solo voy a decir esto una vez. Si quieres salir de aquí de una pieza, haz lo que te diga y cuando te lo diga. Sin preguntas. ¿Está claro?

Lo miró boquiabierta y con las cejas lo más alzadas posible. La vieja Wendy, la chica de Blake Barrett, habría aceptado con sumisión y lo habría seguido como una ovejita.

—Lo dices de broma, ¿no?

Pero el ligero temblor de su boca y la intensidad de su mirada le indicaron que estaba hablando muy en serio. Wendy se recordó que, a pesar de que ambos tuvieran un carácter parecido, Joe Peterson no era Blake. Y, aunque así fuera, ella no era la misma de hacía un mes.

— ¿Sabes qué? —Wendy echó a andar, tomándole la delantera—. Ya conocí a un cretino despótico que intentaba controlar mi vida y no necesito ninguno más.

— ¿Alguna vez has pensado —arrancó él mientras aceleraba hasta anular los metros que le había sacado ventaja— que la gente, cretinos despóticos incluidos, a veces hace cosas por tu propio bien?, ¿que quizá, solo quizá, saben mejor que tú qué hacer en determinadas sitúa...?

—No —atajó Wendy—. Yo tomo mis propias decisiones.

El camino serpenteaba hacia el valle poblado que se extendía a los pies de la reserva. Rodeaba el habitat de los caribús unos cincuenta kilómetros por encima. Tenía un mapa, provisiones y sabía perfectamente adonde iba. Le satisfacía saber que no necesitaba la ayuda de Joe Peterson, por más empeñado que este estuviera en que la aceptase.

—Me parece a mí, «Willa», que alguna de esas decisiones no ha resultado muy inteligente.

El modo en que la llamó, la alusión velada a las mentiras que había leído sobre ella en los periódicos, la hicieron frenar en seco y girarse hacia él.

—No tienes ni idea de quién soy ni de qué pasó en realidad. No tienes derecho a juzgarme basándote en un puñado de mentiras solo porque... —se paró antes de ir demasiado lejos.

— ¿Porque qué?

Estaban cerca, muy cerca. Dios, sí que era un hombre atractivo. Ese pensamiento era lo último que debería estar cruzando por su cabeza, pero así era.

—Porque...

Sus miradas se cruzaron y, por un instante, advirtió un brillo descaradamente sexual en el modo en que Joe la devoraba con la mirada. - Un brillo que la asustó un poco.

Lo que no decía mucho sobre su experiencia con los hombres. Aunque había estado con muchos, el apartado romántico lo tenía bajo mínimos. Claro que tampoco su interlocutor la estaba mirando con romanticismo. Ni mucho menos.

-¿Quién era él? —preguntó Joe de pronto.

-¿Quién?

- El cretino despótico. El otro, quiero decir.

Ella estuvo a punto de soltar una carcajada, notó cómo se le distendían los músculos de sus hombros. Joe Rambobosques Peterson

había gastado una broma. No era hilarante, pero había cumplido con su propósito de relajar el ambiente.

—Uno con quien trabajaba.

—Ah, pensaba que sería tu marido o tu ex, alguien así.

Entonces percibió algo distinto en sus ojos, algo que no logró descifrar.

—No, nada de eso. Era mi jefe.

Ya —dijo Joe. El algo distinto se enfrió, pero no se desvaneció del todo—. Te acostabas con él.

Ni siquiera se dignó a contestar. Se dio la vuelta y reanudó la marcha.

— ¡Un segundo! —Joe la agarró por un brazo. Wendy estaba a punto de morderle un ojo cuando dijo—: El camino está borrado en algunos tramos y vamos a tener que ir a campo a traviesa. Si vas a encabezar la marcha, necesitaras esto.

— ¡Mi brújula! —exclamó en cuanto Joe la sacó del bolsillo de la camisa para entregársela.

—Estaba justo donde dijiste.

—Gracias —dijo Wendy, tratando de disimular su alegría.

—No hay de qué.

Permanecieron un largo e incómodo segundo mirándose. Hasta que una rama crujió detrás de ellos y Joe se giró como un resorte en la dirección del sonido.

Se llevó la mano a la pistolera a la velocidad de la luz. Quietos como estatuas, guardaron silencio durante casi un minuto, examinando el sendero, pero no vieron nada, ni siquiera un pájaro o una ardilla.

— ¿Qué pasa? —susurró ella.

—Nada —contestó Joe. Pero era evidente que no le estaba contando algo—. Vamos.

Dos horas después, se detuvieron a beber y llenar la botella de agua que compartían en la corriente que rugía sendero abajo hacia el valle.

Wendy señaló una especie de cajita que había dibujada en el mapa topográfico, a unos diez kilómetros de ellos. Sabía que simbolizaba algún tipo de construcción.

— ¿Qué es esto?

Joe le entregó la botella de agua llena y agarró el mapa.

—Una cabaña del Departamento de Caza y Pesca. Hay seis en toda la reserva —explicó justo antes de mostrarle las otras, distribuidas entre la cabaña de Joe y el lugar donde se encontraban en esos momentos

—. Están abiertas al público en verano, aunque hace falta reservar.

— ¿Y había reservas para esta semana?

Joe emitió un sonido que fue lo más próximo a una carcajada que le había oído en todo el día.

—No creo. No tenemos muchos turistas por esta zona. Demasiado alejada del mundo.

—Por eso te gusta, ¿no?

—Puede —contestó Joe.

A Wendy no le cabía la menor duda.

—Al menos no tendremos que pasar otra noche pegados en la tienda. Estábamos un poco... apretados, ¿no te parece?

— Sí, por decirlo de alguna manera —Joe contestó con un toque de ironía que a ella empezaba a resultarle familiar.

Recordaba perfectamente haberse despertado a media noche con un brazo suyo encima de ella. Había conseguido quitárselo de encima sin despertarlo.

— ¿Qué vamos a hacer con la comida? Solo he traído suficiente para una persona durante una semana. Y ahora somos dos y vamos a estar dos semanas.

Wendy echó un vistazo al agua del río y lamentó no haber comprado una caña en la tienda de deportes donde había adquirido el maletín de primeros auxilios.

—No me digas que pescas —Joe le leyó el pensamiento.

—Pues claro. Bueno, pescaba.

— ¿En Michigan también?

—Exacto —Wendy notó que la noticia lo había sorprendido.

— ¿Te enseñó tu padre?

—No —contestó con una ceja enarcada—. En la sección femenina de los Scouts.

— ¿Eras scout? —exclamó Joe, y esa vez sí que le entró la risa—. ¿Tú?

— Sí, yo. Seis años, de hecho. ¿Tan raro te parece? —respondió Wendy mientras reanudaba el paso, un poco harta de los prejuicios que Joe tenía sobre ella.

—¿Cuántas estrellitas te ganaste?

— ¿Qué?

— Ya sabes, las estrellitas. Por cocinar, trepar, hacer hogueras, conocimientos de primeros auxilios. Había unas cincuenta estrellitas, ¿no?

— ¿Cómo sabes tanto del tema? —preguntó sin dejar de andar. De pronto se le ocurrió el motivo—. Cat también era scout, ¿no?

—Lo fue —contestó al cabo de veinte metros—. Durante un año o

así. Pero no era lo suyo.

No dijo nada más al respecto y Wendy consideró oportuno retomar la conversación anterior:

— Bueno, ¿qué?, ¿cómo vamos a hacer para comer?

Wendy se imaginó a sí misma pescando con hilo dental y a Joe disparando a las ardillas con la pistola.

—Tengo un lote de provisiones en cada cabaña, para afrontar una emergencia.

—Por si acabas aislado en medio de la reserva con una fotógrafa que solo ha traído comida para una semana.

—Justo. Me pasa cada dos por tres.

Wendy sonrió, a pesar de su empeño en que Joe no le cayera bien. Se moría por saber qué estaba pensando en esos momentos y, aunque no lo hizo, estuvo tentada de girar la cabeza para mirarlo.

Mientras bajaban hacia el valle, con el cielo cubriéndose de nubarrones, y el aire impregnado de la fragancia de los abetos, no le quedó más remedio que reconocer que se alegraba de que Joe Peterson estuviera a su lado.

SEIS

REACCIONÓ como si acabaran de entrar en la suite de lujo del mejor hotel de Anchorage.

— ¡Qué maravilla!

Joe gruñó, cerró la puerta de la cabaña y descargó la mochila de Wendy. Tenía los hombros destrozados. No porque no estuviese en forma o le pesara mucho, sino porque era una mochila demasiado pequeña para él.

— ¡Tiene de todo! —Wendy deslizó la linterna por el espartano interior de la cabaña—. Un fogón, dos literas dobles, chimenea... ¡Hasta una pala para retirar nieve!

— Sí, mucho mejor que el Ritz —Joe sacó un manojo de llaves del bolsillo y abrió el armario que ocupaba la pared del extremo opuesto.

— ¡Mantas!

— Y comida y ropa —añadió Joe. Y una maquinilla, pensó mientras se pasaba la mano por la barba de dos días. Y un cepillo de dientes para él, que esa mañana había tenido que tomar prestado el de Wendy.

Sacó el neceser unisex del armario y se lo lanzó. Ella le dio la linterna y Joe inspeccionó el interior del armario hasta encontrar lo que estaba buscando.

— ¿Es un farol de propano? —preguntó Wendy.

— Sí, voy a encenderlo para que podamos...

—Ya lo hago yo —lo interrumpió al tiempo que se lo arrebataba. Un minuto después, lo había encendido.

—Eso lo aprendiste en los scouts.

— ¿Qué? No... Tiene las instrucciones en el lateral, ¿ves? —Wendy le enseñó un lado del farol.

Viéndola de pie, tan sonriente, parecía tan alegre y vital que era como si acabaran de dar un paseíto por el campo, en vez de llevar quince kilómetros por la montaña. Le costaba mucho relacionar a esa Wendy Walters con la mujer de la que hablaban los periódicos. Y todavía le costaba más convencerse de que no se sentía atraído por ella.

— ¿Tienes hambre?

— ¿Qué? Sí, sí, mucha.

—Pollo a la lata. Mi especialidad —bromeó tras sacar el recipiente de la mochila—. Esta noche cocino yo.

Joe encendió el fogón y luego hizo rodar el saco de dormir de Wendy sobre una de las literas. En la otra, dejó un juego de sábanas

del armaario. Esa noche no se acurrucaría contra él.

—Ese tipo... —arrancó una vez sentados a comer sobre una manta —, tu jefe: Barrett o como sea.

— ¿Cómo sabes su nombre? No te lo he dicho —dijo ella mientras pinchaba un trozo de pollo.

—Estaba en el artículo —explicó. Aunque no lo habría relacionado si la editora de Wendy no lo hubiese mencionado también-—. ¿No estará por aquí buscándote?

— ¿Por qué lo dices? —preguntó Wendy.

—Por nada —Joe se encogió de hombros. ¿Para qué iba a asustarla?

Si Barrett era quien los seguía, ya le ajustaría las cuentas. Ése desprendimiento podría haberles costado la vida a los tres.

— ¿Me estás ocultando algo? —insistió ella frunciendo el entrecejo, como si intentara leer sus pensamientos.

—No —Joe probó otro trozo de pollo—. No está mal para ser de lata.

Wendy lo miró con recelo un segundo y, a pesar de no creerlo, terminó relajando los hombros y siguió comiendo. Joe se fijó, no por vez primera, en sus delicadas facciones: una carita pequeña, la barbilla en punta. Una boca como fruta jugosa.

Le gustaban sus ojos, grandes, casi demasiado grandes para esa cara, adornados por unas cejas oscuras. Le daban un aire de inocencia que sabía que era engañoso, pero que no por ello dejaba de resultarle atractivo.

Se preguntó si su cabello rubio era teñido. No le parecía, pero en los tiempos que corrían no podía estar seguro. Era asombroso lo que las mujeres se hacían con tal de ir a la moda. Su hermana se pasaba horas en el baño retocándose el peinado y maquillándose. Claro que Cat era modelo. Una mala profesión. La misma que había elegido Wendy Walters, se recordó.

La miró mientras apartaba su plato y se estiraba para agarrar la Nikon de la litera, donde la había colocado al entrar. Durante todo el trayecto, había ido parándose a hacer fotos. Al principio él se había quejado, pensando que los retrasaría y no llegarían a la cabaña antes de que oscureciese. Pero, por tercer día consecutivo, Wendy le había demostrado que estaba en muy buena forma.

Le había dejado dirigir la marcha ese día, no porque hubiese insistido y él hubiera acabado accediendo, sino porque quería guardarle las espaldas, mantenerse atento al hombre que les seguía el rastro.

— ¿Qué es lo que haces?, ¿sales a correr todos los días? En Nueva York, digo.

— ¿Cómo? —Wendy desvió la vista de la cáámara y lo sorprendió mirándole las piernas.

—Estás en muy buena forma —explicó Joe—. ¿Qué haces para mantenerte?

-Ah —Wendy se ruborizó—. Sí, intento correr un poco todas las mañanas. Salvo que esté haciendo montañismo en una reserva de Alaska —añadió sonriente.

De pronto, tomó conciencia de lo bonita que de verdad era, con un aire a Meg Ryan, tipo vecina de enfrente. Y eso tampoco encajaba.

Wendy introdujo un carrete nuevo en la cámara con una eficacia y precisión en los movimientos que indicaban que había realizado esa operación miles de veces. Luego lanzó el carrete terminado en un bolsillo profundo de la bolsa que usaba para las cosas de la cámara.

— Ya está, lista para mañana —dijo justo antes de alcanzar el mapa.

Lo estudiaron juntos, lo que lo obligó a acercarse a ella. Pudo oler la suave fragancia de su propio champú sobre el cabello de Wendy. Por alguna razón, le gustaba que utilizase su champú, su jabón, que se duchara y durmiera en su cabaña.

También lo molestaba.

—Deberíamos ir pensando en dormir un poco —dijo ella, consciente de que la estaba mirando.

— Sí — Joe carraspeó, se separó de ella y retiró los platos en los que habían cenado.

Veinte minutos después, tras un último via je al retrete que habían instalado en un anexo de la cabaña, y después de echar el cerrojo, Joe avivó el fuego de la chimenea. Cuando Wendy apagó el farol, la habitación quedó casi a oscuras, apenas iluminada por un baño de luz naranja.

Instalado en la litera de enfrente, desvió la mirada mientras Wendy se quitaba los pantalones. La oyó forcejear con la ropa durante un minuto. Luego, incapaz de contenerse, echó un vistazo furtivo y la encontró sentada, cubierta tan solo por su camisa de manga larga. Alcanzó a ver el borde de unas bragas blancas cuando levantó las piernas para acostarse. Después advirtió que había dejado el sujetador doblado sobre los pantalones.

—Buenas noches —se despidió Wendy sin advertir que la había estado espiando. Y se metió

en el saco de dormir.

—Buenas noches —contestó mientras se tapaba con las mantas que había sacado del armario.

Más tarde, adormilado ya ya punto de dormirse, la oyó girarse dentro del saco.

—Solo para que conste —le dijo—: Blake y yo… no éramos amantes.

Amaneció despejado, pero había llovido con fuerza por la noche y el sendero estaba embarrado. Wendy se fijó en que la corriente que bajaba junto a ellos se ensanchaba y fluía con más velocidad a medida que se acercaban al valle, en la reserva.

Hicieron una pausa a mediodía, tras haber recorrido escasos cinco kilómetros. Los árboles caídos y la densa maleza había ralentizado su marcha. Y Wrendy se había detenido en varios lugares a hacer fotos, además. De pájaros y animales pequeños, en su mayoría. No habían visto osos ni alces, ninguno de los animales grandes que vivían en la reserva. Y, lamentándolo mucho, no había descubierto el menor rastro de los huidizos caribús.

Joe había insistido en ir detrás de Wendy, la cual notaba que él seguía alerta, atento a cada sonido y cada huella del suelo, como si esperara encontrar algo. O a alguien. Aunque no había vuelto a tener la sensación de que la seguían, como el día anterior, era obvio que Joe sí.

— ¿Quieres el anorak? —le preguntó mientras descargaba la mochila y la apoyaba contra un árbol. —Gracias.

Aunque el cielo brillaba azul entre las copas de los abetos, apenas haría diez grados, temperatura normal para el verano de Alaska. Y hacía frío: todo estaba mojado a su alrededor y de las ramas de los árboles caían gotas de la noche anterior. Se puso el anorak impermeable y entró en calor de inmediato.

El día anterior habían llegado a una especie de amable aunque distante camaradería, resignados a la probable realidad de que pasarían las siguientes dos semanas juntos, veinticuatro horas al día, siete días a la semana.

Wendy miró a Joe mientras este se quitaba la camisa del uniforme y buscaba a continuación en la mochila la camiseta interior que había sacado del armario de la cabaña. Cuando la hubo encontrado, se despojó de la camiseta que llevaba. Allí, de pie entre los árboles, iluminado el vello de su torso por un sol que realzaba los músculos de su espalda y de sus brazos, parecía un hombre primitivo.

Antes de tomar conciencia de lo que estaba haciendo, Wendy quitó el protector de la Nikon y disparó una ráfaga de fotos.

— ¿Se puede saber...? —Joe se bajó la camiseta—. ¿Qué haces?

—Te... —Wendy había reaccionado instintivamente. Al fin y al cabo, era fotógrafa de moda. O lo había sido, por lo menos—. Te he hecho una foto. Los árboles, la luz..., todo era perfecto.

—Yo no soy uno de esos modelos que juegan a hacer poses —Joe recogió la camisa del uniforme y se la puso, confundiéndose al arocharse los botones.

—Ya, ya. Si no es eso. Es que estabas tan...

— ¿Qué?

Por un instante, Wendy recordó cómo la había espiado la noche anterior cuando estaba medio desnuda. Joe no se había dado cuenta de que le había dejado que la mirara deliberadamente. No le gustaba nada sentirse tan atraída por él.

—Nada. No tengo por qué darte explicaciones —finalizó mientras volvía a poner el protector en la cámara.

Estaba harta de dar explicaciones, de sentirse culpable, arrepentida o angustiada por mil tonterías que le habían hecho creer que eran culpa suya durante los años que habían pasado como ayudante de Blake. También estaba harta de los hombres dominantes.

— Arriba hay un puente que tenemos que atravesar —dijo Joe finalmente —. A saber cómo estará después de tanta tormenta.

—De acuerdo.

Le tomó la delantera, resuelta a no dejarse intimidar por Joe Peterson. De pronto, perdió el equilibrio al plantar el pie sobre un charco de barro.

—Despacio —Joe la sujetó por un brazo para evitar la caída de Wendy—. El sendero

está resbaladizo.

—No necesito tu ayuda.

—Lo que tú digas.

La soltó y ella estuvo a punto de resbalarse de nuevo. Forzándose a mantener la calma, reanudó la marcha hasta llegar a una bifurcación en el camino. Uno de los senderos seguía el curso del agua; el otro serpenteaba hacia arriba por un lateral del valle.

—Ahí arriba. ¿Lo ves? —dijo Joe apuntando con el dedo.

— ¿El qué? —Wendy empezó a subir sin esperar a que respondiera. Al cabo de unos minutos de escalada, durante los cuales le faltó poco para caerse otras cuatro veces, vio lo que Joe le había señalado—. ¿Eso de ahí es el puente?

—Exacto —Joe le dio una palmadita en la espalda—. Vamos.

—Estás de broma, ¿no? Tenía que estarlo. Lo que Wendy veía, boquiabierta como una trucha, no podía llamarse puente. Quizá

pudiera calificarse de barandilla para gatos o barra de ejercicios gimnásticos, pero no de puente.
—No. Es la única forma de cruzar. A no ser que en la bolsa de la cámara tengas guardados un par de alas plegables.
—Pero... es muy estrecho —dijo con el estomago encogido.
—También es resistente —Joe la rodeó y salvó los metros que quedaban hasta el claro que antecedía al extremo de aquel puente de treinta metros suspendido en el aire sobre el torrente de agua que corría ladera abajo— Además, ya has superado dos experiencias mortales en otros tantos días. Será un juego de niños en comparación.
Tras recuperarse de la impresión inicial, comprendió que era verdad. No tenía vértigo y, si no pisaba arena enfangada, sí mucho equilibrio. Miró el puente, una construcción de acero, cables y madera.
- De acuerdo. Yo primero.
-Ni hablar. ¿Ves esas tablas? —Joe apuntó con la barbilla hacia el puente—. Están mojadas y resbalan como no te imaginas. Te escurrirás y te partirás el cuello. Iremos juntos.
Aunque el sol estaba alto, hacía frío y, en efecto, las tablas estaban mojadas, algunas heladas todavía. Pero eso no quitaba para que la actitud tan sobreprotectora de Joe empezara a desquiciarla.
De pronto se fijó en un cartel en el que se pedía precaución y recomendaban atravesar el puente de uno en uno.
— Ya lo veo —se adelantó Joe—. Pero no es por el peso. Es porque se tambalea mucho si se sube un grupo entero en fila india.
Pero no había espacio para ir los dos hombro con hombro. ¿Qué pensaba?, ¿llevarla en brazos?
—Insisto, iré yo primera —Wendy dio un paso al frente y se agarró a los cables que había a ambos lados. Antes de levantar el otro pie, Joe la sujetó por la cintura.
—Te caerás —él la miró a los ojos. Estaban tan pegados que Wendy sintió su aliento sobre la cara
—. Iremos juntos.
Las manos de Joe atenazaban sus caderas, su mirada echaba chispas. Por un segundo, se preguntó cómo sería besarlo, deslizar la lengua dentro de su boca.
Y tuvo la sensación de que él le había leído el pensamiento.
Así que se liberó y avanzó por el puente.
— ¡Wendy, no!
Pero ya era tarde para detenerla. A ella le satisfizo zafarse de él y cubrir los primeros metros con absoluto equilibrio. Cuando el puente se balanceó bajo su peso, se agarró a los cables y paró con el fin de que dejara de mooverse.

Miró hacia atrás y vio a Joe, con los dientes apretados, lanzándole dardos de fuego por los ojos, iracundo pero bajo control. Como siempre. No se había atrevido a seguirla, pues el puente se habría tambaleado todavía más.

— ¿Lo ves? Estoy bien.

Él no dijo una sola palabra. Se limitó a fulminarla con la mirada. Pues le sentaría bien darse cuenta de que las personas podían elegir su propio destino sin contar con su intervención constante. Le sentaría bien darse cuenta de que la nueva Wendy Walters podía cuidar de sí misma ella sólita, gracias,

Dio un paso adelante, y otro más, deslizando las manos por los cables, con el cuello girado hacia Joe todavía.

También a ella le sentaría bien comprobar que no necesitaba ningún hombre que estuviera diciéndole lo que debía hacer cada segundo del...

— ¡Para! —Joe se abalanzó sobre el puente, hacia ella, con la vista clavada más allá de Wendy.

El puente acusó una fuerte sacudida. Wendy siguió la mirada de Joe y vio lo que él ya había visto. Demasiado tarde. Resbaló y aterrizó de golpe al tiempo que él soltaba un par de exabruptos.

Lo siguiente que supo fue que estaba senta da sobre el puente, estirando los brazos para agarrarse a los cables, con una pierna colgando entre dos maderos helados, uno de los cuales se había soltado por un lado y colgaba como un péndulo sobre el río.

— Si hubieras esperado a que terminara de cruzar, no habría pasado nada.

Joe soltó la mochila en el suelo, en el otro extremo del puente, y buscó en su interior el maletín de primeros auxilios.

—Claro, la culpa es mía.

—Claro que es culpa tuya. Totalmente tuya —Wendy se había sentado sobre la lona que Joe había extendido para ella. Se subió las perneras de los pantalones —. No me habría caído si no hubieses ido por mí.

— Si no hubiese ido por ti, ahora mismo estarías muerta —dijo, y se le encogió el corazón solo de pensarlo. Sus miradas se cruzaron. Wendy sabía que tenía razón, pero no quería admitirlo. Era más terca que una mula—. Toma —añadió Joe mientras le lanzaba el maletín.

— Tú también te has hecho sangre —Wendy señaló su antebrazo derecho—. Ahí, al rozarte con el cable.

— No es nada.

—Ven, deja que lo vea.

—Ocúpate del arañazo de tu pierna — rehusó Joe—. Ya me encargo

yo solo de lo mío.

—Bueno.

Pasaron unos minutos curándose sus propias heridas, de poca gravedad teniendo en cuenta lo que podría haberles ocurrido. Wendy se había resbalado al pisar un madero roto. Se había hecho un rasguño en la pantorrilla, el cual, Joe estaba seguro, no debía de molestarle ni la mitad que el trasero, sobre el que había aterrizado sin paracaídas tras perder el equilibrio.

Se permitió pensar un segundo en ese trasero. Un segundo demasiado largo.

— ¿Y ahora qué, guardabosque? —Wendy lo miró como si fuese el único responsable de la situación en que se hallaba.

—Hemos perdido demasiado tiempo. No tiene sentido que intentemos llegar a la siguiente cabaña. Avanzaremos un par de kilómetros más, si estás en condiciones, y luego acamparemos donde sea para pasar la noche.

Esa vez lo miró como si le hubiera propuesto que hicieran el pino y se pusieran a cantar.

—Tenemos que darnos prisa. Si no llegamos al habitat de los caribús pronto, no conseguiré mis fotos y no podré volver a Nueva York a tiempo para que las publiquen.

Joe sacudió la cabeza con incredulidad. Había estado a punto de matarse y lo único que se le pasaba por la cabeza era conseguir sus malditas fotos. Desde luego, era una mujer especial.

—Eso no es asunto mío —contestó mientras guardaba el maletín de primeros auxilios en la mochila—. Mi responsabilidad es sacarte de aquí. Viva —añadió después de ponerse de pie y ofrecerle una mano.

—Así que esta noche toca otra vez tienda.

—Eso parece —Joe mantuvo la mano extendida, esperando a que Wendy la agarrara. Con los labios fruncidos y una expresión de resignación en la cara, ella aceptó su ayuda y se dejó impulsar para levantarse.

Solo tras haber dispuesto la tienda para pasar la noche unos cuantos kilómetros más abajo, viéndola sana y salva a su lado, se permitió revivir el terror que había estrangulado su pecho cuando la había visto caerse.

Solo que, en realidad, era él quien estaba cayendo en sus redes.

Se estaba enamorando de una mujer que se relacionaba con la clase de escoria y que vivía el tipo de vida que había matado a su hermana.

Había llegado el momento de aclarar qué estaba pasando.

— Tenemos que hablar de una cosa—dijo apoyándose sobre un codo para poder mirarla a los ojos dentro de la tienda.

Wendy se giró hacia él dentro del saco de dormir. La linterna estaba encendida sobre una de las botas, en la otra punta, y solo iluminaba una parte de su cara.

— ¿Qué?

— El puente — dijo Joe.

— ¿Qué le pasa?—preguntó ella. Sus ojos azuñes lo miraban con tal inocencia que Joe casi creyó que no se había dado cuenta de lo que él había visto.

—El madero. Alguien lo cortó.

SIETE

WENDY escuchaba con el vello erizado mientras Joe le hablaba de las huellas que había visto en el barro dos días atrás.

—O sea, que alguien nos ha estado siguiendo todo este tiempo... ¿y no me lo habías dicho? — dijo después de sacar los brazos del saco y sentarse dentro de la tienda.

—Siguiéndonos no, siguiéndote. Wendy, lo sabes de sobra. No eres tonta.

Lo cierto era que sí lo había sospechado. Había tenido esa sensación desde que había llegado a la reserva, pero se había guardado sus sospechas para ella.

—Entonces el desprendimiento...

—No fue un accidente.

—Y el puente...

—Tú misma lo has visto. Seis de los maderos estaban parcialmente cortados, de forma que aguantaran tu peso, pero no el mío.

—Pues no parece que hayan aguantado el mío siquiera, ¿no?

Recordó estremecida cómo se había abalanzado Joe hacia ella y la había puesto de pie, cómo se habían aferrado a los cables del puente y habían avanzado juntos evitando los maderos cortados.

Tras acompañarla hasta el final, Joe había regresado y había cerrado la puerta de acceso al puente, para que ningún montañista despistado lo cruzara. De regreso junto a ella, había arrancado el resto de maderos rotos, dejando al descubierto un vacío que realzaba la caída hasta el río.

—Está claro que ese tipo se quiere quedar a solas contigo. Esos «accidentes» tenían por objeto separarnos —dijo Joe.

Una lluvia ligera caía contra la cubierta impermeable de la tienda. Wendy sintió un escalofrío y se cubrió los hombros con el saco

—. Lo que quiero saber es por qué. ¿Quién es ese tipo?

— ¿Cómo quieres que lo sepa? —replicó ella—. Y antes de eso, volvamos a la parte de que sabías lo del hombre misterioso y no me lo habías dicho. ¿En qué estabas pensando?

—Que yo me ocuparía del tema.

— Así de fácil, ¿no? Tú te ocuparías del tema.

—Exacto.

Wendy salió del saco de dormir y se acercó a él tanto que sus rodillas se rozaron, tanto como para agarrarlo por las solapas de su camisa de Rambobosques y sacudirlo.

— A ver si nos entendemos: alguien me está siguiendo a mí y no

solo no me lo dices, sino que decides, sin consultarme, que tú te ocupas del tema — Wendy miró hacia la pistolera—. Signifique lo que signifique.

Empezó a justificarse, pero Wendy no lo escuchaba. Tenía los dientes apretados tras los labios, las manos cerradas en puño sobre el regazo.

Era el tipo de cosas que hacía Blake. Ocultarle información, tomar decisiones importantes que le concernían a ella sin ponerla al corriente ni consultaría. Sintió como si una flor venenosa hubiese abierto sus pétalos con rabia dentro de ella. Luego recordó por qué había dirigido Blake su vida.

Porque se lo había permitido. Relajó la presión de los puños. Llenó los pulmones y al expirar dejó salir toda la rabia.

—Tú también lo has visto, ¿verdad? -—dijo Joe en alusión a su perseguidor.

Wendy lo miró, se fijó en la suave expresión de sus ojos, en la sincera preocupación de su rostro y comprendió que Joe solo estaba intentando ayudarla.

— Sí —reconoció sin restos de rebeldía-—. Me ha parecido verlo un par de veces.

Por Dios, Wendy, ¿y por qué no me has dicho nada?

¿Por qué no se lo había dicho?

Wendy se llevó las rodillas al pecho y se las abrazó.

—No lo sé.

No era verdad. Sí que lo sabía. Le había dado miedo decírselo porque la habría obligado a contarle todo.

—Creo que ya es hora de poner las cartas sobre la mesa, Wendy — Joe la obligó a encontrarse de nuevo con su mirada—. ¿Quién es ese hombre?

—No lo sé, ¡de verdad! —aseguró Wendy—. Además... ¿por qué tengo que conocerlo? Quizá sea un chiflado que se divierte aterrorizando a las mujeres.

— Sí, es lo más probable: justo aquí, a dos mil kilómetros de ningún sitio. No lo creo, en serio.

Tenía razón. El lugar no era el más indicado y, en el fondo, tenía la certeza de que aquel hombre misterioso, fuese quien fuese, la había elegido como objetivo deliberadamente. La cuestión era por qué.

—Cuéntame otra vez lo del robo de tu equipaje.

—No hay nada que contar —Wendy se encogió de hombros—. Alguien, no llegué a verlo bien, lo agarró de la cinta por donde salen las maletas y echó a correr.

— ¿Qué llevabas dentro?

—Nada: ropa, artículos de tocador, algún trasto viejo para acampar de la casa de mis padres en Michigan... Lo típico.

Se sentía incómoda bajo su escrutinio, de modo que desvió la mirada hacia la tela de la tienda iluminada por la linterna.

Joe le agarró un brazo en un gesto tan repentino que la sobresaltó.

—Hay algo que no me estás contando.

No era algo sino mucho.

Pero no iba a responderle.

Una semana después del incidente en Manhattan, le habían robado el bolso. Tres días más tarde habían entrado a robar en su casa. Entonces no había relacionado ambos robos, ni les había dado mucha importancia, ya que había tenido que pasarse horas y horas sin parar hablando con la policía sobre lo ocurrido con el modelo, huyendo de los periódicos e intentando ponerse en contacto con Blake, que se había negado a verla.

—Afloja un poco — Wendy se soltó el brazo—. ¿Desde cuándo estás a cargo de mi vida?

—Desde que pusiste el pie en mi reserva.

No pudo discutírselo. Sabía que, hiciera lo que hiciera, decidiese lo que decidiese, Joe Peterson se sentiría responsable de ella mientras siguiera en su terreno. Estaba más que dispuesto a ocuparse de las cosas, tal como había reconocido.

Y eso era lo que más miedo le daba de todo. Por eso no le había comentado los otros incidentes ni le había hablado del hombre con ropa de camuflaje cuya presencia había intuido dos días antes.

La belleza masculina de Joe, la evidente atracción entre ambos, su fortaleza, la preocupación que intentaba en vano ocultar bajo una expresion impávida..., todo aquello había disparado las alarmas de seguridad de Wendy.

Sería demasiado fácil apoyarse en un hombre así, dejarle asumir la dirección, dejarle que tomara decisiones por ella y que le solucionara sus problemas. Ya lo había hecho una vez y los resultados habían sido desastrosos.

Negó con la cabeza.

Entonces era demasiado joven y el aura de poder y seguridad en sí mismo de Blake, su encanto aparente, la habían cautivado. Pero ni seguía teniendo la ingenuidad de los veintidós años ni Joe Peterson era Blake Barrett.

—Tu hermana —Wendy recordó que Cat había muerto justo a los veintidós años—, ¿estabais muy unidos?

Aunque lo pilló con la guardia baja, no desvió la mirada. El primer día, en la cabaña, se había enfadado al preguntarle por Cat. Pero en

ese momento estaban en una tienda de campaña pequeña y Joe Peterson no podía marcharse a su cuarto como había hecho en aquella ocasión.

—No tanto —se encogió de hombros—. La sacaba bastantes años. Lo que pasa...

Entonces sí desvió la mirada. Pero Wendy sabía que no había terminado. Lo notó en sus ojos, en el modo en que temblaban sus músculos y cómo se frotaba la nuca en un gesto distraído.

—Nuestros padres murieron cuando yo tenía veintiún años. Cat solo tenía doce.

Tuvo que contener las ganas de decir que lo sentía. Joe no querría su compasión. La habría rechazado, de hecho. Lo que quería y necesitaba, eso sospechaba Wendy, era hablar sin más.

—Acababa de terminar la universidad, había empezado a trabajar —continuó él—. Así que me la llevé a vivir conmigo.

—Te hiciste cargo de ella —dijo Wendy sin ocultar su admiración.

—No fue tan difícil —se quitó mérito.

—Eso cuéntaselo a otra. Las adolescentes son rnuy complicadas. Te lo digo yo, que he sido una pieza de cuidado.

— No hace falta que me lo jures —contestó él esbozando una media sonrisa.

— ¿No había nadie más, una tía, un tío, algún otro pariente que hubiese podido asumir esa responsabilidad?

—Por supuesto. Pero era mi hermana. Era mi responsabilidad. En ningún momento se me pasó por la cabeza deshacerme de ella.

Cosa que no la sorprendió en absoluto. En realidad, lo que la habría asombrado habría sido cualquier otro tipo de respuesta.

— Debió ser bastante duro para ti. Un hombre joven con una hermana pequeña en los talones —dijo Wendy, y Joe se encogió de hombros —. Te habrás perdido muchas cosas. Ya sabes, fiestas, chicas, esas cosas.

—Nunca me han gustado mucho las fiestas Joe la miró de un modo que le provocó un sofoco instantáneo.

— ¿Nunca... te has casado o algo?

—No —contestó sin dejar de mirarla—. ¿Y tú?

—Tampoco. Ni siquiera he estado cerca de hacerlo.

—Cuesta creerlo.

Wendy le sostuvo la mirada y pensó qué sentiría si lo besara, si le hiciera el amor, qué tal sería despertar entre sus brazos por la mañana.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Joe desvió la mirada.

—Entonces — Wendy decidió retomar la conversación— Cat...

— ¿Qué es esto?, ¿un interrogatorio? La sorprendió el abrupto cambio de humor. Joe sacó un par de mantas de la mochila y las extendió sobre el suelo de la tienda.

—Era una pesadilla, si quieres saber la verdad —dijo mientras se quitaba las botas y las lanzaba con violencia a una esquina.

— ¿Tu hermana? —preguntó estupefacta Wendy.

— Sí, un auténtico demonio —Joe buscó algún objeto contra el que descargar su agresividad y acabó golpeando una almohada improvisada hecha con ropa—. Una vez, en el lago, antes de que papá y mamá murieran, Cat robó la canoa de los vecinos y la echó al agua. ¡Con seis o siete niños dentro! Se volcó, claro. Por suerte, todos sabían nadar. Todos menos Cat.

—Y tú la salvaste —conjeturó Wendy.

—Cómo no iba a salvarla —replicó enfurecido—. Pero hace falta ser estúpida y...

—No era más que una niña. Los niños hacen esa clase de cosas.

—Estuvo a punto de ahogarse.

—Pero la salvaste.

Joe se abalanzó contra Wendy y se detuvo a casos centímetros de su cara, a punto de tocarla.

— ¿Es que no lo entiendes? Podría haberse matado. Tomó una decisión estúpida que podía haberle costado la vida.

— Pero estabas ahí. Tú...

— ¿Y si no hubiera estado? Es igual que... igual que esto —Joe hizo un aspaviento con ambos brazos—. El desprendimiento, el puente ¡Deberías haberme hecho caso, maldita sea! No deberías haber venido aquí sola.

— Oye, oye, un momento —Wendy se acercó más todavía, hasta casi rozarse nariz con nariz.

— ¿Qué habría pasado si no hubiera ido a buscarte?

—Yo no soy una niña, Joe.

Este bajó la mirada hacia sus pechos, sueltos bajo la camiseta. Luego se fijó un segundo en su boca.

—Ya lo veo.

Se miraron fijamente y, más allá de su enfado, Wendy advirtió el brillo del deseo que encendía los ojos de Joe, la atracción sexual que palpitaba entre los dos.

—Y... y tú no eres mi hermano mayor — añadió ella. Luego se apartó. Y Joe se separó también, pero sus miradas siguieron enlazadas.

—No —dijo con calma—, no soy tu hermano.

No paró de llover en toda la noche.

A la mañana siguiente despertaron fríos y mojados, con el suelo de la tienda empapado. Necesitaron dos horas para recorrer apenas cuatro kilómetros, avanzando a un ritmo de-sesperantemente lento entre el barro y los árboles caídos, hasta llegar a la siguiente cabaña.

—Ahí está —dijo Joe señalando hacia un descampado sendero arriba.

—Gracias a Dios. Tengo las botas encharcadas —Wendy aceleró el paso rumbo a la cabaña.

Antes de llegar al descampado, Joe le sujetó un brazo.

—Espera. Deja que eche un vistazo primero.

Se adelantó y abrió la funda donde guardaba el arma, sin sacarla de la pistolera por el momento. Inspeccionó los árboles del bosque girando el cuello de un lado a otro y avanzó con cuidado hacia la cabaña.

— ¿Es... está aquí? —preguntó Wendy mientras él examinaba la ladera inclinada tras la cabaña.

No había vuelto a verlo ni a tener señales del intruso desde el contratiempo en el puente del día anterior. Y sin embargo...

Sí, seguro que está por aquí cerca, en alguna parte —Joe notó cierto temor en Wendy, la cual se había ido aproximando a él instintivamente. La rodeó con un brazo—. Venga, vamos dentro.

La cabaña estaba tal como la había dejado en su anterior visita un mes atrás, tras una ronda de reconocimiento por la reserva. Era algo más grande que la otra y estaba mejor amueblada.

— Qué ganas tenía de hacer este alto — Wendy dejó la cámara sobre la mesa—. Solo hacen falta unos minutos para ponerme ropa seca. ¿Quieres comer algo antes de seguir?

— ¿Seguir?, ¿quieres decir marcharnos?

—Claro —Wendy se quitó el anorak—. Tenenos todo el día por delante. Si nos damos prisa, todavía podemos hacer diez kilómetros antes de...

—Espera, relámpago: no vamos a ir a ninguna parte.

— ¿Cómo que no? —Wendy frunció el ceño—. Todavía quedan nueve horas de luz como poco. A pesar de la lluvia, podemos...

—No —Joe le agarró el anorak y lo colgó de un gancho de la pared. Luego se quitó su chaqueta y la colgó al lado—. El camino hasta la siguiente cabaña se debe de haber borrado con la lluvia. No tardaríamos ni una hora en estar hundiéndonos en el barro hasta las rodillas. Mira cómo están tus botas. Y las mías qué demonios.

A pesar de que llevaban ropa impermeable y botas de cuero de alta

calidad, los dos esta tan calados, y la experiencia le decía que la tormenta que había empezado por la noche no iba a remitir de buenas a primeras.

—Voy muy apurada de tiempo, Joe. Llevamos cuatro días y solo hemos recorrido... ¿Cuántos?, ¿treinta kilómetros?

—Treinta y pico. Con mal tiempo y alguien intentando detenernos —contestó Joe.

Wendy sacó el mapa de la bolsa de la cámara y lo extendió sobre la mesa. La luz grisácea que se filtraba por la única ventana de la cabaña proporcionaba luz suficiente para verlo.

—El habitat de los caribús está aquí —dijo señalando el punto que Joe le había indicado cuatro días atrás—. Y nosotros estamos aquí, a cerca de veinte kilómetros. Y luego tenemos que salir.

— ¿Y? —Joe sabía la respuesta, pero le apetecía discutir con ella.

Nunca había conocido a nadie igual. No se rendiría por nada del mundo. Lo había sabido desde el principio, cuando la había apuntado con la pistola y ella se había limitado a mirarlo a los ojos y decirle que la apartara.

-Necesito esas fotos. Joe. Las necesito, tengo que mover el trasero si quiero estar de vuelta en Nueva York a tiempo.

-Tu trasero —Joe lo miró con aprobación se va a estar quietecito. Al menos hoy. Wendy alcanzó la mochila con intención de ponérsela. Se la notaba con energías. También ella tenía ganas de pelear, pero jamás la dejaría marcharse sin él. Así que, ejerciendo todo el autocontrol del que fue capaz, respiró hondo y le atenazó un brazo con la mano.

-A ver, quiero que me escuches —dijo y ella respondió con una mirada que significaba algo así como «tú habla, que yo me largo».

Estuvo a punto de sonreír—. Sé lo importante que es para ti conseguir esas fotos, pero hay una cosa más importante que eso. Para mí por lo menos.

- ¿Qué? —replicó en un tono desafiante, dispuesta a oponerse a él dijese lo que dijese.

-Tu vida.

Los ojos de Wendy brillaron desconcertados.

Joe le soltó el brazo, pero se quedó sorprendido por lo caliente que estaba su piel, a pesar de la humedad, a través del tejido de la camiseta.

-Ahí fuera hay un tipo que es peligroso. En circunstancias normales, iría a buscarlo, pero no estamos en circunstancias normales.

—Lo dices porque tienes que pensar en mi seguridad.

—Exacto.

—De acuerdo, me lo creo —aceptó ella— Aunque ya te he dicho antes que…

— Sí, sí, que no necesitas que te haga de canguro. No lo entiendes, Wendy. Daría igual que fueses otra persona: hombre o mujer, el perro de Barb Maguire… No importa. Soy un agente del Estado y he jurado servir y proteger a los ciudadanos. Esta es mi reserva y tú estás en ella.

Se quedaron mirándose y Joe percibió un cambio en su rostro.

— Entonces… daría lo mismo que fuese otra persona. Tú lo estarías protegiendo igual.

—Exacto —Joe bajó la mano por su brazo sin llegar a deshacer el contacto.

Lo que no le dijo, lo que no quería creer ni él mismo, era que ella no era como cualquier otra persona. No para él. Wendy le gustaba cada vez más. Y tenía el mal presagio de que no iba a poder olvidarse de ella.

Pasada la medianoche, recorrió con sigilo el perímetro del descampado, avanzando de árbol en árbol hacia la cabaña, amortiguadas sus pisadas sobre el barro por el estrépito de la lluvia.

Llevaba el arma agarrada a la cintura de los pantalones de camuflaje, pegada contra el hueco de la espalda. Aunque no tenía intención de utilizarla, esa noche no. La quería toda para él. De ese modo sería más fácil. No le habían pagado lo suficiente para matar al desgraciado que estaba jugando a hacer de guardaespaldas. Pero quería cargárselo. Sonrió al recordar la última vez, dos semanas atrás, en Nueva York. Entonces tampoco formaba parte del plan, pero lo había hecho de todos modos. Y le había gustado.

Aguzó el oído y esperó cinco minutos antes echar un vistazo por la ventana de la cabaña. No se esperaba lo que vio: apenas iluminada por la luna, Willa Walters estaba acurrucada dentro del saco en una litera… Sola. Y el muy cretino del guardabosque estaba en la litera de enfrente, de cara a la pared. Ni siquiera se la estaba tirando.

Examinó el interior y localizó la bolsa en la que guardaba la cámara de fotos.

—Pronto —susurró con la vista puesta en boca de la rubia—. Sí, muy pronto.

OCHO

LOS DOS vieron las pisadas sobre el barro a la mañana siguiente. Wendy no dijo una sola palabra.

—A partir de ahora, nuestro objetivo número uno es volver a mi cabaña lo antes posible, ¿está claro?

Wendy miró las huellas bajo la ventana y, por primera vez, se sintió verdaderamente asustada.

La caída del primer día, el desprendimiento bajo el pasadizo, el incidente del puente... En todo momento había reaccionado por instinto, impulsada por una descarga de adrenalina natural.

Pero la sensación que tenía en esos momentos, la presión que le oprimía el estómago, no tenía nada que ver, era cualquier cosa menos natural. No estaba preparada para esa clase de miedo.

— Vamos —dijo Joe, apuntando hacia el camino desdibujado.

Había tenido razón al predecir que la tormenta iba a persistir. La ropa y las botas se habían secado frente a la chimenea por la noche. Era un alivio, pues la temperatura había descendido respecto a la mañana anterior. No sería extraño que, incluso en agosto, la lluvia se convirtiera en nieve.

Y también había tenido razón sobre el estado del sendero. Había agujeros llenos de barro que el día anterior no habrían estado helados, como en esos momentos, y podrían haber dado un mal paso en cualquier momento y torcerse un tobillo.

No le gustaba reconocerlo, pero se alegraba de que él hubiera insistido en permanecer en la cabaña. Tal vez se excedía en sus reacciones contra el autoritarismo de Joe. Aunque no estuviera de acuerdo, tras conocer el alcance de su relación con su hermana, comprendía su actitud.

—Una buena idea la de meter en la mochila cinta aislante —dijo él, devolviéndola al presente.

Antes de salir, Wendy había sacado la cinta y ambos habían forrado sus botas para protegerlas del agua.

— ¿De verdad me estás piropeando? — contestó Wendy. Quizá empezara a pensar que no era tan inútil y desvalida como creía al principio.

—Sí, supongo que sí.

Una sonrisa iluminó la cara de Wendy. Se aseguró de que Joe no la viera.

Era un camino duro, pero avanzaba a paso ligero valle arriba, seguida por él a menos de un metro. La pausa del día anterior les

había sentado bien. Se sentía con energías renovadas, con fuerzas para afrontar el día tan largque los esperaba.

—Recuerda lo que te he dicho — advirtió Joe.

— Sí, sí: que tenga cuidado con donde piso pero que vigile los alrededores también.

—Cualquier movimiento, cualquier cosa extraña que veas, oigas o sientas, te paras, ¿comprendido?

— Sí —contestó en tono cansino. No tenía sentido discutir. Alguien iba con ellos, por delante o detrás, siguiéndolos todo el camino.

Joe seguía detrás de ella, y eso la ponía un poco nerviosa. No tanto porque estuviera mirándola sino porque quería protegerla. Cosa que no había hecho ningún hombre por ella desde que se había marchado de casa a los dieciocho años.

También sabía que un hombre como Joe no solía hacer lo que estaban haciendo: huir. Entre correr y pelear, Joe Peterson habría optado por la lucha diez de cada diez veces. Pero en esta ocasión tenía que pensar en ella. Wendy sintió un calorcillo reconfortante a pesar del mal tiempo.

Llevaba la cámara bajo el anorak, preparada en caso de que se cruzaran con algún caribú. Joe había dejado claro que la prioridad era llegar a su cabaña lo más rápido posible y ella había accedido.

Pero el camino bordeaba el lateral derecho habitat de los caribús y no desperdiciaría la oportunidad de fotografiarlos si se presentaba la ocasión. Según sus cálculos, los tendría a tiro a la mañana siguiente como muy tarde.

A tiro para disparar las mejores fotos de Naturaleza sin fronteras.

— ¿Cómo vas? —se interesó Joe—. ¿Qué tal las ampollas?

—Bien —Wendy se las había curado dos veces en los últimos días—. Apenas me molestan.

—Perfecto.

También estaban mejor los arañazos y las magulladuras, al igual que las de él. Parecían dos montañistas normales, en vez de dos personas huyendo de alguien peligroso.

— ¿Tú cómo vas?

Se había fijado en que, a pesar de que estaba acostumbrado a recorrer distancias largas con peso encima, le costaba seguir su ritmo

Era por el tamaño de su mochila, que además, estaba repleta, con lo que le había añadido en las últimas dos cabañas.

—Bien.

Wendy coronó una cuesta pequeña y se paró a dejar que Joe tomara

aliento. Luego miró cómo se reajustaba el peso y examinaba las inmediaciones.

—Déjame el trípode —dijo Wendy. Había dejado el estuche en una de las cabañas, reemplazándolo por una bolsa impermeable para que cupiera en la mochila.

—Lo llevaré yo —se apartó Joe.

—No seas testarudo. La bolsa de la cámara no pesa nada.

—Te digo que puedo solo.

Podría haberlo avergonzado señalándole que era él quien no seguía su ritmo y quien estaba casi sin resuello desde que el terreno había empezado a inclinarse. Pero no lo hizo.

—A ver, nos guste o no, estamos en esto juntos, ¿no es cierto?

— ¿Y?

— Y eso hace que seamos un equipo. Tú quieres que te haga caso cuando crees que tienes razón, ¿no? —preguntó y Joe murmuró que sí —. Pues yo estoy dispuesta a hacerlo. Siempre y cuando tú me escuches a mí cuando tengo razón.

Wendy estiró el brazo hacia el trípode de nuevo, pero Joe lo interceptó en el aire. Pudo sentir su batalla interior, luchando con la idea de dejarse ayudar por ella. En ese sentido, no se parecía nada a Blake. Su antiguo jefe la había obligado a hacerse cargo no solo del trabajo dle ella sino también del suyo.

— Venga, Joe, es cuestión de colaborar. Poco a poco aflojó la mano, con los ojos clavados en los de ella. Por enésima vez desde que lo conocía, Wendy pensó que tenía unos ojos preciosos, verdes con vetas doradas. Tras sacar el trípode de la mochila, le pidió ayuda para meterlo en los agujeros que había hecho a la bolsa donde guardaba la cámara y colgó esta a la espalda por las asas.

— ¿Así está bien? —le preguntó él tras equilibrar el peso del trípode.

—Perfecto, gracias—contestó sonriente

— ¿Mejor? — le pregunto a Joa al cabo de unos metros

Notó cierta resistencia en su mirada como si estuviera pisando terreno desconocido para él

— Sí—reconoció al cabo— Mejor

Doce kilómetros después, llegaron a la siguiente cabaña.

Casi.

— ¿Cómo entramos?

Ambos miraron lo que podía llamarse un afluente de unos tres metros de ancho, que los separaba de una casa calentita y con comida donde pasar la noche. Si es que llegaban a ella.

—Cada vez que llueve y se desborda el río ocurre lo mismo —rezongó Joe.

— ¿Es profundo? —preguntó Wendy.

—No, pero tiene fuerza y está lleno de rocas y troncos bajo la superficie. No hay riesgo de ahogarse, pero es muy fácil tropezarse y torcerse un tobillo si no tienes cuidado.

— ¿Y tú qué? Porque esa mochila no te ayuda a mantener el equilibrio.

Era verdad. Y los dos estaban agotados. Joe miró en derredor en busca del hombre misterioso. No habían tenido el menor rastro de él en todo el día, pero estaba seguro de que los estaba observando. Como sabía que si hubiera querido matarlos, ya lo habría hecho. Cualquier energúmeno con un arma y voluntad de matar lo habría conseguido sin excesivos problemas.

Pero no. El tipo quería a Wendy, viva, pero no con tanto deseo como para delatarse. Era inteligente y paciente, pero también lo era él y no estaba dispuesto a perder de vista a Wendy hasta encerrar en una celda a aquel indeseable.

Muy bien —dijo por fin—, esto es lo que vamos a hacer.

Pero Wendy no estaba escuchando. Mientras Joe pensaba en el intruso, ella había concebido un plan para cruzar el río. Un plan que podía funcionar.

— Esta es la parte más estrecha, justo aquí dijo apuntando a un sitio por el que ni él mismo cruzaría aunque no llevase una mochila de treinta kilos a cuestas.

—Demasiado profundo —Joe negó con la subeza—. Demasiadas rocas.

— Por eso. Algunas son grandes y parecen estables. Si vamos despacio...

—Olvídalo —atajó. Le lanzó una mirada con la que le advirtió que estaba dispuesto a estrangularla si se negaba a escucharlo.

—Mira —Wendy apuntó hacia una primera roca que sobresalía unos pocos centímetros del agua—. Y luego esa de ahí —añadió al tiempo que trazaba mentalmente un camino zigzagueante de rocas.

—Tiene que haber un sitio mejor.

—No, ya he mirado. Este es el mejor.

—Entonces cruzaremos juntos.

— ¿Cómo? —Wendy frunció el ceño.

—Yo iré por el agua y te ayudaré a pasar de roca a roca.

—No digas tonterías. Acabarías empapado.

Además, con esa mochila a la espalda es más fácil que te caigas intentando ayudarme que que logres cruzar —razonó ella, y se acercó

al borde

—La dejaré aquí y volveré por ella luego —Joe la agarró de un brazo, recordando el incidente del puente, cuando no le había hecho caso.

No le gustaba la idea de dejarla sola al otro lado del río, desprotegida, mientras regresaba por la mochila. Por otra parte, llevaba una pistola encima y si era necesario, estaba dispuesto a demostrar que tenía buena puntería.

—No dará tiempo a que se te sequen las botas para mañana —dijo Wendy—. ¿Puedes confiar en mí por una vez, Joe, y dejar que cuide de mí misma?

No fueron sus palabras, sino el modo en que lo miró, como si sintiera pena por él casi, como si el problema de aquella ecuación fuese él, lo que por fin lo decidió.

Quizá sí fuera él el problema.

—De acuerdo —accedió Joe—. Pero haz el favor de tener cuidado.

—Eso pretendo —Wendy le dedicó una sonrisa y Joe pensó de nuevo en lo bonita que era, con las mejillas rosadas de frío y esos ojos que, más que reflejar, tenían su propia luz interior—. Deséame suerte —dijo, y dio un primer saltito.

Joe contuvo la respiración. Un latido después. Ella puso el pie sobre la primera piedra y extendió los brazos como una equilibrista.

— ¡Lo conseguí! ¿Has visto? No era tan diifícil.

Sí, has estado magnífica —contestó él con tono irónico, recobrando la compostura. Wendy devolvió la atención al agua que corría bajo sus pies, salpicándole las botas. Mientras avanzaba hacia el otro extremo, saltando de roca en roca, Joe pensó en las cosas que había leído sobre ella en el artículo sobre la muerte por sobredosis del modelo. .«No encajaba en absoluto. Ofrecer fiestas orgiásticas, suministrar drogas ilegales, encubrir pruebas, mentir a la policía… El retrato que la periodista había hecho de Willa Walters no podía parecerse menos a la mujer que centraba toda su atención en esos momentos.

Se preguntó cuánto de todo aquello sería verdad, si es que había algo cierto. Y en caso contrario, por qué no había dicho ella nada, cuando él había hecho alusión a las cosas que habían publicado sobre su persona, Wendy no se había molestado en defenderse. ¿Por qué?

Sabía que le estaba ocultando algo, pero también sabía que no podría sacarle la verdad contra su voluntad. Mientras la miraba atravesar la corriente, con el alma en vilo por miedo a que resbalara, se dio cuenta de que no queria forzarla. Lo que quería era que confiase en él. Y quizá para conseguirlo, él también debía de confiar en ella.

— ¡Lo conseguí! —exclamó con una sonri sa triunfal al llegar al otro

lado—. ¡Ahora tú!

Joe redistribuyó el peso de la mochila, se la apretó a la cintura con la correa y saltó del barro a la primera piedra. Mientras cruzaba, más rápido de lo que debería, atraído por el magnetismo de aquella sonrisa, se preguntó si sería capaz de aceptarla si las cosas que había leído sobre ella resultaban ser ciertas. Le pareció importante, como si cupiese la posibilidad de que hubiera algo entre los dos.

Cuando llegó al otro extremo, estuvo a punto de resbalarse en el barro. Wendy puso las manos sobre su pecho para frenarlo.

— ¡Lo conseguimos! —exclamó eufórica.

La lluvia se había convertido en nieve. Y su sonrisa se desvaneció cuando Joe le retiró un copo del labio inferior.

—Sí —dijo. Y la besó.

Había sabido que iba a hacerlo, lo había visto en sus ojos antes de que ocurriera. Y estaba siendo el beso más excitante de toda su vida.

Las manos callosas de Joe abarcaron su cara y Wendy se fundió contra él, cerró los ojos y le devolvió el beso. El sonido del agua, el muro de su torso bajo las manos, todo cobró un aire surrealista por unos instantes. Luego, el calor progresivo fue extendiéndose por su cuerpo mientras él introducía la lengua en su boca.

Joe —susurró contra sus labios. Él profundizó el beso y ella respondió, desoyendo las alarmas que se dispararon en su cabeza. Cuando la apretó por la cintura contra él, no pudo seguir haciendo oídos sordos.

— No... no puedo hacer esto —Wendy interrumpió el beso, retrocedió y levantó las manos en un gesto defensivo, pidiéndole que parara.

—Wendy...

— Vamos a la cabaña —dijo ella sin más.

Luego, sin mirarlo a la cara, cubrió la distan que faltaba hasta la puerta y esperó a que él sacara las llaves.

Una vez dentro, Wendy empezó a dar vueltas por la cabaña con el piloto automático descontrolado. Encendió el farol, encendió la chimenea, se quitó el anorak, dispuso las cosas para cenar. Cualquier cosa con tal de no pensar en lo que acababa de suceder.

—Basta —dijo él y le agarró un brazo.

Se quedó paralizada mientras en el suelo se formaba un charco del agua que goteaba de su pelo.

—Wendy, no quería...

—Ha sido un error —dijo ella, y se obligo a mirarlo a los ojos — .

No podemos hacer esto, Joe. Al menos, yo no puedo.

— ¿Por qué no? —preguntó él con una suavidad y ternura que la sorprendió. Por primera vez, Rambobosques Peterson no estaba exigiendo una respuesta. Joe Peterson, el hombre que acababa de poner su mundo patas arriba, solo le estaba haciendo una pregunta.

Wendy se sentó en una de las literas, mobiliario común a todas las cabañas que estaban abocados a compartir durante la siguiente semana, y pensó cómo responder.

Al final comprendió que no podía.

— Tengo demasiadas cosas en la cabeza ahora mismo. Me estoy jugando mucho, ¿me entiendes?

Sabía que era una evasiva, pero no estaba preparada para abrirle su corazón. Wendy lo miró, sentado frente a ella, secándose el agua de la cara en un gesto fruto de la frustración. Tuvo que obligarse a cerrar la boca y no levantarse para lanzarse a sus brazos.

Lo deseaba con todas sus fuerzas.

— Lo dices por tu trabajo. Las fotos de los caribús.

Sí —Wendy sintió un escalofrío. Se quitó las botas y reposó las piernas sobre la litera

—En realidad no trabajo para la revista, todavía no.

—Ya lo sé.

¿Lo sabes? —Wendy lo miró—. ¿Cómo?

— Hablé con tu amiga —dijo encogiéndose hombros—, la directora de fotografía.

— ¿Con Crystal? ¿Cuándo?, ¿cómo?

—En la cabaña, unos diez minutos después que te despidieras de Barb...

— ¿Qué te dijo?

— No mucho. Solo que habías llegado a un acuerdo con el director. Que te contrataría si conseguías esas fotos.

Wendy apretó los dientes. Cuando volviera Nueva York, tendría un par de palabras con su amiga Crystal.

— ¿Qué más te dijo?

—Nada. Eso es todo.

Se preguntó si estaba mintiendo. Pero ¿qué más daba lo que supiera o dejara de saber?, pero ¿qué más le daba lo que pensase de ella? Se giró para esquivar su mirada y se cubrió con el saco.

Joe no añadió una sola palabra. Tampoco ella. Lo oyó moverse por la cabaña, comprobar el fuego, sacar cacharros de la mochila. A cabo de unos minutos le llegó un olor agradable.

—Chiles de bote. ¿Quieres? —le preguntó y Wendy rechazó el ofrecimiento—. Venga come algo. Te has hecho doce kilómetros de los

duros. Necesitas reponerte.

Wendy sumó mentalmente los kilómetros que habían recorrido en total y supo que esta ban cerca del lugar donde Joe había dicho que encontrarían los caribús. Dios quisiera que tuviese razón.

—Está bien —dijo por fin. Si quería conseguir esas fotos y salir de la reserva entera, necesitaba comer algo —. Puede que nuestro amigo se haya dado por vencido —añadió tras unirse a Joe, sentado en una mesita junto a la chimenea.

—Está por aquí, cerca, muy cerca —dijo él antes de probar los chiles. Cuando notó que estaba temblando, le ofreció el jersey que acababa de quitarse—. Póntelo, a mí no me hace falta.

Wendy se lo puso y se sintió mejor al instante. Seguía conservando el calor de su cuerpo. Y olía a él, pensó mientras recordaba el beso arrebatador que le había dado. Lo miró a los ojos y supo que él también estaba pensando en lo mismo.

A partir de ese momento comieron en silencio. Ella intentó desconectar, olvidarse de sus miedos, absorber el calor de la chimenea, las energías de la cena, que finalmente estaba rica. Lo quisiera o no, estaba muerta de hambre

Y siguieron levantados otras dos horas, mirando mapas, leyendo libros y un par de guías de senderismo que había en la cabaña. En todo ese tiempo, Joe no volvió a intentar tocarla de nuevo ni a hablar de lo que había ocurrido entre los dos, cosa que Wendy agradeció, al final, cuando ya estaba cada uno en su litera oyendo el canto de los primeros grillos permitió pensar en el beso de Joe Peterson y en lo que este significaba,

Se dio cuenta de que sí que le importaba lo que pensase de ella. No quería que la tomara por la persona que los periódicos decían que era. Quería que supiese que, a pesar de la profesión que había elegido, ella nunca había llevado clase de vida que había acabado con la trágica muerte de su hermana.

'Quería que lo supiese, pero también le daba miedo que, al contárselo, cayera otra barrera entre los dos. Y en esos momentos, con lo vulnerable que se sentía, necesitaba refugiarse detrás de todas las barreras que pudiera mantener en pie.

Pero al final se lo dijo.

—No era yo la que estaba en el apartamento aquella noche. Cuando lo de Manhattan -arrancó con calma—. Era Blake.

NUEVE

CUÉNTAMELO todo -Joe le acercó una taza de té caliente y se sentó en la mesa frente a ella. Había atizado el fuego, cuya luz bañaba cálidamente el rostro de Wendy.

—No es fácil —contestó.

Empieza por el principio. No quería presionaría, pero no podía dejar las cosas tal cual. Ya no. Estaba demasiado implicado. Un tipo la perseguía y necesitaba saber quién y por qué.

—Estaba dormida.

¿Dónde?, ¿en el apartamento donde se celebraba la fiesta?

— ¡Claro que no! En casa. El teléfono sonó medianoche. Era Blake.

— ¿Así que ni siquiera estabas allí? —Joe maldijo a los periodistas que habían escrito aquella basura sobre ella. Él tendría que haber sabido que no podía ser verdad.

—Acabé yendo. Después de que me llamara.

—Sigue —dijo Joe después de tragar saliva

—Blake parecía histérico por teléfono continuó Wendy tras suspirar —. Dijo que Billy, el modelo, había sufrido un infarto Billy Ehrenberg era Míster Popularidad. Caía bien a todo el mundo, pero llevaba una vida bastante alocada. Demasiado, tú ya me entiendes.

— Sí —Joe se acordaba de alguno de los amigos de Cat—. Me hago una idea.

—El caso es que Blake me pidió que fuese para allá corriendo. Estaba llorando por telefóno. Nunca lo había visto desmoronarse así siempre se mostraba tan frío y controlado. —Wendy se encogió de hombros—. ¿Qué podía hacer? Obedecí.

— ¿Llamó al Emergencias?

—No. Llamé yo cuando llegué. Blake estaba deshecho, temblando. Estaba fuera de sí.

—O sea, que el tipo ya estaba muerto cuando llegaste.

—No. Estaba inconsciente. Estaba... habían estado... —Wendy lo miró a los ojos—. Supongo que eran amantes. Yo no tenía ni idea.

Joe sintió que la tensión de sus hombros se aflojaba. No estaba involucrada. Ni siquiera estaba allí. Luego se dijo que no debía importarle si había estado o no, pues nunca podría haber nada entre los dos, de todos modos.

— ¿Por qué dicen los periódicos que eras tú quien estaba con Billy, en vez de Blake?

Wenndy desvió la mirada hacia la chimenea después de seis días, Joe la conocía lo suficiente para saber que se sentía incómoda.

— Porque es lo que les dije a los de la ambulancia cuando llegaron al apartamento.
— ¿Qué? —Exclamó con incredulidad— ¿Por qué?
Las mejillas se le encendieron, y no por el calor de la chimenea. Lo miró abiertamente.
— Por estúpida. Porque Blake me suplicó que lo hiciera —Wendy se encogió de hombros.
—Está casado, tiene dos hijoa. Su su mujer no sabía nada de... sus actividades extramaritales.
— Nada. Es una mujer muy agradable. Siempre me ha caído bien y me ha dado pena — dijo y se adelantó a Joe, que ya iba a hacer otra pregunta—. Pero hay más.
—Adelante.
Blake siempre ha tenido éxito en los negocios, pero en los últimos tiempos había hechomuchas inversiones. No había obtenido los resultados esperados y estaba en apuros. Y no paró de insistir. Que si su esposa no podía enterarse de que estaba allí, que si tenía que proteger su matrimonio...
Pero no porque le importaran ella ni sus dos hijos, pensó Joe. Cuanto más oía hablar de aquel tipo, más rabia le tenía.
—La esposa tiene dinero, ¿verdad?
—Exacto. Al principio lo ayudó a financiar su empresa.
—Y si se enteraba de sus aventuras, se divorciaría de él y cortaría el grifo.
— Sí, pero en ese momento no fui capaz de verlo. Pensé de verdad que la quería, que estaba intentando proteger a su familia —prosiguió Wendy—. Así que cometí un error. Además, Blake decía que se lo debía. Que él me había introducido en el mundo de la moda, me había dado un trabajo y seguía haciéndome encargos cuando otros fotógrafos no los conseguían. Se lo debía.
— ¿De veras lo crees?
—Entonces sí. Ya no.
El muy desgraciado había conseguido manipularla a su antojo.
— ¿Y qué hay de las drogas?
—No tenía ni idea. Nadie sabía nada. Al menos durante unos días. Blake desapareció y yo me quedé con Billy mientras llegaba la ambulancia. Lo acompañé al hospital para asegurarme de que todo iba bien.
—Pero no fue bien.
—No —Wendy dio un pellizquito al jersey de Joe.
A él le gustaba verla con su jersey puesto —. Billy Ehrenberg murió esa misma noche.

— Y aun así mantuviste que habías sido tú la que había estado con él, y no Blake.

— Me lo había suplicado. Estaba desesperado. No pude ser más estúpida —Wendy se levantó y se calentó las manos frente a la chimenea. Sacudió la cabeza —. Jamás. Nunca más permitiré que nadie me manipule de esa forma. En la vida... Por favor, no me toques — dijo al ver que Joe hacía ademán de agarrarle la mano.

Estaba dolida. Joe quiso abrazarla, decirle que todo se arreglaría, pero Wendy no quería eso de él. Retiró el brazo y la dejó hablar.

Durante los siguientes días empezaron a circular todo tipo de rumores sobre lo que había pasado aquella noche. Perversiones sexuales, drogas, lo peor que te puedas imaginar.

Los periodistas se agolpaban a la puerta de mi casa, en el trabajo. Blake abandonó la ciudad sin decir una palabra y no sabía cómo ponerme en contacto con él. La situación se me había ido de las manos.

—Y mentiste a la policía,

—Los de la ambulancia dijeron que era yo quien estaba con Billy. Me limité a no desmentirlo —Wendy se encogió de hombros—. Ya digo que fui una idiota. Dejé que creyeran que era yo quien había estado con Billy en vez de Blake.

— ¿Y luego?

—Una semana después, la policía se presentó en mi casa. El informe de la autopsia re velaba que Billy había consumido drogas. La causa oficial de la muerte fue una sobredosis.

Joe sintió una punzada en las entrañas. To davía guardaba una copia de la autopsia de Cat. Si cerraba los ojos, todavía era capaz de ver la tinta negra sobre el certificado.

— Lo siento —dijo Wendy y, de forma inesperada, le puso una mano sobre el hombro—. No te conviene oír estas cosas.

— Sí, sí —Joe rechazó su compasión — Quiero saberlo todo. Hasta el final.

—De acuerdo —Wendy volvió a sentarse frente a él y lo miró a los ojos—. En cuanto me informaron de lo de las drogas, se lo conté todo a la policía. Que era Blake, que yo ni siquiera estaba allí cuando había pasado todo.

— ¿Y?

— Al principio no me creyeron. Y para cuando lo hicieron, ya no importaba. Los periodistas se habían hecho eco de la historia y..., bueno, ya conoces el resto.

—Sí —dijo, y recordó el escandaloso titular del periódico—. Ya conozco el resto. Wendy respiró profundamente, cerró los ojos y tiró

la cabeza hacia un lado y después al otro.

— Unos días después, conseguí por fin localizar a Blake. Negó saber nada de las drogas y dijo que Billy debía de haberlas consumido antes de ir al apartamento.

—Y lo creíste.

— Blake puede ser muy convincente.

—Ya me imagino.

El caso es que lo creí. Supongo que necesitaba hacerlo. Si decidía que estaba mintiendo, habría tenido que admitir que me había estado utilizando durante esos días tan espantoso. Entonces comprendí que así era, que me había estado utilizando, desde el principio en su provecho. Era él y no yo quien había subido como la espuma durante los siete años que había trabajado como su ayudante.

— ¿Qué pasó entonces?

—Blake me despidió en cuanto se enteró de que le había contado la verdad a la policía. Me dijo que lo había traicionado.

—Canalla —Joe deseó que fuese Blake Barrett quien estaba siguiéndolos. Estaba ansioso por ponerle las manos encima.

— Un canalla sin escrúpulos, sí. Un par de días después, volví a mi despacho para recoger las cosas y me encontré con la nueva ayudante de Blake, una jovencita a la que este le tenía el ojo echado desde hacía meses. Empezamos a hablar sobre la sobredosis de Bill sobre lo triste que había sido todo —Wendy hizo una pausa, miró hacia la chimenea Cuando devolvió la vista a Joe, sus ojos brillaban de rabia —. La chica me confesó que Blake no solo tenía acceso al tipo de drogas que habían acabado con la vida de Billy, sino que las consumía habitualmente. ¿Cómo pude ser tan tonta como para no darme cuenta de nada?

—Odio a ese tío. Te juro por Dios que si es él el que nos está siguiendo, como se le ocurra rozarte siquiera...

Wendy rio, pero no había alegría en el timbre de su risa.

—Nuestro misterioso acompañante ha recorrido cuarenta kilómetros de montaña y ha dormido bajo la lluvia todas las noches. Para Blake, estar al aire libre significa andar de la acera donde lo ha dejado un taxi hasta la puerta de su chalé. Es imposible que sea él.

— ¿Estás segura?

—Al cien por cien.

Joe respiró. La cabeza le daba vueltas con tanta información.

— ¿Qué más?

—Eso es todo. La conversación con la nueva ayudante fue la gota que colmó el vaso para mí. Me odié a mí misma, odié mi vida y todo en lo que me había convertido: un felpudo a los pies de un

manipulador embustero.

— No fue culpa tuya —Joe extendió un brazo y esa vez Wendy sí le permitió que le agarrara la mano—. Fue Barrett quien...

— Claro que fue culpa mía —Wendy apartó la mano -. ¿No lo entiendes? Dejé que me utilizara, que me controlara todos esos años. Era mi vida, Joe. Me arruiné la vida —añadió justo antes de levantarse y marcharse a la litera.

— Eras joven, ingenua.

Wendy rezongó mientras se cubría con el saco.

Joe apagó el fuego de la chimenea y se dirigió a su litera.

Tengo veintinueve años. No soy tan joven ni tan ingenua. Lo que pasó en el apartamento, todo lo que ocurrió después, sucedió hace tan solo un mes.

—Ya ha terminado, intenta dormir un poco.

Pero no había terminado. Alguien la perseguía. Joe necesitaba saber qué más había pasado aquella noche. Y detalles sobre Blake Barrett que Wendy no estaría dispuesta a compartir. No noche, por lo menos.

L.a esfera luminosa de su reloj marcaba las doce de la noche. Wendy necesitaba dormir y él necesitaba pensar. Ya tendría tiempo de averiguar más cosas al día siguiente.

Sacó el arma de la pistolera y la colocó bajo el rollo de ropa que usaba como almohada. Estaba preparado para hacer frente a aquel tipo, quienquiera que fuese.

Consiguió dormir un par de horas, pero mal. Antes había dado vueltas y más vueltas, en la cama, preguntándose qué pensaría Joe de ella después de saber lo que había ocurrido de verdad. No sabía qué era peor, si dejar que creyera que estaba metida en asuntos de drogas o que la tomara por una perdedora.

Se pasó los dedos por el pelo y se recordó que, al margen de lo que hubiera hecho en el pasado, ya no era una perdedora.

— ¿Estás lista? —dijo Joe mientras cerraba la mochila azul.

— Sí —Wendy se colgó la Nikon del cuello y agarró la bolsa del trípode—. Vamos.

—Wendy —la detuvo, rozándole el antebrazo—. ¿Por qué no nos tomamos un minuto?

— ¿Para qué? —contestó ella. Aunque sabía que Joe quería que siguiera hablándole de lo que le había contado la noche anterior. Ya no tenía sentido ocultarle nada.

— ¿Quién te sigue?, ¿qué pasó aquella noche para que alguien haya venido detrás de ti hasta Alaska?

— Te prometo que no lo sé —Wendy se había estrujado el cerebro tratando de encontrar alguna relación entre lo que había sucedido con

Blake y Billy en Nueva York y el tipo que ñps estaba siguiendo.
— Bueno, pues piensa a ver si se te ocurre.
—Pensaré mientras andamos —dijo, e hizo intención de salir de la cabana. Pero Joe la retuvo.
— Quero ayudarte —dijo con calma, mirándola a los ojos.
— Lo sé. Y te lo agradezco. Pero es que...
Wendy se encogió de hombros y trató de no pensar en lo agradable que era sentir su mano sobre el antebrazo. En lo maravilloso que había sidoo aquel beso—. No puedes arreglar mi vida por mí, Joe.
Este guardó silencio y ella aprovechó la oportunidad para soltarse y llegar hasta la puerta.
Ella volvió a pensar en el robo del bolso, en el allanamiento de su casa, en el equipaje, en el seguro de la puerta del copiloto, Entonces se le ocurrió que quizá no iban detrás de ella sino de algo que ella tenía, ¿Pero el qué?
— Hoy no te separes de mí —dijo Joe cuando selieron al frescor de la mañana.
— De acuerdo —Wendy no paraba de darle vueltas. ¿Qué podía tener que le interesase tanto a otra persona?, ¿y cómo estaría, en tal caso, relacionado con las mentiras de Blake?
Se sacudió los temores y se centró en el día que tenían por delante. Había dejado de llover, pero una densa niebla cubría el valle.
— ¿Cuándo saliste de Nueva York exactamente? -preguntó Joe al cabo de unos minutos en silencio.
—Hace unas tres semanas. No le dije a nadie adonde iba, ni siquiera a la policía. Había perdido mi trabajo y mi reputación estaba por los suelos. Blake se había encargado de arruinarla. No te imaginas las mentiras que se inventó sobre mí.
—Me lo creo.
—El caso es que no aguantaba más. Tenía que irme, marcharme a algún sitio donde pudiera pensar.
—Así que te viniste aquí.
—No, me fui a casa. A Michigan. A casa de mis padres.Estuve quince días. Durante ese tiempo, llamé a todas las revistas de moda y a todas las agencias de Nueva York para conseguir trabajo. Pero ninguna quería contratarme.
—PorBarrett.
—Exacto. A saber qué habría contado a la gente sobre mí. Y los periódicos tampoco resultaron de especial ayuda.
—Podrías haberlos demandado a todos.
—Podría, pero no quería enredarme más — Wendy aceleró a pesar de la escasa visibilidad—. Quería mirar hacia delante, no hacia atrás.

Empezar de nuevo, de cero.

-Entonces llamaste a Naturaleza sin fronteras.

-La directora de fotografía, Crystal Chalmers, es amiga mía. Es mi gran oportunidad, fotografiar animales me ha gustado desde que iba a la universidad.

¿Por qué no enfocaste tu carrera en esa dirección desde el principio?

Barrett me echo el lazo nada más terminar la universidad.

Pero todo aquello era historia, formaba parte del pasado. Wendy se había convertido en mujer nueva y tenía la posibilidad de dar un giro a su vida. No permitiría que la detuviesen ni Blake ni el fantasma que los perseguía, ni siquiera Joe Peterson.

—Pero ahora lo tienes claro, ¿no? —dijo este

— Como el agua.

— Pues yo también tengo claro que tenemos que sal ir de aquí.

Y continuaron la marcha. Wendy se giró y vio que tenía la mano sobre la pistola. No estoy bromeando. Cada vez que se volvía a mirarlo, se encontraba con la misma expresión de alerta, con esos ojos penetrantes abriéndose paso entre la niebla para barrer el bosque en busca de su acompañante.

Dos horas más tarde, envueltos aún en un manto de bruma, llegaron a una bifurcación que ella había señalado en el mapa días atrás. Se paró, puso las manos en las caderas y se dispuso a librar una batalla que esperaba desde hacía días.

— ¿Qué pasa? —dijo Joe al llegar a su altura.

—Es aquí.

— ¿El qué? —Joe miró en derredor.

—La bifurcación — Wendy señaló hacia uno de los caminos de la bifurcación, que subía zigzagueante por encima de la niebla.

—Ni hablar. Seguimos hacia la cabaña.

—Pero es a esto a lo que he venido —dijo mientras se descolgaba la cámara del cuello para quitarle el protector—. Tengo que subir.

El cañón pedregoso al que conducía ese brazo de la bifurcación era el lugar donde, según le había indicado Joe, encontraría a los caribús.

— Ni lo sueñes —dijo este, agarrándola por un brazo sin suavidad.

—No puedes obligarme —se resistió Wendy.

— ¡Vaya si puedo! —Joe la agarró por la cintura—. Hay un hombre que te persigue. Estás en peligro. A ver si se te mete en la cabeza.

Wendy forcejeó. Intentó separarse dándole un empujón en el pecho. Y la cámara se le cayó. Permaneció en el barro, olvidada, mientras ella reposaba las manos sobre su torso. El corazón de Joe latía con fuerza bajo su palma. Podía sentir el calor de su aliento en la cara, su mirada,

más intensa que nunca.

¡Ese tipo va por ti, Wendy!, ¡por ti! — exclamó sacudiéndola por los hombros. Luego de pronto, su expresión se dulcificó, con suma delicadeza, le retiró un mechón pelo que le caía sobre la cara. Dejó los dedos en su mejilla, acariciándola. El corazón de Wendy dio un vuelco.

“Y este tipo está por mí», pensó ella. Un instante después la besó. Wendy se dejó llevar, se abandonó a la espiral de emociones confusas que se arremolinaban en su interior. Su lengua abrasaba como el fuego, sus manos estaban por todas partes al mismo tiempo. Exhaló un ligero suspiro cuando Joe la apretó, tanto como para hacerle notar el calibre de su deseo.

Ella también lo deseaba. Más que nada. Más que…

El eco de un ruido inesperado los sobresaltó. Joe interrumpió el beso antes de darle a ella ocasión de hacerlo. Wendy recogió la cámara del barro y miró montaña arriba. El ruido se repitió. Una especie de clac por encima de ellos. Y sonó una vez más.

El corazón se le paralizó.

Sobre un peñasco, a bastantes metros de distancia, dos caribús de los bosques cruzaban sus cornamentas librando una batalla tan antigua como el tiempo.

— ¡Mira! — exclamó Wendy—. ¡Los hemos encontrado!

DIEZ

CUANDO consiguió limpiar la cámara de barro y ajustó el fotómetro, los caribús ya se habían ido. Arriba, al otro lado de su rocoso hábitat. Wendy miró a Joe, que respondió con una mirada tipo «ni se te ocurra pensarlo».

— Tengo que hacerlo —dijo ella—. Lo voy a hacer

Se quedó mirándolo mientras Joe se lo pensaba, y giraba la cabeza con los ojos y los oídos abiertos, atento a cualquier señal de su perseguidor.

Aunque le daba igual que Joe quisiera o no. Iba a hacer esas fotos con su ayuda o sin ella. No necesitaba su permiso. Pero prefería que la acompañase. Quería que fuese con ella, se dio cuenta, razón por la que seguía parada esperando su reacción.

—De acuerdo —accedió él finalmente— Tú primero. Adelante.

La antigua Wendy le habría dado las gracias. Gracias por permitírselo. Y aunque le agradecía que no se hubiese opuesto, no se parecia a la clase de gratitud que había sentido cuando Blake le encargaba un proyecto, dejándole claro que era un riesgo confiarle nada dado lo torpe que era. No, lo que sentía mientras subían la montaña era muy distinto. Simplemente, se alegraba de tener a Joe a su lado compartiendo una vivencia inolvidable.

Justo antes de alcanzar la cumbre que estaba a la altura de la piedra donde habían visto; los caribús, Joe la detuvo.

—Deja que eche un vistazo primero —dije en tono Rambobosques.

Lo vio en sus ojos y supo que sería inútil discutir. Cosa que ella tampoco deseaba. Alguien la estaba acosando y, mientras no averiguaran quién era y qué quería, necesitaban extremar las precauciones.

— De acuerdo —dijo Wendy—. Pero no los asustes, ¿eh?

—Te recuerdo que soy guardabosque. Mi trabajo es tener localizados a los animales. Así que no los asustaré. Venga, pégate a mí.

Wendy miró hacia atrás para asegurarse de que nadie los seguía. Aunque Joe ya se había cerciorado, necesitaba hacerlo ella también.

Cuando coronaron la cumbre y el cañón rocoso se extendió ante ellos, se le cayó el alma a los pies:

— ¡Se han ido!

—Chist! —Joe le puso una mano en el hombro y apuntó hacia un peñasco que obstaculizaba su visión—. Están ahí, al otro lado de la roca. Escucha.

Wendy cerró los ojos y escuchó. Y oyó el inconfundible “clac” de las cornamentas.

— ¡Es verdad! '

— Claro que es verdad.

Se sonrieron. Y sintió un calor subiéndole por todo el cuerpo. Wendy recordó el beso que se habían dejado a medias, pero no era el momento. En medio de la niebla, divisó una elevación rocosa justo frente al escondite de los caribús, al otro lado del peñasco.

—Ahí —susurró apuntando la elevación

—. Tengo que ponerme.

Sí. Tiene buena visibilidad y está bastante protegido. Si tuvieras cuidado, ni se enteraran de que estás ahí. Solo hay una pega.

— ¿Cuál?

Joe señaló con el dedo a la derecha de la elevación para mostrarle la caída de sesenta metros que había justo al lado. No era una situación muy distinta a la del primer día, cuando había conocido y Joe le había salvado la vida.

Mientras avanzaban con sigilo hacia la elevación, Wendy se dio cuenta de lo estrecha que esta era. Y solo estaba protegida por un lado. El otro daba al vacío.

—No —dijo Joe—. Esto no va a funcionar.

Se pararon y volvieron a oír el «clac» de las cornamentas, aunque los caribús seguían ocultos.

—Sí va a funcionar —contestó ella mientras cambiaba el objetivo de la cámara. Sintió una inyección de adrenalina al acercarse hacia la estrecha elevación.

— ¿Qué tiene?, ¿sesenta centímetros como mucho? —Joe negó con la cabeza—. No. No podemos ir juntos y no voy a dejarte ir sola.

Como suponía que diría algo así, fingió no haberlo oído y comprobó el fotómetro una última vez,

—Parece que hemos cargado con el trípode para nada. Desde aquí no voy a poder usarlo —comentó después de sacarlo de la bolsa con las cosas de la cámara.

—No —Joe la apretó con tanta fuerza que pensó que le partiría el brazo.

— Sí —replicó ella. Lo miró con tal convic ción que lo dejó sin palabras.

—Entonces deja que lo haga yo —gruñó Joe—. Yo haré las fotos.

—Estás de broma, ¿no? —contestó boquiabierta—. No. Ni hablar. Es «mi» proyecto. Mi trabajo. Me dedico a esto.

Tu trabajo era hacer fotos a un puñado de guapitos con ropa cara, no esto —dijo él mirando hacia la caída.

Bueno, pues ahora mi trabajo es este. Si fuera cualquier otra persona, cualquier otro fotógrafo, un hombre, me dejarías que lo

hiciera sin pensártelo dos veces. Reconócelo.

Joe se quedó callado. Luego se encogió de hombros.

Sí, más que nunca estaba decidida a hacerlo ella, no solo para que la contrataran en la revista, sino para demostrarle a Joe Peterson que era capaz y todo saldría bien. Ni siquiera era tan peligroso. Había hecho mil cosas más arriesgadad cuando era una niña en Michigan.

Entonces comprendió que no era la situación sí, sino el hecho de que Joe no tuviera el control sobre ella, lo que imprimía aquel velo de miedo en su mirada. Sintió su miedo cuando Joe le agarró la mano para darle un pellizco cariñoso. Le temblaba.

También sabía que se sentía responsable de la falta de criterio y juicio de su hermana. Se sentía responsable de su muerte. Aunque Cat ya era adulta, Joe se culpaba por no haber evitado que se inyectara aquella sobredosis.

— Es mi vida, Joe. Mi decisión. Yo soy la única responsable de lo que me pase, para bien y para mal. No tú.

Él no dijo nada. Se limitó a mirarla. El pelo le caía sobre los ojos, húmedo por la niebla. Wendy contuvo el impulso de apartársele la cara. Sabía que Joe tenía fuerza para retenerla si quería, pero esperaba que no llegara a ese extremo.

—Ten mucho cuidado —-susurró por fin.

—Claro que lo tendré —Wendy no pudo evitar sonreír.

—Me importa un rábano que haya poco espacio. Como vea que estás en peligro, pienso ir por ti.

—Toma, sujeta esto —dijo, todavía sonriente, mientras le daba el trípode—. Vuelvo dentro de un instante.

Joe colocó el trípode en el suelo y dejó la mochila. Luego la miró, con el corazón en un puño, mientras ella se agachaba y empezaba a gatear sobre la estrecha elevación.

Estaban por encima de los árboles y, a esa altura de la montaña, la niebla no era tan densa.

Miraba a Wendy con un ojo, el otro estaba pendiente de los alrededores y tenía la mano sobre la pistola. El hombre camuflado seguía por allí, pero no podía haber previsto que se desviarían del sendero principal, y no podría segirlos hasta allí sin descubrirse. Aun así, Joe sabía que estaba cerca. Podía sentir su mirada atento a ver qué hacían a continuación.

Cuanto más avanzaba Wendy, más se estrechaba la elevación. Se obligó a seguir respirando. Se obligó, sobre todo, a no ir tras ella. Wendy se paró.

— ¿Qué pasa?

Wendy miró hacia atrás, sonrió, se llevó un dedo a los labios para

pedirle que guardara silencio. Se quitó de la espalda la bolsa de la cámara, la dejó a un lado, se descolgó la Nikon del cuello. Joe la miró pegar el estómago al suelo y arrastrarse hacia el extremo de la elevación que daba al vacío.

Estaba sudando. Y eso que la última vez que había comprobado la temperatura, esta no llegaba a los diez grados. La vio levantar la cámara, quitar el protector y enfocar lo que desde su posición él no podía ver, pero seguía oyendo.

Los caribús chocaban sus cuernos con más fuerza que antes. En algún lugar, cerca de allí, habría un grupo de hembras. Por ellas se estaban enfrentando.

De pronto se dio cuenta de que él también estaba luchando. No con ella ni con el tipo que los seguía, sino consigo mismo. Estaba luchando por mantenerse distante, sereno, controlando la situación y sus sentimientos en todo momento.

Pero estaba perdiendo. Estrepitosamente.

Se olvidó del intruso por un instante y se arrodilló junto al inicio de la elevación, fascinado por los movimientos expertos de Wendy mientras esta gastaba un carrete entero en menos de un minuto, lo guardaba en la bolsa, ponía un carrete nuevo, cambiaba de objetivo y volvía a disparar.

Estaba maravillado por la tranquilidad, la intensidad y la concentración con la que traba jaba. Era su vocación. Wendy paró un segúndo, bajó la cámara y se limitó a mirar los caribús.

Joe la miraba a ella.

La niebla subía, cubriéndola como un abrigo fantasmal. A pesar del frío, sus mejillas estaban sonrosadas. Una nueva arremetida de los caribús la hizo sonreír mientras capturaba su batalla con la cámara. Tenía los ojos encandilados de la emoción. De pronto se giró hacia él, sus ojos miradas se cruzaron, y en ese momento algo le sucedió a Joe, les sucedió a los dos.

La sonrisa de Wendy cambió. Un segundo atrás era la viva imagen de la satisfacción, el éxito de haber superado el desafío que se había marcado. Pero, de repente..esa sonrisa era para él. Y en ese segundo en que sus mentes se unieron, Joe lo supo, quería.

No podía hacer absolutamente nada al respecto.

— Ven —susurró ella, invitándolo a que se uniera con un gesto de la mano—. Hay espacio suficiente.

No esperó a que se lo pidiera dos veces. Deslizándose con cuidado, avanzó centímetro a centímetro hasta estar casi encima de Wendy

— ¡Mira!

Ahí estaban. Los caribús. Majestuosos, cornamenta contra

cornamenta. Los contemplaron unos segundos y Joe tomó conciencia de lo a gusto que se sentía con ella al lado, de lo natural que parecía que estuviesen rozándose.

La niebla seguía subiendo, rodeaba a los renos con un aura celestial que hacía un efecto extraordinario. Hasta él, que no se dedicaba a eso supo que aquella fotografía sería magnífica.

Wendy lo miró de nuevo cuando terminó. Y esa ve< no sonrió. Joe leyó en sus ojos que iban a ser amantes. Iban a bajar de allí y, en cuanto plantaran los pies en suelo firme, iba a besarla.

El balido de una hembra sonó en algún lugar debajo de ellos. Sin previo aviso, los caribus se desvanecieron en la niebla.

Wendy sentía una alegría mareante, como jamás había experimentado como fotógrafa de moda. Sí, claro que había tenido éxitos en el pasado, pero Blake se había encargado de minimizarlos y de repetirle que nunca los habría conseguido sin él.

Entonces comprendió que los habría logrado de todos modos. Todo ese tiempo, todos esos años, podría haber triunfado como fotógrafa sin estar a las órdenes de nadie, sin la ayuda de nadie. Mientras gateaba de vuelta para bajar de la elevación, supo que tenía que tomar una decisión en ese preciso instante. Podía seguir anclada en el pasado, en lo que podría haber ocurrido si hubiese sido más fuerte, si hubiese tenido más confianza en sí misma, o podía mirar adelante, concentrarse en lo que la vida podía ofrecerle, lo que ella podía sacar de la vida.

—Dame la mano —dijo Joe tras poner los pies en el suelo. Wendy lo miró, todavía a gatas, advirtió el cariño de sus ojos, esa sonrisa que no le había visto hasta ese mismo día. Vaciló

—. Has estado genial.

— ¿De verdad?

— De verdad —Joe seguía con la mano extendida.

Ella miró un segundo antes de tomarla y que tirara de ella. No la soltó cuando estuvi de pie.

Wendy.

Esa vez tuvo tiempo de verlo, de leerlo en sus ojos de sentir la fuerza de su pulso en el dedo con el que le sujetaba la muñeca.

— Tenemos... que irnos —dijo ella justo antes de disimular que buscaba en el suelo la funda de uno de los objetivos.

— Wendy —repitió Joe cuando ella ya no pudo seguir fingiendo.

-¡Mira el cielo, está despejando! — exclamó entonces al tiempo que empezaba a bajar la montaña.

La detuvo. Puso una mano sobre su hombro, sin forzarla, sin exigir

nada, tentativamente. «Date la vuelta», se dijo Wendy. «Date la vuelta y bésalo. Deja que te abrace. Deja que te toque y que te haga sentir viva». Lo deseaba. Lo deseaba con desesperación. Pero ¿qué pasaría si lo hacía? Parecía que por fin estaba reconduciendo su vida. Y aquello era demasiado inesperado, demasiado nuevo. Ella misma era nueva, una mujer demasiado nueva, no confiaba del todo en su capacidad de tomar buenas decisiones en lo que se refería a los hombres. Y menos si el hombre era Joe Peterson.

—-Mírame —le dijo Joe, y Wendy supo que estaba siendo cobarde —. Wendy.

Dividida entre el miedo y un deseo que rayaba en necesidad, dijo que no con un gesto de la mano y siguió bajando.

—No te olvides de la mochila.

Continuó el descenso. Lo oyó recoger la mochila y darle alcance. Ninguno de los dos dijo una sola palabra durante media hora. Wendy intentó centrarse en su nuevo trabajo, en que había conseguido las fotos que le abrirían las puertas de la revista. Intentó imaginar se cómo sería su vida trabajando para Naturaleza sin fronteras. Tenía varios proyectos, muchas cosas en las que pensar.

El problema era que lo único en lo que era capaz de pensar en esos momentos más de cinco segundos seguidos era en Joe. Cuando llegaron hasta el sendero principal que conducía al valle, Wendy se giró hacia él.

Y Joe la miró con expresión y ojos calmados que no desvelaban la menor pista sobre lo que estaba sintiendo. Lo que le parecía perfecto, pues tampoco ella sabía lo que sentía.

— ¿Cuánto falta hasta la siguiente cabaña —preguntó Wendy.

—No mucho. Unos tres kilómetros.

Quiso explicarle por qué, de pronto, se sentía nerviosa e inquieta a su lado. Quiso que entendiera por qué le daba miedo empezar una relación con él. Especialmente, con él. Su pasado, como había encajado la muerte de su hermana, el control que parecía necesitar ejercer a toda costa, el fuego que bullía bajo la superficie... Todo junto le daba muchísimo miedo.

-Bien, ya tengo ganas de llegar.

- Acabas de hacer algo que no había hecho nadie nunca: fotografiar caribús de los bosques de Alaska. Deberías sentirte orgullosa.

—Sí... creo que lo estoy —Wendy asintió la cabeza y se recordó que debía pensar en marcharse de la reserva, puesto que ya tenía lo que había ido a buscar.

— En la siguiente cabana te espera una recompensa.

— ¿Una recompensa?
— Sí—Joe sonrió—. Una bañera.
— ¿De verdad? —Wendy prefería no pensar el tiempo hacía que no se duchaba. Una semana, desde que habían salido de cabaña de Joe. Llevaban seis días arreglándose con un paño y una pastilla de jabón que había incluido en la mochila—. Una bañera, qué mara villa.
— No te emociones demasiado hasta que la veas. Es bastante vieja.
—Pero no deja de ser una bañera —contestó sonriente.
—Eso sí — Joe se acercó y la miró con un brillo de deseo que a ella empezaba a resultarle familiar.
—Eh..., será mejor que no nos entretengamos —Wendy dio un paso atrás. Necesitaba poner un poco de distancia entre los dos.
— ¿Estás bien?
— Sí, solo... —Wendy miró hacia el frondoso follaje y los árboles que flanqueaban ambos lados del camino—. ¿Me la sujetas un minuto? — añadió al tiempo que le ofrecía la cámara de fotos.
—Eh —Joe vaciló—. Sí, claro —dijo y se dio la vuelta. Pero no se movió de donde estaba para seguir teniéndola a menos de un brazo de distancia.
Tras el incidente del puente, Joe había insistido en que Wendy no lo perdiera de vista ni un minuto, ni siquiera para hacer pis. Por la noche no había problema, sobre todo en los retretes anexos de las cabañas, donde se podía hacer guardia delante de la puerta. De camino no era tan fácil.
Necesitaba un poco de intimidad, se dijo Wendy. Necesitaba aclararse y aclarar sus sentimientos. Necesitaba apartarse de él, aunque solo fuera unos minutos. Llevaban juntos veinticuatro horas al día desde hacía casi una semana.
Miró su espalda mientras Joe dejaba la mochila en el suelo. Había un pequeño claro entre toda aquella vegetación justo detrás de ella. Con el suelo embarrado. Éso le permitió alejarse tres o cuatro metros sin que se diera cuenta, lo justo para despejar un poco la cabeza. Se paró cuando llegó a una barrera natural de árboles y respiró la fragancia de los abetos y los cedros húmedos. Menuda semana. Intentó relajarse y decidió que mientras siguiera allí….
No tardó más que unos segundos en desabrocharse el cinturón y bajarse la cremallera de los pantalones.
Acto seguido, un brazo la agarró por la cintura. Una mano amordazó su boca para sofocar su grito.

ONCE

IBA A morir. Bajo la niebla, entre los árboles, iba a morir. El único pensamiento coherente que alcanzó a formular su cerebro fue: ¿por qué?

— ¿Dónde está? —susurró su captor.

El hombre la arrastró entre los troncos de los árboles. Era alto, fuerte. Wendy forcejeó, enredando las piernas con las de él. Bajó la cabeza y vio unas botas y unos pantalones de camuflaje como los de los cazadores y los soldados.

— ¿Wendy? —se oyó la voz de Joe. ¡Gracias a Dios! Se había dado cuenta de que la habían secuestrado—. ¡Maldita sea, Wendy ¿dónde estás?

—Contéstale —dijo el hombre. Un segúndo después apretó la hoja helada de un cuchillo contra su garganta—. Contéstale y no hagas ninguna tontería —añadió, y aflojó la presión de la mano sobre su boca para que pudiese hablar.

A... aquí.

-¿Dónde?

-Dile que estás bien —le susurró al oído la voz sin rostro. Wendy sintió la punta del cuchillo en el cuello. Le picaban los ojos. Quería gritar. Pero no lo hizo.

-Un... Espera un momento --dijo ella y el hombre volvió a taparle la boca.

-Date prisa. No me gusta perderte de vista Contestó Joe.

Intentó respirar, pero no podía. Quiso mover las piernas, pero estaba paralizada.

— ¿Dónde está? — repitió su captor, obligándola a levantar la cabeza. Luego empezó a explorarla con la mano libre—. No —la advirtió al intuir el grito de Wendy. Registró los bolsillos de los pantalones, registró la camisa, e iba tirando al suelo todo lo que iba encontrando.

— ¿Dónde está? —insistió el secuestrador. — Me dijo que lo tenías tú.

¿El ... qué? —susurró ella—. ¿Quién?

— Barret

— ¿Wendy? —sonó la voz de Joe. Lejos, a la derecha. Debía de haber empezado a buscarla en el sentido contrario,

El hombre apretó el cuchillo contra su garganta todavía más. Casi no podía respirar. Estaba muerta de miedo. El secuestrador le tocó un pecho.

—Muy agradable —susurró—. Y ahora dime ¿dónde está? —insistió mientras seguía arrastrándola Hacia atrás.

-¡Wendy!

Joe la encontraría en cualquier momento.

¡Tenía que pelear!

— ¿No lo tendrás por aquí?

La mano del hombre bajó hacia los pantalones abiertos. Wendy advirtió horrorizada que se había quitado el guante. Unos dedos callosos acariciaron su piel desnuda. Sin avisar, metió la mano entre sus piernas.

-¡Joe!

Wendy se olvidó del cuchillo, se lanzó hacia un lado y ambos acabaron en el suelo. Trató de desembarazarse de su captor sin hacer caso del brillo metálico que el hombre blandía sobre su cara mientras intentaba reducirla. En algún lugar remoto de la conciencia, oyó la voz aterrorizada de Joe.

Miró al secuestrador a los ojos. Unos ojos marrones, fríos, decididos; pero le bastó esa milésima de segundo para saber que no iba a matarla, hiciese lo que hiciese.

Levantó la rodilla contra sus ingles. Aunque él logró bloquear el golpe en parte, el movimiento lo pilló suficientemente desprevenido para que Wendy se liberara. Lo siguiente quee ella supo fue que estaba poniéndose de pie, corriendo, arañándose entre el follaje, enredándose el pelo con las ramas.

Gritando.

Y, por fin, en brazos de Joe.

— ¡Joe!

— ¡Wendy, por Dios! —Joe la levantó con la mano puesta en la pistola y la llevó tras un árbol. — ¿Qué ha pasado?

Solo necesitó un segundo para adivinarlo.

Para ver sus ojos espantados, su rostro desencajado, el pelo lleno de ramitas y hojas. Una cuantas gotas de sangre corrían por su garganta. La ropa por fuera de los pantalones y estos abiertos, colgándole de las caderas, las bragas blancas suficientemente bajadas para dejar al descubierto su pubis rubio.

Se separó.

Maldijo, empezó a dar vueltas apuntando a los árboles, a cada rama agitada por el viento. Pero solo había niebla.

Weny posó una mano sobre su brazo, temblorosa todavía. Joe se giró tratando de contener su rabia.

— Te ha herido. Ese canalla te ha herido.

— No —dijo Wendy mientras se secaba las gotas de sangre. Joe se

fijó en que tenía varias señales. Era evidente que había peleado con el agresor—. Solo son rasguños. No quería hacerme daño.

— ¡Tonterías! —Joe contuvo las ganas de atravesar el bosque y levantar hasta la última piedra y las raíces de los árboles si hacía falta, hasta encontrar a aquel desgraciado. Nunca en la vida había tenido ganas de matar a nadie. Hasta ese momento.

— So... solo quería asustarme. Quería quedarse a solas conmigo para asustarme —ase

guró.

Joe la miró y tomó aire. Sabía que no podía dejarla sola para ir en busca de aquel

tipo, por más que lo deseara. No daría un solo paso sin ella. Ni ella lo daría sin él—. Es..

está buscando algo. —'

—¿El qué?

—No lo sé. De verdad. Dijo que Blake k había dicho que lo tenía yo. Pero no tengo ni idea de a qué se refiere.

—Ven —dijo Joe, y la estrechó entre los brazos. Quiso cerrar los ojos y limitarse a sentirla cálida y segura contra su pecho. Pero no podía arriesgarse—. No tienes ni idea de lo mal que lo he pasado.

—Lo sé — Wendy lo miró a los ojos—. Lo siento.

—No es culpa tuya —Joe negó con la cabeza —. Es por mi culpa. Y la de ese reptil. ¿Has podido verlo?

-Apenas. Sus ojos más que nada. Puede fuera el mismo que me robó el equipaje en el aeropuerto, pero no lo conozco de nada.

-¿Estás segura?

-Sí —respondió Wendy—. Y no es culpa tuya. Fui yo la que se alejó. No sé en qué estaba pensando. Bueno, sí, pero no en el hombre que nos persigue.

Joe la apretó con fuerza y hundió la cara en el cabello de ella.

— ¿Qué voy a hacer contigo?

— Bésame —dijo para asombro de Joe.

No le dio oportunidad de arrepentirse. Capturó sus labios, la saboreó, se recreó en el placer de sentir sus lenguas acopladas, en el calor de su cuerpo.

Cuando te oí gritar...

Lo sé —susurró Wendy, leyéndole los pensamientos—. Yo también.

Volvieron a besarse, más profundamente esa vez. Mientras Wendy le rodeaba la nuca con los brazos, Joe supo que se había enamoradp de pies a cabeza.

Vamos —dijo cuando consiguió recuperar !a compostura—. Salgamos de aquí.

Atardecía cuando llegaron a la cabaña. Tras dejar que Joe la inspeccionara, Wendy lo siguió y se desplomó sobre una de las literas.

— ¿Qué puede ser?, ¿qué será lo que quiere de mí?

Joe echó el cerrojo y cerró la contraventana. Esa noche no los espiaría nadie, pensó mientras encendía un farol que habían sacado de un baúl del porche de la cabana.

—Ya lo averiguaremos. Pero antes necesitamos reponer fuerzas.

Abrió la mochila y trabajaron codo con codo en los preparativos para acomodarse para la noche. Después de una semana juntos, colaboraban de forma natural: él encendía la chimenea mientras ella extendía el saco de dormir en su litera y hacía la cama de Joe.

De pronto Wendy se preguntó qué le parecería si unían las literas. Recordó los besos que habían compartido, lo bien que se había sentido entre sus brazos, tan segura. Se sentía tan a gusto con él... Pero en seguida se dijo que debía mantener la calma, ser lista.

No estaba en condiciones de pensar. Estaba demasiado asustada, aterrada para ser sincera Y él no estaba haciendo nada que no estuviera en su naturaleza sobreprotectora.

— ¿Atún o carne guisada? —Joe le mostró sendas latas.

Carne guisada —contestó ella mientras buscaba en la mochila una camiseta mínimamente limpia.

Estaba deseando darse un baño. Lo deseaba como sentir las manos de Joe sobre su cuerpo,

— ¿Wendy?, ¿estás bien? Sí —contestó, obligándose a no recordar el trago que había pasado—. Solo un poco cansada.

—No... no te ha hecho daño, ¿verdad? Ella sabía qué se refería. Se notaba que el hecho de formular la pregunta le dolía. Se culpaba de lo que había pasado. No la culpaba a ella por haberse alejado, ni al agresor, ni siquiera a Blake. Se culpaba a sí mismo, y eso ella no podía tolerarlo.

—No. Me... tocó. Pero nada más —dijo y se fijó cómo Joe apretaba los dientes tras los labios que había besado y quería volver a besar. Cree que tengo algo que le interesa. '

—Tenemos que averiguar de qué se trata, y donde está. Está claro que piensa que lo llevas encima.

Wendy supo que había llegado el momento de compartir lo que aún no le había contado. Se sentía culpable, y un poco tonta, por no haberlo hecho antes. Le agarró una mano y lo hizo sentarse junto a ella en una de las literas.

--¿Qué pasa? —preguntó Joe al advertir la duda que asomaba en la mirada de ella.

Wendy tomó aire y lo soltó, todo. Cómo le habían arrebatado el

bolso mientras volvía a casa de la comisaría por la noche, una semana después del incidente en el apartamento. Cómo se lo devolvió una persona que se lo había encontrado tirado en la esquina, sin que faltara absolutamente nada. Le contó también que habían entrado en su casa tres días después y que, hacía una semana, se había encontrado la puerta del copiloto con el seguro subido cuando estaba segura de que lo había bajado. Lo del equipaje en el aeropuerto ya lo sabía.

— ¡Y no me habías contado nada!

Ella sabía que reaccionaría así y no lo culpó por ello. No a esas alturas. Debería haberlo puesto al corriente antes. Ella misma debería haberlo relacionado todo hacía semanas. Pero no lo había hecho.

Al principio, estaba impactada con la muerte de Billy Ehrenberg. Luego había tenido que hacer frente a las mentiras para encubrir a Blake, a los resultados de la autopsia y la consiguiente investigación policial. Despues había perdido el trabajo, los periódicos habían empezado a difamarla, sus padres...

Eso sí que había sido duro.

Los tirones de bolso y los allanamientos eran el pan de cada día en Manhattan. En ningún momento había establecido conexión alguna con Blake o Billy. De pronto, parecía evidente que dicha conexión existía.

¿Qué se llevaron de tu apartamento?

Nada. Solo estaba patas arriba. La policía pensó que había sido una chiquillada de los adolescentes del bloque que no paran de dar problemas.

—Cuéntame otra vez lo que ese desgraciado te dijo.

—Me preguntó dónde estaba. Dijo que le habían dicho que yo lo tenía. Cuando le pregunté de quién hablaba, contestó que Barrett.

— ¿Te dio Barrett algo después de aquella no?

—No, nada.

— ¿Estas segura?

Al cien por cien. Me mandó una carta a casa de mis padres en Michigan. Supuso que acabaría refugiándome allí. Yo no se lo dije a nadie cuando me fui de Nueva York, ni siquiera a la policía.

— ¿Dónde está?, ¿qué había dentro?

No... no lo sé. No la abrí. No quería saber nada más de las mentiras de Blake, así que no la leí. Menuda estupidez, pensó Wendy. Si la hubiese leído, quizá supieran a qué se debía lo que estaba pasando.

— ¿Dónde está?

— ¿La carta? — Wendy sacó el sobre de la bolsa de la cámara y se lo entregó—. Está ahí metida desde hace una semana.

—Está vacío —dijo Joe tras mirar dentro.

—Ya lo sé. Tiré la carta a la basura justo antes de venirme a Alaska. Me quedé con el sobre porque había apuntado unos números de teléfono.

Joe leyó la fecha del matasellos, de hacía casi tres semanas, en Nueva York.

— ¡Maldita sea! Puede que el tipo ese esté detrás de la carta.

—No creo: me robaron el bolso y entraron en mi casa antes de irme de Nueva York, antes de que escribieran la carta incluso.

Joe la miró y exhaló un suspiro.

—Necesitamos comer algo.

No tenía hambre, pero sabía que debían alimentarse. Aún faltaban setenta kilómetro: hasta la cabaña de Joe.

—Yo cocino —se ofreció Wendy. Necesitaba algo en lo que ocupar la cabeza, aunque fuera un simple cazo de agua hirviendo.

Comieron en silencio. Sabía que Joe le estaba dando tiempo para que pensara qué podía haberle dado Blake que fuese tan importante para que aque aquel misterioso hombre la hubiera seguido más de cuatro mil kilómetros, la hubiera atacado y hubiera estado a punto de matarlos a los dos para conseguirlo.

—Muy bien, empecemos desde el principio—dijo Joe tras recoger los platos y poner agua a calentar para la bañera—. ¿Me has contado todo lo que pasó con Barrett en el apartamento ¿¿no se te olvida nada?

—Nada de nada.

—Muy bien, entonces empecemos a partir del día siguiente. ¿Qué ocurrió?

—Salí del hospital después de que Billy muriera, sobre las siete de la mañana, y me fui a la agencia. Blake llegó después. Yo no lo vi. Entró en mi despacho mientras estaba en el sevicio y se llevó su cámara. Otra de las ayudantes dijo que estaba muy nervioso cuando...

— Un momento. ¿Por qué entró en «tu» despacho para recoger «su» cámara? Porque la tenía yo. La había encontrado en el apartamento después de que él se marchara, junto con uno de sus trípodes —Wendy se enconjió de hombros—. Yo era su ayudante. Parte de mi trabajo era encargarme de lo que él iba dejando.

— Por decirlo de alguna manera — murmuró él -Así que recogiste su cámara, pero luego la recuperó.

Sí, a la mañana siguiente, ya te digo. Aunque era un poco raro... La había encontrado en una esquina del apartamento, tapada con una toalla, como si estuviera...

—Escondida.

Su cerebro se disparó y se puso a trabajar a toda máquina, repasando cada detalle de aquella noche. Y entonces cayó en la cuenta.

— ¡Dios, el carrete!

Wendy saltó de la litera y corrió a la mesa por la bolsa de la cámara. Se sentó con las piernas cruzadas en el suelo y, en cuestión de segundos, vacío sobre su regazo todo lo que había dentro. Decenas de rollos nuevos y gastados rodaron sobre el suelo de la cabana.

Joe los recogió y se sentó junto a ella.

— ¿Lo tienes?

— Sí —Wendy comprobó la velocidad y número de exposiciones de los carretes mirando los estuches donde estaban guardados -No se me había ocurrido. Lo hago siempre Parte de mi trabajo es asegurarme de que la cámara de Blake está siempre lista. Ni siquiera recuerdo haberlo hecho, lo hago autormáticamente.

—Sacaste el carrete de su cámara y le pusiste uno nuevo.

— Sí, siempre meto los carretes usados en la bolsa de la cámara. Siempre. Es como un acto reflejo. Y al día siguiente, los revelamos en el laboratorio.

- Pero esa vez no lo revelaste. No, ni me di cuenta de que tenía el carrete. Entre la muerte de Billy, la policía, los periódicos … Se me olvidó —confesó Wendy.

—Cuando te robaron el bolso, ¿no te quitaron también la bolsa de la cámara?

—No. Casi siempre la llevo encima, pero esa noche no. Me la había dejado en la comisaria. Un agente me la acercó al apartamento al día siguiente —Wendy sintió que el corazón se le paralizaba cuando localizó el tipo de carrete que Blake prefería para las fotos en interior por la noche—. Aquí está —dijo, y los dos se quedaron mirándolo.

—Qué tiene?

No lo sé —respondió ella. Pero podía imaginárselo: Blake y Billy desnudos en pleno acto sexual. Aunque no le parecía suficiente para desencadenar todo lo que había ocurrido

— ¿Será un chantaje?

—No creo: Blake no tiene dinero.

—Pero su mujer sí.

— Cierto.

Puede que Barrett haya contratado a ese tipo para recuperar el carrete. Wendy negó con la cabeza. No porque no viera a Blake capaz de hacerlo, sino porque no tenía sentido.

—Le habría bastado con pedirme el carrete. Se lo habría devuelto sin hacer preguntas. Además, Blake no sabe dónde estoy.

—Está claro que, sea quien sea quien quiere el carrete, ha hablado antes con Barrett.

— Y él le ha dicho que lo tenía yo.

—No —dijo Joe, y le arrebató el carrete—. Lo tengo yo.

La puerta se abrió de golpe. Wendy creyó que el corazón no volvería a latirle. Joe soltó el carrete y fue por su pistola. Demasiado tarde.

El hombre que la había atacado por la tarde estaba apuntándola al pecho con una automática.

—Ni lo intentes —le advirtió.

DOCE

VESTIDO con uniforme gris de camuflaje y una Makarov de siete balas en la mano, su inesperado invitado llevaba el rostro cubierto por una máscara negra.

Eso, unido al hecho de que había tenido un sinfín de oportunidades para eliminarlos a lo largo de la semana, indicaba que no tenía intención de matarlos en esos momentos. Si tenía razón, lo único que aquel tipo quería era el carrete.

— ¿Ouién eres? —le preguntó Joe con cuidado de no moverse.

— Eso no importa.

— ¿ Qui... quién te ha mandado? —quiso Wendy

— Eso tampoco os importa. Es mejor que no lo sepáis —el hombre dio un paso adelante. Una ráfaga de viento frío sopló a su espalda. Wendy tembló.

—Tranquila —trató de serenarla Joe — .Todo va bien.

— Sí, genial —dijo el hombre—. Venga, dámelo.

— ¿Q... qué? —balbuceó ella.

—Aparte de rubia, tonta —el enmascarado apuntó hacia los estuches que había por el suelo—. El carrete, estúpida.

Joe la miró para pedirle que no se moviese.

—Ven por él —le dijo al intruso.

—Bonita pistola —contestó este al localizar el arma de Joe—. ¿Por qué no la pones en el suelo y me la lanzas muy despacio?

Joe lo miró, calculó su estatura, su peso, se fijó en la forma y el color de sus ojos, el cabello moreno que le sobresalía bajo la máscara, tratando de reunir el máximo posible de detalles para informar después a la policía.

— ¿Has venido solo?

—Ni que me hiciera falta ayuda para ocuparme de vosotros dos — se burló el hombre.

Joe respiró. A lo largo de la semana solo había visto el rastro de un hombre, pero teñía que estar seguro. Y sí, Míster Camuflaje estaba solo.

Muy lentamente, sacó el arma de la pistolera consciente de que aquel canalla estaba apuntando su Makarov hacia Wendy. Quizá no quisiera matarla, pero sería capaz de hacerlo si se asustaba o la situación se complicaba. Solo de pensarlo se le secó la garganta y empezó a sudar.

-Así, muy bien, sin movimientos bruscos, ahora lánzamela por el suelo —le ordenó el tipo, y Joe no tuvo más opción que obedecer.

Mister Camuflaje se arrodilló, la agarró y se la metió en el bolsillo de la chaqueta—. Buena decisión.

—De acuerdo —Joe lo miró a los ojos—.Toma carrete y lárgate.

— ¡No! —dijo Wendy.

— ¡Maldita fuera! No era el momento de hacerse la valiente.

— ¿No»? —Míster Camuflaje dio otro paso al frente.

Estaba tan cerca que si se lanzaba contra él, podría desequilibrarlo. Pero era demasiado arriesgado.

— ¿Cuál es el problema, muñeca?, ¿hay alguna que no quieres que vea?

— No tengo ni idea de qué estás hablando — Wendy y alzó la barbilla. Joe le advirtió con la mirada, pero ella no le hizo caso—. Este carrete es mío. Son fotos de animales. Nada que pueda interesarte. Y si te interesan, te compras la revista cuando salga el mes que viene.

— Tiene lo que hay que tener, ¿verdad? — dijo el enmascarado tras soltar una risotada—. Me gusta. Y me va a gustar más dentro de unos minutos,

— ¡Maldito fuera!

Apuntó a la cabeza de Joe.

— ¡No! —exclamó Wendy—. Toma, quédatelo. Quédatelos todos.

Joe sintió una opresión en el pecho mientras Wendy reunía todos los carretes y los metía dentro de la bolsa de la cámara. Todos menos uno. Un carrete agotado que ocultó bajo una pierna mientras guardaba los demás. Supo que era el carrete para interiores que Wendy había sacado de la cámara de Blake.

—To… toma —dijo esta, ofreciéndole la bolsa.

—Tráemela tú —contestó el hombre, cuyos ojos destellaron con un brillo de lujuria.

— ¡No! —Joe la agarró por un brazo. Míster Camuflaje dio otro paso al frente y apuntó a la cara de Wendy.

— ¡Ahora!

—Está bien, está bien —Wendy se soltó de Joe, a pesar de las protestas de este.

—Ven aquí —dijo el enmascarado.

—De acuerdo —Wendy lo miró con calma. Avanzó hacia el intruso con la cabeza alta, con la vista clavada en sus ojos. El tipo le sacaba más de cuarenta kilos.

¡Dios!, pensó Joe, ¡tenía que hacer algo de inmediato!

Todavía tenía un cuchillo en el cinturón pantalón. Míster Camuflaje no se habí molestado en pedirle que se lo entregara. Nunca lo había utilizado contra nadie, y no creía que pudiera sacárselo antes de que el tipo le disparara. Pero tendría que arriesgarse si ocurría lo que

pensaba que iba a ocurrir.

Wendy se detuvo a un paso de su atacante, fría como un témpano, con la Makarov apuntándola al pecho.

Mister Camuflaje sonrió. Luego hizo una cosa Joe no se esperaba. Se quitó la máscara. Joe se quedó sin respiración. Wendy retrocedió un paso.

— ¡ No te acerques más a él! Vuelve.

Wenly negó con la cabeza mientras recordaba el incidente de esa tarde en el bosque. El le había tocado un pecho con la punta de la pistola.

— ¡Quitátela! —le exigió su agresor.

— ¿ Q…qué?

— La ropa —el hombre sonrió mientras devoraba su cuerpo con los ojos,

Joe jamás había sentido tanta rabia.

— Vale — contestó Wendy con sorprendente calma. Esspera un momento.

No era la primera vez que daba muestras de fortaleza. Ya la había visto reaccionar en otras situaciones de apuro: en el puente, un par de días atrás; gateando por la elevación esa misma tarde. Y en esos momentos, frente a su agresor, un violador y asesino en potencia, si la intuición de Joe no fallaba.

En un lento movimiento, Wendy le dio la espalda al hombre y se desabrochó la camisa. Miró a Joe, tratando de comunicarle algo con los ojos que él no supo bien si había entendido. De forma casi imperceptible, Wendy asintió con la cabeza justo antes de girarse hacia el agresor y quitarse la camisa.

— Muy bonito —dijo Míster Camuflaje, con los ojos clavados en el sujetador blanco de encaje.

Joe tuvo que contenerse cuando Wendy se acercó para que el tipo la abrazara con la mano que tenía libre. No podía ni imaginarse qué estaría sintiendo en esos momentos. Ni había visto nunca un acto tan valiente.

La Makarov tembló en la mano del intruso, distraído por la aparente sumisión de Wendy y su creciente excitación.

Un instante después, Wendy hizo la señal que Joe había estado esperando y, como un perro de presa, él saltó por la pistola. Míster Camuflaje disparó. Wendy gritó. El disparo salió desviado y los tres se precipitaron al suelo.

Joe tenía la mano sobre la pistola del agresor, al que estaba aplastando con todo el peso de su cuerpo. Tenía ganas de estrangularle pero Wendy estaba entre los dos. Míster Camuflaje soltó

un exabrupto. Joe giró hacia la izquierda sin soltar la pistola y Wendy consiguió escapar.

—¡Corre! —Le gritó Joe—. ¡Vete!

Pero no podía salir. Le estaban bloqueando la puerta. Luchando por el control del arma, volvieron a rodar. Míster Camuflaje quedó arriba. Era un hombre grande, pesado, experto, pero Joe sabía que ganaría él. Lo sabía, Ganaría porque tenía más que perder.

La pistola se disparó entre los dos y Joe blasfemó.

Wendy gritó su nombre.

Paralizada, se quedó mirándolos durante el segundo más largo de su vida, incapaz de hacer ni dar forma a un solo pensamiento. Se limitó a oír la voz de Joe, vio su brazo cubierto de sangre.

— Dios —Wendy se arrodilló, agarró la chaqueta del intruso y tiró de él—. ¡Basta! ¡Suéltalo!

Pero no logró moverlo. Era más pesado de lo que había creído. Sintió pánico cuando notó el charco de sangre caliente que empezaba a rodear su rodilla.

¡No podía estar muerto!, ¡no podía! ¿ Por qué no podía apartar al agresor?, ¿por qué no se movía él? Se sobresaltó cuando la pistola cayó al suelo.

—Ya pasó —dijo Joe con suavidad.

Wendy respiró aliviada al oír su voz. Joe emitió un gruñido de esfuerzo mientras empujaba al hombre para quitárselo de encima.

De pronto, sintió a Wendy a su lado, mirando horrorizada la mancha de sangre que empapaba su camisa.

—No es mía —dijo este mientras la rodeaba por la cintura—. Es... de él.

Wendy rodeó la nuca de Joe con ambas manos y cayeron hacia atrás en un extraño abrazo. Repitió su nombre una y otra vez sin parar.

—Estoy bien —aseguró él—. De verdad.

— ¿Está... muerto? —Wendy miró el cuerpo que yacía junto a ellos.

—Sí.

— ¿Seguro?

— Seguro, pequeña. Está muerto.

Por eso no lo había podido mover. Por eso pesaba tanto. De pronto comprendía lo que significaba ser «un peso muerto».

— ¡Joe! —exclamó entonces. Cerró los ojos y revivió el momento en que la pistola se había disparado. Volvió a estremecerse.

—Ya estás a salvo, estoy contigo —Joe se incorporó sin dejar de abrazarla, le retiró el pelo de la cara con una caricia para poder verla —. ¿Estás bien?

— Sí…

— ¿ Seguro?

Wendy asintió con la cabeza. «Estaré bien mientras esté contigo», pensó. «Mientras no me dejes ni un segundo».

— Venga, arriba —Joe la ayudó a ponerse de rodillas y luego a levantarse del todo.

Wendy miró el cadáver del hombre a sus pies. De pronto, creyó que se desmayaría. Se le aflojaron las rodillas. Joe la sujetó por la cintura y la guio hasta una de las literas.

— Tranquilo, estoy bien —dijo Wendy. Al sentir frío en el cuerpo, se dio cuenta de que estaba en sujetador y tenía la cara y las manos llenas de sangre. Igual que Joe—. Tenemos que limpiarnos —añadió, y volvió a mirar el cadáver del hombre.

— Yo me ocupo de eso. Tú ve lavándote. El agua debe de estar ardiendo —dijo él, señalando el cubo que había puesto a calentar para la bañera.

— De acuerdo.

Joe sacó una lona de la mochila y un poco de hilo en menos de un minuto, había diseñado una cortina que colocó en una esquina de la cabaña a modo de mampara. Wendy lo miró, todavía traumatizada por lo que había sucedido, mientras Joe echaba el agua hirviendo en la bañera.

—Vuelvo en seguida —dijo Joe, y pasó sobre el cadáver con el cubo en dirección a la puerta.

Tuvo que obligarse a quedarse quieta y asentir con la cabeza, como si no le importara que la dejara sola el minuto que tardaría en ir al río por más agua. Pero sí le importaba. No quería estar sin él. Nunca más.

Pensó en el baño para calmarse, en lo bien que le sentaría. Sacó de la mochila un jabón líquido biodegradable, adecuado para lavar platos, el cabello, ropa, el cuerpo, todo.

— Ya estoy aquí —dijo Joe cuando volvió con un cubo de agua fría. La echó en la bañera y comprobó la temperatura con una mano—. Está bien. Adelante. Yo me... yo lo sacaré —añadió, apuntando con la barbilla hacia el cadáver.

— ¿Qui... quién es?

— No lo sé, pero voy a enterarme —Joe mirando de nuevo la cara del agresor. Luego se giró hacia Wendy.

Ella era consciente de que seguía en sujetador, pero le daba igual. Dejó que la contemplase sin sentir el impulso natural de cubrir su cuerpo.

—Wendy —dijo al tiempo que le acariciaba una mejilla.

Quiso lanzarse contra su pecho, abrazarlo y no soltarlo en la vida. Pero no lo hizo.

—No tardaré mucho —susurró, desviando los ojos hacia la bañera.
—No hay prisa. Wendy fue tras la cortina, cerró los ojos y tomó aire tratando de serenarse. Mientras se desnudaba, oyó el ruido que hacía Joe arrastrando el cuerpo fuera de la cabaña.

Cuando volvió, ella estaba sentada en una de las literas, cubierta solo por una manta. Tenía el pelo húmedo, seguía pálida, pero sus ojos habían recuperado ese brillo azul y sereno de un cielo de verano.
—¿Do... dónde lo has puesto? —preguntó.
—No te preocupes por eso.
Joe vio que había usado el jabón y parte de su toalla para frotar el suelo donde había caído el agresor. Una camiseta ensangrentada podía verse en una de las esquinas. No tuvo el valor de decirle que no debería haber hecho aquello, que no se debían alterar las pruebas.
—Podía haberlo hecho yo —dijo finalmente.
— No importa. Estoy bien, de verdad — contestó Wendy. Pero no estaba bien. Se lo notaba en su expresión, en sus movimientos lentos y mecánicos
—. ¿Has averiguado quién es?
— Sí —Joe sacó del bolsillo la cartera del tipo y leyó el nombre que aparecía en su carné de conducir——Dwvight Carson.
—Ni idea —dijo Wendy.
Leyó en voz alta dos números de teléfono que había garabateados en el revés de una tarjeta de visita profesional de alguien cuyo nombre le sonaba familiar. Joe reparó en que uno de los números tenía prefijo de Nueva York. El otro no lo reconoció.
—El primero es el teléfono de Blake — dijo Wendy con los ojos desorbitados—. Y el segundo, el de la casa de mis padres en Michigan. ¡Dios!
—Ya no puede hacerte daño. Ni a ellos -Joe la miró, sentada en la litera, y le parecía tan pequeña, tan vulnerable... Quiso estrecharla entre sus brazos, decirle que no se preocupara, que todo iba a salir bien y él iba a cuidarla.
Wendy miró la sangre que salpicaba la camisa de Joe. Luego se giró hacia la bañera.
—Ne... necesitamos más agua.
Joe respiró profundo y se miró la ropa, las manos. No quería separarse de ella, pero antes tenía que lavarse. Además, no le había dado tiempo a que se vistiera. No es que quisiera verla vestida, pero supuso que ella sí querría. Le daría un poco de tiempo y espacio, un poco de intimidad
—Ya me arreglo en el arroyo.

—Te vas a congelar.

Joe sabía que estaba desnuda bajo la manta, preguntó qué haría Wendy si se acercara, la tumbara sobre la litera y la besara. Se preguntó qué sentiría estando dentro de ella.

Tenía que echar el freno.

Wendy no necesitaba sexo en esos momentos. Sabía que lo que necesitaba era apoyo, consuelo, comprensión. También sabía que lo que sentía por ella no era mera atracción sexual. Y eso lo aterrorizaba.

—Me vendrá bien —insistió mientras agarraba el jabón—. Toma, quédate con ella por si acaso —añadió mientras dejaba su pistola en la litera.

Luegó salió de la cabana y cerró la puerta.

Estaba esperándolo, consciente de lo que ocurriría cuando regresara. Esperando a que sucediera.

Cuando la puerta se abrió por fin, se puso tensa. Joe se quedó helado en el umbral, recién afeitado, descalzo y con el torso desnudo, con el cinturón sin abrochar y la camisa goteando en su mano.

—Perdón —dijo al ver que seguía envuelta en la manta—. Necesitas más tiem..

—No —lo interrumpió Wendy, y sus ojos se enlazaron—. Estoy lista para que entres. Estoy lista... para ti.

No dijo nada. Se limitó a cerrar la puerta sin apartar la vista de ella. Tiró la camisa junto a la de ella, en el rincón.

Wendy abrió la manta.

Mientras se acercaba a ella, mientras se arrodillaba en el suelo junto a la litera, mientras posaba una mano sobre su rodilla, Wendy supo que no habría marcha atrás. También sabía que Joe no era el hombre adecuado. Era testarudo, sobreprotector, estaba acostumbrado a que se hiciera lo que él quería y a tomar todas las decisiones, a afrontar las consecuencias solo.

Pero, viendo el brillo que bailaba en sus ojos, suave y fogoso sobre su piel desnuda, no le importó. Lo deseaba demasiado.

— ¿Estás segura? —Joe subió la mano por su pierna.

—No —susurró ella.

—Está bien —Joe subió a la litera, se colocó encima de Wendy y deslizó un dedo entre sus labios entreabiertos—. Yo sí.

TRECE

SE OLVIDÓ de sus miedos, del sentido común, desconectó la vocecilla interior que decía que estaba cometiendo un error tremendo. Wendy cerró los ojos y lo besó.

Joe bajó los brazos y ella abrió las piernas para recibirlo. Tras acomodar el cuerpo sobre Wendy, profundizó el beso. Su lengua quemaba pero tenía la piel fría del río. El roce de su torso contra los pechos le endureció los pezones al instante.

Joe tembló, Wendy jadeó. Le daba miedo abrir los ojos y mirarlo. Sabía que si lo hacía, estaría perdida. Joe susurró su nombre entre beso y beso al tiempo que llevaba las manos hacia su trasero. La erección le apretaba contra la cremallera.

Cuando sintió su boca sobre uno de los pechos, ella gimió, echó la cabeza hacia atrás y arqueó la espalda. Joe la devoró con gula, la besó con tal apetito que desató un deseo salvaje en Wendy.

Esta respondió clavándole las uñas en la espalda, bajó las manos hacia sus pantalones e intentó quitárselos. Abrió los ojos y se encontró con los de él. La asustó lo que leyó en su cara.

—Wendy — Joe le rozó los labios con su boca, mirándola con unos ojos oscuros de deseo, como jamás había visto otros antes.

La agarró por la barbilla para que no desviara la vista y le susurró cariños para serenarla, para atemperar la pasión de Wendy y sincronizarse a un mismo ritmo.

—Joe —dijo ella. Lo necesitaba. Quería que la hiciese olvidar todo lo que había pasado en aquella última hora, en el último mes. Quería que la hiciese sentirse segura, que la ayudara a olvidar, aunque fuera solo un rato, quién era y todo lo que había sucedido.

Poco antes, mientras lo esperaba sentada en la litera, se había dicho que solo necesitaba sexo, una satisfacción física, una liberación. Que los dos podrían manejar sus sentimientos. Pero, mirándolo a los ojos, supo que aquello no era mero sexo para él. Como no lo era para ella.

—Wendy, yo...

Pero ella acalló sus palabras con un nuevo beso por miedo a lo que pudiera decirle. Introdujo una mano entre sus piernas y Joe reaccionó, cedió a la carne, a los besos, la mordisqueó, dejó que Wendy lo empuñara y multiplicase el tamaño de su deseo.

Ella cerró los ojos, se abandonó al calor del cuerpo a cuerpo, aspiró el olor mentolado del champú de Joe, sintió las gotas frías que resbalaban aún por su piel. Estaba duro como una piedra. Y ella también i estaba lista.

Lo ayudó a deshacerse de los pantalones. Segundos después, él se

introdujo entre sus muslos y ambos gritaron de la sensación. Ni miedos ni pensamientos. Joe arremetió contra ella , una y otra vez, entregándose, vaciándose por completo, mientras se miraban fijamente, desnundando también sus corazones.

C uando metió una mano entre los dos, Wendy creyó que se volvería loca.

Joe enloqueció cuando la sintió explotar.

EI arrullo del río lo distraía. Joe se estiró. Había salido de la cabaña y estaba desnudo sobre una piedra lisa, mirando la luna. Un millón de estrellas titilaban desde la bóveda aterciopelada de la noche, Estaba tan relajado que no oyó abrirse la puerta de la cabaña, ni a Wendy acercarse a su lado descalza.

—Hola —lo saludó por sorpresa.

Joe se incorporó y vio que estaba envuelta en el saco de dormir

—. ¿No tienes frío? —añadió mientras se sentaba junto a Joe y le ofrecía parte del saco.

Él sonrió y se apretó contra Wendy de modo que el saco los mantuviera juntos y abrigados. Miraron al cielo en silencio. Joe la rodeó con un brazo, ella apoyó la cabeza sobre su hombro mientras acariciaba el vello de su torso con los dedos.

Joe no recordaba la última vez que se había sentido tan bien. Tal vez nunca.

Habían llegado a un acuerdo tácito de no hablar sobre Dwight Carson, ni de cómo Joe había envuelto su cadáver en una lona y lo había metido en el baúl del porche. Tendría que quedarse allí hasta que sacara a Wendy de la reserva y pudiera llamar a la policía para que se lo llevaran.

Aunque no podían quitarse de la cabeza lo que había sucedido, lo dejarían estar durante esa noche. Ambos habían decidido aplazar toda preocupación hasta el día siguiente, cuando el sol del nuevo día arrojase su luz sobre la situación en que se hallaban.

Estaba enamorado de Wendy, pero ella no lo estaba de él, o al menos eso creía.

Tampoco podía echárselo en cara. Ni siquiera había sido capaz de protegerla. La había dejado dos veces a merced de Carson. — Hablame de tus novios —dijo de pronto, en realidad no le interesaban, pero no entendía cómo una mujer como Wendy no se había casado. Y ni siquiera había estado cerca de hacerlo, según recordó que le había dicho.

La verdad es que no hay mucho que contar —respondió ella tras soltar un suspiro—. He tenido unos cuantos, pero ninguna relación

seria. Tampoco les di la oportunidad.

-¿Porqué?

—Siempre tenía demasiado trabajo —Wendy se encogió de hombros.

— ¿Por decisión propia?

— En realidad no. Blake me tenía esclavizada. Decía que estaba en deuda con él.

—Y supongo que hacía que te sintieras más en deuda en cuanto había un hombre en tu vida.

— Exacto —Wendy se tumbó boca arriba y contempló el cielo—. Se ponía celoso. Era imposible trabajar con él cuando me echaba novio.

—Te quería para él solo —murmuró Joe. Estaba ansioso por poner las manos encima de aquella sabandija.

—Pero yo no lo sabía cuando me contrató al salir de la universidad. Ni se me pasó por la cabeza. Estaba casado.

—No parece que le importara mucho.

—No. Siempre ha tenido aventuras... con mujeres. No tenía ni idea de..., bueno, ya sabes —dijo, y .Joe prefirió no pensar al respecto—. Blake se las arreglaba siempre para sabotear mis relaciones. Ahora me doy cuenta de que me estaba castigando por no acostarme con él.

— ¿Por qué seguías? Seguro que podrías haber encontrado otros trabajos.

—Los había. AI principio muchos. Pero la agencia de Blake era la mejor y no dejaba de decirme la suerte que tenía de trabajar para él.

—Una suerte loca.

—Ya — Wendy se giró hacia los brazos de Joe—. Estaba confundida. Creía que no era una buena profesional y que no conseguiría nada sin él. Pero esa parte de mi vida ha terminado. Ahora soy distinta. No pienso dejar que nadie vuelva a controlarme ni a manipularme de esa forma.

Joe la abrazó, le acarició el pelo con la punta de la nariz, le besó la sien. Todavía tenía la marca del corte que había sufrido durante el desprendimiento. Cuanto más pensaba en Barrett y Carson, más rabia le daba.

—Le entregaste el carrete de los caribús.

—¿Mmm?

No había tenido intención de hablar de aquello, pero necesitaba saberlo.

—Cuando le entregaste los carretes a Carson, guardaste el del apartamento, pero ibas a darle el de las fotos para la revista.

—No tenía más remedio. Pensé que podría escamotearle uno si me daba prisa. No sé qué habrá en esas fotos, pero intuyo que algo más

que una mera canita al aire entre Blake y Billy. Además..., ese desalmado iba a matarte.

Si se paraba a pensarlo, era verdad que Carson no habría tenido inconveniente en matarlo

— Habrías permitido que te... hiciera daño dijo Joe, que no soportaba que Wendy se hubiera expuesto a que la violaran para protegerlo.

— ¿Para salvarte la vida? —Wendy lo miró a los ojos—. Sí. Pero sabía que no tendría que hacerlo. Sabía que juntos lo venceríamos. :

Juntos.

Era una opción nueva para él, con la que no se sentía cómodo. Siempre había creído que podía detener a Carson por su cuenta. En ningún momento había considerado que Wendy fuese capaz de ayudarlo. Pero eso era justo lo había sucedido. De hecho, si ella no hubiera distraído a aquel asesino, él no habría podido reducirlo sin que alguno de los dos resultara herido o muerto.

Joe cerró los ojos y trató de olvidar el miédo que había sentido cuando Carson había empezado a tocarla.

—Ven —dijo al tiempo que la hacía girar hasta ponerla encima de él. Estaba suave, cálida y adormilada. No quería dejarla marchar.

—Hazme olvidar —contestó Wendy mientras movía las caderas seductoramente sobre sus ingles—. Haz que me olvide de todo.

Lo hizo, haciéndola bajar sobre su erección, incorporándose a chupar sus pechos al tiempo que ella iba imprimiendo un ritmo mareante, hasta que el cielo empezó a darle vueltas en la cabeza.

Wendy echó la cabeza hacia atrás. De pronto, sus ojos reflejaron la explosión de luz verde que resplandeció en el horizonte.

—La aurora boreal —susurró ella sin dejar de entregarse a la marea de placer que los arrastraba.

Joe la sujetó por las caderas y empujó con fuerza hacia arriba. Solo entonces cayó en la cuenta de que no se había puesto preservativo ninguna de las veces. Se preguntó si se quedaría embarazada. Y siguió empujando.

A la mañana siguiente la realidad se impuso con una crudeza descarnada. Ni siquiera la niebla que por segundo día consecutivo lo envolvía logró ocultarla. Wendy tembló mientas Joe cerraba la cabaña y comprobaba por enésima vez el candado del baúl del porche.

-Está ahí, ¿verdad? —dijo ella.

-No se lo pueden comer los animales y está lo suficientemente fresco para que aguante hasta 'ta que llegue la policía —contestó Joe —. ¿ Tienes frío? —añadió al verla temblar.

—No..., son nervios. Vámonos ya.

—Sí, todavía faltan más de sesenta kilómetros hasta mi cabaña. Cuatro días a paso rápido.

—Tres si aprovechamos bien los días — resondió ella. Los dos estaban en buena forma y el camino que les quedaba era cuesta abajo en su mayoría.

Mi entras se dirigían de vuelta al camino, Wendy miró hacia la cabaña en la que había pasado la noche más horrible y hermosa de su vida.

Un hombre había muerto por culpa de un car rete y el hombre que lo había matado y que la acompañaba era todo cuanto temía y deseaba en esos momentos.

Anoche quise decirte algo que al final no te dije -arrancó Joe. Wendy siguió andando. No estaba preparada para aquello. O quizá sí y era lo que más miedo le daba—. Gracias — añadó.

Wendy se giró sorprendida. ¿Cómo podía ser tan tonta? Había pensado que le diría que... ¡Qué idiota!

— ¿Por qué?

—Por lo que hiciste anoche —contestó Joe.

Wendy pensó en cómo habían hecho el amor, en lo descarada que había sido la segunda vez. Pero la seriedad de Joe indicaba que no se refería a eso—. Con Carson. Hace falta mucho valor para hacer lo que hiciste. Solo quería darte las gracias.

—Trabajo en equipo, si no recuerdo mal — respondió sonriente ella.

—Sí —murmuró Joe sin devolverle la sonrisa.

Caminaron en silencio el resto de la mañana, absortos en sus propios pensamientos, conscientes el uno del otro como los enamorados que eran. Aunque para ella era diferente.

Ella nunca había sentido algo así, por eso mantenía un paso veloz, para impedir que Joe se le acercara demasiado. En un par de ocasiones, cuando había reducido el ritmo, la había acariciado, había jugado con su cabello, y ella había tenido que contener las ganas de lanzarse a sus brazos.

Cuanto más caminaban, más alta era la barrera con la que protegía su corazón. Tenía que estar preparada para cuando llegaran a la cabaña de Joe y tuviese que volver a su mundo fuera de la reserva. Se recordó que Joe Peterson había elegido aquel sitio recóndito para vivir por un motivo.

Quería ser el dueño de su propio terreno, controlarlo todo. Y eso era justo lo que no necesitaba ella.

Apenas hacían pausas, solo para hablar del camino o de la niebla. El río los acompañaba a largo de todo el trayecto, amortiguando con su corriente cualquier otro sonido. Al llegar a un giro sin visibilidad, Joe

se adelantó, dejando claro que él torcería primero.

Wendy sabía que lo que había ocurrido la noche anterior con Carson lo tenía traumatizado. Ella también lo estaba. Habían estado a punto de morir. Y por eso estaba tomando tantas precauciones ese día. Aun así, la brusquedad con la que la había sobrepasado, sin la menor explicación, la irritó.

Dobló la esquina con una mano apoyada en pistola. Wendy lo seguía de cerca. Segundospués, se llevaron la alegría de su vida.

¡Barb! —exclamó Joe al tiempo que frenaba en seco. Tanto que Wendy se desequilibró en su intento por no chocarse contra su espalda. Lo siguiente que supo era que se había caído de bruces sobre el barro, a los pies de Joe. Cuando levantó la cara, se encontró con la sonrisa luminosa de Barb, a la cual acompañaba un hombre fortachón de ojos azules y sonrisa igualmente radiante. Antes de que Wendy pudiera reaccionar, Barb le ofreció una mano para ayudarla a levantarse.

Wendy la estrechó al tiempo que Joe la agarraba por el antebrazo. Seguía quitándose barro de la ropa cuando Barb procedió a las presentaciones.

—Este es mi esposo.

— Stan Maguire —el hombretón le ofreció la mano otra vez—. Wendy, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza mientras Barb evaluaba la situación, sin pasarle desapercibido el gesto posesivo de Joe, que rodeó a Wendy por el hombro cuando Stan le estrechó a esta la mano.

—Vaya, parece que después de todo estáis bien —dijo con una sonrisa aún más amplia.

— ¿Qué hacéis aquí? —Joe retiró el brazo con brusquedad.

— Hace cuatro días, mientras examinaba los peces de la zona 34, divisé un coche en una de las calles secundarias al este de la reserva — arrancó Stan. Wendy recordó que el marido de Barb era el biólogo del Departamento de Caza y Pesca. Stan prosiguió con expresión seria —. Resultó que era robado. La policía lo registró y se encontró con esto — añadió al tiempo que sacaba del bolsillo de los pantalones la etiqueta de una maleta.

-¡Es mía! —exclamó Wendy después de leer su nombre y la dirección de la casa de sus padres.

-Sí. Y cuando abrimos el maletero encontramos el resto de tu equipaje.

-Carson —dijo Joe.

--¿Quién? —Barb frunció el ceño.

-El caso es que nos preocupamos — prosiguió Stan—. Luego vimos

tu camión y su coche aparcados también al este de la reserva y decidimos venir a buscaros.
— ¿Llegasteis al pasadizo? —quiso saber Joe.
—Sí. Ya hemos visto lo del desprendimiento, encontramos tu mochila arriba y la metí en el mi camión —informó Stan.
—Gracias —dijo Joe.
Después de encontrar el equipaje de Wendy, le supliqué al jefe que pidiera el helicoptero de Spalding, pero no hubo forma — añadió Barb.
Wendy había visto Spalding en el mapa. Era una ciudad mediana, a más de doscientos kiló-metros de distancia.
—Se negó en redondo —prosiguió Stan—. No quería armar tanto revuelo hasta estar seguro de que algo iba mal.
—Pues algo va mal —dijo Joe.
Les hizo un resumen de lo que les había ocurrido a lo largo de la semana. Barb los miraba con asombro. Cuando se enteró de lo que había sucedido en la cabaña la noche anterior, se quedó boquiabierta.
— ¡Dios mío...! — Stan se mesó el cabello—. ¿Estás bien? —le preguntó a Wendy.
— Sí. Por suerte, Joe iba conmigo —contestó mientras lo miraba a los ojos y recordaba los momentos siniestros y tiernos del día anterior.
— ¡Dios! —exclamó Barb—. Me alegro de haberte dicho que Wendy estaba aquí.
El rostro de Joe se ensombreció. Era evidente que seguía enfadado con Barb por haberle concedido a Wendy el permiso para dormir en la reserva. Rambobosques no perdonaba fácilmente.
—Vamonos de aquí —dijo y, sin especial delicadeza, agarró a Wendy de un brazo.
—Tal vez Barb y yo deberíamos ir a la cabaña y... ya sabes, precintar la escena del delito —dijo Stan—. Para un caso así, la policí acabará llamando al DNIP.
—¿«El DNIP»? —repitió Wendy, sin saber a qué se referían.
—El Departamento Nacional de Investigación Penal —explicó Joe.
—Cuestión de cinco o seis días —calculó
—No hace falta —dijo Joe por fin —. Todo está seguro. Y no hay nadie más en la reserva a parte de nosotros. Ambos continuaron la conversación unos minutos más. Joe le contó con más detalle todoo lo referente a Dwight Carson.
— ¿Conocías a ese tipo? —le preguntó Stan
—No.
— Os contaremos el resto por el camino dijo Joe —. La niebla se está levantando.

El tiempo los favoreció y, tras tres días y medio de caminata, el cuarteto alcanzó la cabaña de Joe. Wendy nunca se había alegrado de llegar a un sitio. Estaban agotados, tenía ampollas, Stan parecía a punto de desmayarse y Joe no había abierto la boca en los últirnos cinco kilómetros.

Habían pasado dos noches juntos en sendas cabañas del Departamento de Caza y Pesca y una tercera en tiendas de campaña. Desde que se habían encontrado con Barb y Stan, apenas había estado a solas con Joe, lo que quizá fuese mejor, pensó mientras lo veía cubrir los últimos metros hasta su cabaña.

Estaba serio y con ojos desconfiados, como el día en que lo había conocido, dos semanas atrás. Joe Peterson había regresado a sus dominios y a su actitud distante y controladora.

No habían vuelto a hacer el amor desde la noche en que Carson los había atacado, aunque Joe la había abrazado cada noche mientras dormía. Y la había besado cuando Wendy se lo había permitido.

No habían dejado de tantearse. Wendy sabía que las precauciones de ambos no se debían a que la presencia de Barb y Stan los cohibiera. Les habían dado numerosas oportunidades para que se escabulleran, pero ni Joe ni ella las habían aprovechado. Era como si la única noche que habían compartido hubiese sido una fantasía, como si lo hubiesen soñado todo. Y, de pronto, al cabo de apenas cuatro días, la realidad volvía a imponerse.

— ¡Mi camión! —Joe avanzó hacia el vehículo verde que estaba aparcado junto al todoterreno de Stan.

—Supuse que lo querrías, así que le pedí a Barb que te lo acercara —Stan sacó las llaves del camión y se las lanzó—. Tuvimos que dejar tu coche allí —añadió dirigiéndose a Wendy-. Joe te puede acercar mañana.

—No importa. No creo que vuelva a Nueva York hasta mañana.

Joe le lanzó una mirada que no pudo descifrar.

Pero Barb sí debió de poder, porque la cara risueña de la mujer que se había convertido en su amiga en el último par de días, compuso una expresión tipo «conque esas tenemos» al tiempo que fruncía el entrecejo.

Solo era mediodía, pero Wendy estaba exhausta, física y emocionalmente. Tenía media docena de llamadas que hacer y confirmar el billete de vuelta a Nueva York,.

Sabía que antes tendría que acompañar a Joe a la ciudad para declarar ante la policía en relación con la muerte de Dwight Carson. Joe le había asegurado que lo absolverían por tratarse de un caso

evidente de defensa propia.

Subieron las escaleras del porche, entraron en la cabaña y descargaron las mochilas nada pasar la puerta. Todos menos Joe, que apoyó una cadera en la mesa del despacho y agarró el teléfono. Segundos después estaba hablando con el Departamento Nacional de Investigación Penal de Alaska.

Wendy cerró los ojos y se hundió en el sofá, atenta a Joe mientras este relataba la situación.

— C, A, R, S, O, N. Dwight Carson, sí. El número de su carné de conducir…

Wendy desconectó. Prefería no recordar.

— Sí, iremos esta misma tarde —continuó Joe. Luego colgó y se dirigió a Wendy—. Los del departamento quieren hablar contigo… sobre otro asunto.

— ¿Sobre qué?

—No lo sé. No han querido decírmelo.

Barb farfulló algo de preparar un café y se fue a la cocina; Stan captó la indirecta y la siguió. Joe se acercó al sofá, se sentó junto a Wendy:

— ¿Estás bien?

Ella asintió con la cabeza. Después inspiró el olor sudado de la ropa, miró la suciedad que se le había metido bajo las uñas, los diversos moretones y arañazos que había sufrido en los diez días anteriores.

—Me vendrían bien una buena ducha y un gran filete.

—Deseos concedidos —Joe le dio un pellizquito en la rodilla. Después la miró con una pregunta en los ojos que ella no estaba preparada para contestar.

—Tengo que volver —dijo ella por fin.

—Pero no tan pronto.

— Sí. Necesito llamar a Blake. Tenemos que averiguar qué hay en ese carrete.

Joe introdujo la mano en un bolsillo y sacó el carrete en cuestión, el cual no le había devuelto desde el enfrentamiento con Carson.

—Forma parte de las pruebas. Se lo tengo que entregar al Departamento de Investigación.

— «Pruebas» ¿de qué? —Wendy se lo arrebató de la mano—. Antes de hacer nada, tengo que saber en qué estoy metida.

Lo miró mientras Joe consideraba su postura. Por primera vez, su compulsiva necesidad de tenerlo todo bajo control jugó a su favor.

—- El sobrino de Barb tiene un cuarto oscuro en la ciudad —dijo por fin—. Los policías locales lo utilizan cuando están apurados de tiempo y no quieren mandar los carretes al laboratorio de Fairbanks. Aunque

algo tan importante debería revelarlo un profesional.

— ¿Y yo qué soy?

— Una profesional, y de los mejores— Joe la miró con admiración.

La noche anterior, Wendy había oído de lejos como le contaba a Stan lo de las fotos de los caribús. Se había sentido tan orgullosa al notar el brillo animado de los ojos de Joe, la emoocíón en el tono de su voz mientras hablaba con su amigo.

— Entonces vamos —dijo justo antes de guardarse el carrete.

—Por la tarde. Ahora te vas a dar esa ducha mientras yo preparo filetes para todos.

Cuidado, no me tientes —Stan regresó de la cocina con los ojos iluminados en cuanto oyó mencionar la comida.

— ¿Tentarte?, ¿con qué? —preguntó Barb mientras pasaba con cuatro tazas de café.

—Con unos filetes. Pero no podemos quedarnos —Stan agarró una de las tazas y se la bebió de dos tragos—. Tenemos que volver a la ciudad. El jefe se va a poner nervioso cuando se entere de todo esto.

—Es el siguiente en mi lista de llamadas — Joe se dirigió a la cocina. Cuando regresó un minuto más tarde, Stan ya estaba abriéndole la puerta a su esposa.

—Ten cuidado, chaval —Stan le dio una palmada en el hombro—. No sabemos si ese Carson tenía amigos.

Wendy sospechaba que sí, aunque no habían tenido el menor rastro de cómplice alguno, al menos allí en Alaska. Por poco que le apeteciera, sabía que tenía que llamar a Blake. Luego se pondría en contacto con el inspector que se había encargado de investigar la muerte de Billy Ehrenberg. Pero antes tenía que saber qué estaba pasando. Sin más tardanza.

— ¿Qué tal esa ducha? —la animó Joe tras despedirse de los Maguire.

— Eh... —Wendy se había quedado repasando de nuevo los acontecimientos de la noche del apartamento de Manhattan—. Sí, suena bien —reaccionó cuando Joe le entregó un juego de toallas limpias.

— ¿Quieres que te frote la espalda? —le ofreció este antes de darle un beso en la oreja.

—No... —Wendy se alejó de sus brazos—.

— Cre… creo que necesito estar un rato a solas.

En ese momento no podía pensar en lo que había pasado entre ellos dos, en lo que había entre ellos dos. Ni siquiera podía pensar en la isla ni en las fotos de los caribús. Mientras no aclarara el embrollo de Blake, Billy y el carrete, no sería capaz de tomar una sola decisión

racional.

La mirada de Joe le indicó que se sentía decepcionado, pero que la comprendía.

— Gracias —dijo ella y se encerró en el cuarto de baño.

Media hora después se sentía una mujer limpia y envuelta en una toalla, con los dientes relucientes. Joe la estaba esperando en el salón. El olor de los filetes sobre la parrilla la hechizó.

— ¿Mejor? —preguntó él.

— Mucho mejor.

Jose abrió los brazos y esa vez ella no dudó. Se sentía insegura, necesitada de cariño, y su cálido abrazo fue como un tónico revitalizante. Joe buscó sus labios y ella cedió a un beso ardiente y desesperado.

Sabía que quería hacerle el amor. Wendy también quería, pero no todavía. Estaba aturdida, asustada, no solo por lo que sentía por él, sino de cómo acabaría todo lo que había ocurrido en Nueva York y en la reserva. Aún quedaban demasiadas incógnitas por resolver. Y la más desquiciante de todas la estaba mirando a los ojos.

— Necesito una ducha —dijo Joe—. Urgentemente.

—Que sea fría.

Joe rio y Wendy también. Era la primera vez en varios días que encontraban algo de lo que reírse. La hizo sentirse bien. Y le recordó que, cuando todo hubiese terminado, tendría toda una vida por delante de nuevo. Su vida, fuera lo que fuera lo que decidiese hacer con ella.

—Vuelvo en seguida —Joe le dio un beso fugaz sobre la frente—. Vigila los filetes.

Se olvidó de los filetes y lo miró mientras se desnudaba y se metía en la ducha. Como si fuesen pareja, Joe ni siquiera se había moles tado en cerrar la puerta del cuarto de baño. Su cuerpo musculado en estado de semiexcitación estuvo a punto de hacerla cambiar de opinión y sintió el impulso de seguirlo dentro.

Pero no lo hizo. Esperó hasta que él corrió la cortinilla y abrió el grifo. Luego se dio la vuelta y fue hacia el salón.

A esas horas estaría atardeciendo en Nueva York. Wendy reforzó el nudo de la toalla que la cubría, descolgó el teléfono y marcó un número que se sabía de memoria. No obtuvo respuesta. Una corazonada la hizo marcar un segundo número. El estómago se le encogió cuando respondieron:

— ¿Di... diga?

Apenas reconoció su voz. — ¿Vivían? —preguntó Wendy. La esposa de Blake no solía tener idea de dónde estaba marido, pero merecía la

pena intentarlo—,Vivi a n, soy Wendy.

— ¡Wendy ¡Oh, Dios!

— ¿Qué pasa, Viv? ¿Dónde está Blake?, ¿estás ahí? Necesito hablar con él.

— ¿No lo sabes?

— ¿Qué es lo que no sé?

Joe salió del baño goteando, con una toalla a la altura de la cintura. El grifo seguía abierto.

— Nos hemos quedado sin cham... —dejó la frase en el aire al observar la cara de Wendy.

Esta devolvió la atención al auricular. Vivian se atropellaba al otro lado de la línea.

— Más despacio, Viv. Tranquila. ¿Dónde está Blake?

Joe acercó a ella, intrigado.

— ¡ Dios mío! —exclamó Wendy al oír la respuesta de Vivian.

— ¿Qué?, ¿qué —¿pasa, Wendy? —preguntó Joe al tiempo que la sujetaba.

—Blake... —Wendy dejó caer el teléfono. Se dejó caer a sí misma en brazos de Joe—. Está muerto.

CATORCE

EM PIEZA de cero —Joe ayudó a Wendy a sentarse en el sofá.

Se dio cuenta de que estaba temblando y agradeció que Joe le hubiera dejado el albornoz que había sacado de su cuarto. Olía a él Weny se arrebujó dentro de la prenda y puso los pies descalzos sobre el sofá.

Cuéntame todo lo que te ha dicho — insistió Joe mientras se sentaba a su lado. La rodeó con naturalidad por los hombros y la atrajo hacia sí. Wendy no se resistió.

—Dijo... dijo que hacía casi tres semanas que Blake no aparecía.

—Y esta Vivian, su mujer, estaba preocuda....

—No —Wendy negó con la cabeza—. Blake se marchaba cada dos por tres sin decirle a donde iba.

—Un tipo agradable —murmuró con sarcasmo Joe—. Toma, te sentará bien —añadió mientras le ofrecía una nueva taza de café.

—Gracias — Wendy dio un sorbo y se calentó las manos contra la loza de la taza.

— ¿Y luego?

— Se presentó la policía. Ayer, si no me equivoco. No había quien la entendiera. Estaba nerviosísima. El caso es que habían encontrado el cuerpo de Blake en el bosque, a un kilómetro de su casa, en Connecticut -explicó Wendy—. Blake tenía un apartamento en pleno centro, pero Vivian y los niños...

No soportaba pensar en los niños. Nunca podría perdonarle haberla involucrado en aquel lío, pero tampoco había llegado a desear le la muerte.

—Lo asesinaron —dijo Joe.

—Vivian dice que la policía creía que había sido un accidente. Que había salido a hacer un poco de senderismo y...

— ¿No dijiste que Barrett no andaba más que del taxi a su casa?

—Y es verdad: es incapaz de dar dos pasos seguidos —Wendy lo miró—. Quiero decir, que era incapaz de hacerlo.

En las últimas semanas había empezado a pensar en Blake en tiempo pasado, pero solo porque lo había expulsado de su vida, no porque estuviera muerto. Una ironía macabra.

—Lamento que esté muerto.

— ¿De verdad? —preguntó ella. Era la primera vez que Joe expresaba algo que no fuera hostilidad hacia su antiguo jefe.

— Por supuesto que sí. Estaba deseando tener una conversación con

esa sanguijuela para que me explicara en qué estaba pensando cuando te involucró en todo esto.

— Wendy bajó la taza—. ¿Y cómo tener esa conversación exactamente por teléfono?

— No, estaba pensando en ir a Nueva York contigo y arreglar las cosas —contestó y empezó a discutir—. Da igual. Ahora solo tenemos el carrete.

¡ No ¡ — exclamó de pronto Wendy—. ¡La carta! ¡Tenemos la carta de Blake!

— Un momento —Joe la siguió al teléfono, qye ua había descolgado para marcar el númro de sus padres—. Decías que la habías tirado.

— Sí, pero... ¿a qué estamos hoy? —preguntó tras terminaba de marcar. Sabía que era catorce de agosto, pues sus fotos tenían que esta en la revista el veintiuno como muy tarde y había llevado la cuenta de la fecha—. A qué día de la semana, quiero decir.

— No sé, miércoles —Joe miró el calendario de la mesa del despacho para asegurarse.

— ¿ Mamá? —Wendy trató de recordar — cuando se llevaban el cubo con la basura recicaable. Sabía que lo recogían dos veces al mes.

— ¿Wendy? ; Wendy! Estábamos muy preocupados. La policía ha llamado preguntando por ti y...

—Ahora no, necesito un favor.

—Wendy, ¿qué pasa? —Joe pegó la oreja al auricular para poder oír la conversación.

—Y ese señor tan horrible vino a buscarte la mañana después de que te fueras. Era enorme y tenía una mirada...

—Carson —susurró Joe.

—Espera, mamá. Necesito que me hagas un favor —Wendy le explicó que había tirado la carta de Blake a la papelera de reciclaje sin leerla. Le rogó a su madre que fuese a buscarla.

— ¿Tenéis fax en casa de tus padres? — le preguntó Joe mientras esperaban.

—No, pero hay uno en la fotocopiadora en la ciudad. Puede mandárnoslo desde ahí.

—Estaba hecha una pelota arrugada, pero aquí la tengo —dijo la madre tras ponerse de nuevo al teléfono—. ¿Wendy?

Con toda la paciencia de que fue capaz, ésta le pidió a su madre que fuera a la fotocopiadora de la ciudad y les enviara la carta por fax.

—De acuerdo, pero aun así me gustaría que me contaras... —la frase quedó suspendida en el aire.

— ¿Wendy? —sonó la voz de su padre.

— Es mi padre —le susurró Wendy a Joe.

— Dame, deja que hable con él —dijo este, arrebatándole el auricular de la mano.

Se pasó los siguientes cinco minutos fulminándolo con la mirada mientras Joe mantenía la clase de conversación de hombres a hombre que tanto entusiasmaban a hombres como Joe y su padré. Joe acabó asegurándole a su padre que cuidaría de ella, que se ocuparía de todo.

— ¿Contento? —le espetó Wendy cruzándose de brazos cuando Joe hubo colgado.

— Sí, Ya están camino de la fotocopiadora. ? Tendremos el fax dentro de veinte minutos. ,

No sabía si darle un abrazo o una bofetada. Aquel hombre era incapaz de dejar que ella se ocupara de nada por su cuenta. W7endy se dio cuenta de que parte del problema era ella. Estaba teniendo una reacción desproporcionada. Y así había dio desde que lo había conocido. Estaba tan empeñada en no permitir que nadie volviera a controlarla que se disparaba cada vez que Joe intentaba ayudarla.

— ¡Los filetes! —exclamó Joe tras olfatear y ver la ventana el humo que salía de la barbacoa.

— Lo siento —Wendy arrugó la nariz al percibir el olor a quemado —. Me temo que me olvié de ellos.

—No pasa nada. Tengo más en la nevera —Joe la estrechó entre sus brazos y la beso.

Wendy se dejó e inspiró la fragancia del jabón sobre su piel cálida —, ¿Por qué no te vistes? En el armario hay ropa de Cat que puede servirte. Y esta noche haremos la colada.

—Gracias —Wendy miró la toalla que rodeaba la cintura de Joe y pensó fugazmente en lo que había debajo—. Tú también deberías ponerte algo. Vas a resfriarte.

Joe la siguió con la mirada mientras Wendy iba a la habitación a cambiarse de ropa. El brillo fogoso de sus ojos hacía improbable la posibilidad de resfriarse.

Justo cuando iban a hincarle el diente a segunda tanda de filetes, empezó a sonar el fax. Wendy se levantó con tal ímpetu de la mesa que volcó su vaso de leche.

— Déjalo —dijo Joe, y la siguió hasta la zona del despacho.

Miraron la máquina mientras salían las páginas. Joe tuvo que controlarse para no sacarlas antes de que terminaran de imprimir. La carta era de Wendy, se recordó, y esíta había dejado claro que la pesadilla en la que estaba metida era asunto de ella, no de él, por muchas ganas que tuviese de solucionárselo.

No había dejado de recriminárselo con la mirada mientras hablaba

por teléfono con su padre. De acuerdo, podía ser que hubiera excedido los límites un poco, pero solo quería ayudarl ¿Qué había de malo en eso?

La quería. A esas alturas, lo sabía sin ningún génro de duda, cosa que lo desgarraba, sabía que si se lo decía, Wendy se espantaría como un reno asustadizo. Aunque se iba a marchar de todos modos. Al día siguiente según sus planes.

— Ya está —Wendy sacó las páginas del fax y volvió a ciegas hacia el sofá, con la vista clavadas en las letras.

Se sentaron juntos.

— No... no puedo —dijo, y sorprendió a Joe colocando la carta sobre el regazo de éste — ¿Me la puedes leer, por favor?

— Porr supuesto —contestó al tiempo que la rodeaba con un brazo y la apretaba contra su cuerpo. Muy bien, allá voy: «Willa» — arrancó y se frenó acto seguido, desconcertado por el uso del pseudónimo. No se llamaba a Willa. Era Wendy. Su Wendy.

Miró a la mujer menuda de la que se había enamorado y se preguntó qué clase de vida habría llevado en Nueva York. Sabía que no sería como había imaginado en un principio. Su obsesión con la muerte de Cat, la vida alocada que su hermana había llevado y los artículos de los periódicos le habían hecho formarse una imagen distorsionada de ella. Pero ya no.

En los últimos once días, Wendy solo había dado señales de sentido común, tenacidad y valor. Un valor excesivo en ocasiones, pero no por ello menos admirable. Era una buena persona. Una mujer que quería que formase parte de su vida.

Devolvió la atención a la carta y se extrañó de no encontrar ningún encabezamiento. Nada de «querida Willa», solo Willa. Siguió leyendo:

—«No sabes cómo siento...»

— Sáltate esa parte —atajó Wendy—. No quiero oír sus disculpas.

Joe echó un vistazo a las primeras diez, doce líneas, y pasó a la siguiente página.

—Bien, empezaremos por aquí entonces.

Leyó la carta despacio, haciendo algúnas pausas para descifrar la caligrafía. Parecía como si Barrett hubiese estado temblando como una hoja al escribir. Miró otra vez la primera página y se fijó en la fecha. Justo diez días antes de que Wendy saliera de casa de sus padres, en Michigan, rumbo a Alaska. Se pregunto cuánto tiempo habría pasado desde que Barret había escrito la carta hasta su muerte.

No mucho, pensó, dado el contenido de aquellas líneas. Podía ser que Barrett hubiese sido un buen fotógrafo, pero los negocios no se le

habían dado igual de bien. Se había arruinado tratando de ampliar su agencia. Al parecer, Vivian se había opuesto a seguir financiándole y los bancos se habían negado a respaldarlo, de modo que había acabado pidiendo una suma enorme de dinero a un prestamista.

—Un prestamista mafioso —leyó Joe.

— Dios, no tenía ni idea.

La carta explicaba la difícil situación en la que se había metido, que no había sido capaz de devolver lo que debía. Como muestra de su buena fe, se había prestado a trabajar para los mafiosos. En concreto, había accedido a grabar una cinta de vídeo clandestina con Billy Ehrenberg para vendérsela a un coleccionista privado, cliente de la mafia.

—No quiero ni pensar qué significa eso — mumuró Wendy.

Joe tampoco quería, pero siguió leyendo:

«Se suponía que Billy no tenía que saber que lo estaba grabando. Cuando llegaron los matones y se enteró de todo, se volvió loco. Yo había hecho algunas fotos con mi cámara pensando que sería divertido quedarme con algunas. Puse la cámara en automático y la disimule colocándola en la estantería. Te juro por Dios que si hubiera sabido que esto iba a pasar, nunca te habría...»

—Para —dijo Wendy—. No sigas —añadió con los ojos cerrados mientras se masajeaba las sienes.

Joe leyó en silencio el resto de la carta.

—No hay nada más. No dice qué pasó luego, nada de las drogas. Nada más excepto...

-«Tienes que devolverles el carrete. Al principio no me di cuenta de que lo tenías. Pensaba que se lo habían llevado ellos, pero no. Lo que hay en ese carrete los compromete. Sé que lo tienes tú. Y ellos también lo saben. Estos tipos no se andan con bromas, Willa».

—Eso está claro —dijo Wendy justo antes de apartarse de Joe.

Este dobló las páginas del fax y se las guardó en el bolsillo de la camisa. Podía imaginarse las fotos que habría en ese carrete: una secuencia completa del asesinato de Billy Ehrenberg.

—Olvídate de lo de revelar las fotos en el cuarto oscuro. Tenemos que entregar el carrete a la policía.

—Lo sé —Wendy se levantó—. Cuanto antes, mejor.

— ¿No quieres terminarte el filete?

—Se me ha quitado el hambre —contestó ella.

Estaba pálida, se movía con pesadez. Joe sabía que el esfuerzo físico de los anteriores días, unido a la tensión por la agresión de Carson, la carta de Barrett, el carrete y la relación que había surgido entre ambos era demasiado para digerirlo de golpe.

—Ya pararemos en la ciudad a picar cualquier cosa —Joe le agarró una mano con delicadeza y la condujo hacia la puerta.

Permaneció como anestesiada durante las dos horas y media que tardaron en llegar a la ciuad. Charlaron de cosas triviales. Wendy le pidió que le hablara de la época de la universidad y sus primeros años en el Departamento de Caza y Pesca. Le preguntó por sus comidas favoritas, adonde había viajado, el tipo de libros y películas que le gustaban... Lo que fuera con tal de mantener la cabeza ocupada. Joe participó con gusto en el intercambio de información. Le preguntó por su vida en Nueva brk, a qué se dedicaba antes de irse a vivir allí, como había sido su infancia en Michigan...

Resultaba asombroso cuánto tenían en común. Claro que no era nada que no supiera ya, pensó Wendy. Después de una semana y media sin separarse de Joe, había llegado a conocerlo bien.

Se sentía algo mejor cuando llegaron a la ciudad. Wendy se dio cuenta de que era la primera conversación que no partía de una situación de vida o muerte o de algún malentendido sobre los motivos del otro para actuar de un modo determinado. No era más que una conversación normal entre dos personas que sentían interés la una por la otra. Era agradable.

Y a él también le gustaba, si no se equivocaba. Por primera vez desde que habían hecho el amor cuatro días atrás, Joe había bajado la guardia. No estaba intentando dominarla a ella ni dominar la situación. Estaba relajado. Lástima que todo fuese a acabar.

Joe tomó la desviación de la autopista hacia la carretera de guijas que conducía al centro adormecido de la ciudad. Wendy había parado allí a la ida y se acordaba de la gasolinera de la esquina y del café que había al final de la calle principal.

Pasaron por la estafeta de correos, por el Departamento de Caza y Pesca en el que Wendy sospechaba que vivirían Barb y Stan, frente a una dependencia pequeña de la policía que tenía jurisdicción en ciudades en las que no había suficiente gente para contar con toda una comisaría.

—Quiero enseñarte una cosa antes de entrar.

— ¿El qué? —preguntó Wendy mientras Joe seguía conduciendo hasta salir de la ciudad.

Ahora verás.

Pasaron un pequeño cementerio y Wendy se preguntó si Cat estaría enterrada allí. No apartó la mirada del volante mientras subían una colina con árboles y chalés. Por fin giró hacia un sendero polvoriento.

-¿Adonde vamos?

A mi casa.

¿Tú casa?

Sí —Joe sonrió—. La construí antes de que Cat muriera. La terminé, pero nunca llegué a mudarme.

Wendy se quedó sin respiración cuando Joe paró frente a una impresionante casa de troncos de madera, de las que aparecían en las revistas y parecían un sueño. Tenía dos plantas, chimenea y un tejado de tablillas con mucha inclinación.

— Era una maravilla. ¿Cuánto tardaron en hacertela?

—No me la hicieron. La construí yo. Wendy bajó del camión. Para cuando terminó de mirar las vigas que sujetaban el porche cubierto, Joe ya había abierto la puerta.

— Estará fría. Hacía mucho que no venía.

Cuando dices que la has construido, quieres decir con tus propias manos?

—Bueno — Joe sonrió mientras le daba la mano y la invitaba a cruzar el umbral—, usé herramientas eléctricas. Una cosa es que haya vivido relativamente solo y otra que sea un hombre de las cavernas. Stan me ayudó mucho. Y otros hombres de la ciudad.

Todo el interior era de maderas cálidas, con habitaciones espaciosas, abiertas al exterior y luminosas. Las vigas del techo estaban a la vista.

Wendy abrió una puerta que pensó quedaba acceso a un cuarto de baño.

— ¿Qué es?, ¿un almacén?

— Supongo. Es grande, ¿verdad? No sé que hacer. Es demasiado espacio para un armario. Wendy entró en la pieza y encendió la luz.

—Es perfecto —dijo de pronto.

— ¿Para qué? No puedo utilizarlo como dormitorio. No tiene ventanas.

—Por eso es perfecto. Como cuarto oscuro —Wendy se lo imaginó. Nunca había tenido un cuarto oscuro, pero había fantaseado con tenerlo desde que era adolescente.

—No se me había ocurrido —Joe la rodeó por los hombros y la atrajo contra su cuerpo.

Wendy sintió su piel cálida, su beso suave bajo la oreja, y se giró hacia él.

—No me refería...

Pero Joe la acalló posando la boca sobre sus labios. La recorrió con ambas manos mientras la empujaba hacia la pared y profundizaba el beso.

—Joe —susurró ella mientras intentaba librarse de su abrazo. Cuando juntó las caderas contra su cintura, notó lo excitado que

estaba y el deseo prendió también en su interior. Le devolvió el beso —. ¿No crees..., la policía... deberíamos...?

Joe se apoderó de sus pechos y la hizo gemir de placer. Estuvo tentada de abandonarse.

—No —dijo Wendy por fin al tiempo que le daba un empujón en el pecho.

Joe retrocedió.

— Tenemos que ir a la policía. Y mañana tengo que marcharme.

Tenía que marcharse a Nueva York. No dijo marcharse a casa, porque justo la que había construido el hombre que la estaba mirando con algo más que deseo parecía el hogar de sus sueños.

Dos patrulleros de la policía, el camión de Stan y un coche con matrícula del gobierno llenaban el aparcamiento de la dependencia policial, la estafeta y el Departamento de Caza y Pesca. Joe aparcó en el único hueco libre que quedaba y salieron.

—¿Estás preparada? —preguntó Joe y le agarró una mano.

—No, pero quiero quitármelo de encima.

—El sargento con el que vas a hablar es amigo mío, un hombre muy simpático. No tienes que preocuparte por nada. Solo dile la verdad.

—Gracias por estar conmigo, Joe. Sé que esto no ha sido fácil para ti. Y yo tampoco te lo he puesto fácil.

Desde que se habían conocido, no había dejado de lanzarle señales contradictorias. Y había vuelto a hacerlo hacía unos minutos, en la casa. Lo deseaba, en realidad lo necesitaba; pero no quería quererlo ni necesitarlo. Era una auténtica locura.

—Es que... estoy un poco confundida — se disculpó—. Necesito aclarar mis ideas.

—Lo sé —Joe le dio un pellizquito cariñoso en la mano y la soltó—. Sabes que estoy aquí si me necesitas. Y si no, intentaré no desquiciarte mucho ayudándote.

—Gracias — Wendy no pudo evitar sonreír.

—No hay de qué —Joe le abrió la puerta entraron.

QUINCE

DESPUÉS de prestar declaración y entregar el fax y el carrete, Wendy y Joe salieron de la pequeña dependencia policial.

El sargento local, amigo de Joe, los había entrevistado por separado. También los había interrogado un investigador del Departamento Nacional de Investigación Penal y un agente sel FBI, y se habían puesto en contacto con el inspector de Nueva York que investigaba las muertes de Billy Ehrenberg y, posteriormente, Blake Barrett.

El interrogatorio había sido más suave de lo que Wendy había previsto. Un helicóptero con el investigador a bordo y una unidad de la policía de Fairbanks ya estaba camino de la reserva para verificar los testimonios de Joe y Wendy y llevarse el cuerpo de Dwight Carson.

El inspector de Nueva York le había dicho a Wendy que la autopsia de Blake revelaba que su muerte se había producido a consecuencia de un acto homicida. Carson estaba implicado. Presunto asesino de Blake, tenía una hoja entera de antecedentes penales y estaba relacionado con la mafia.

Habían encontrado sus huellas en el apartamento de Wendy, en su bolso y en el equipaje que acababan de devolverle y que Joe estaba metiendo en esos momentos en el maletero del camión.

— ¿Y ahora qué? —Wendy se apoyó contra el camión.

— Son más de las seis —dijo Joe mientras la estrechaba contra el pecho—. ¿Qué tal si comemos algo? En el café de abajo hacen unas hamburguesas de reno para chuparse los dedos.

—Perfecto —contestó Wendy. Una vez que había pasado lo peor, tenía un hambre canina.

—Además, así hacemos tiempo mientras revelan el carrete. Barb salió hace una hora con otro agente federal.

— ¿Han ido al cuarto oscuro de su sobrino?

—Sí. No tardarán en volver. Nos han dado permiso para irnos, pero supongo que querrás, esperar hasta saber qué hay en las fotos.

—Sí. Gracias.

— Vamos —Joe la rodeó por la cintura y echó a andar calle abajo—. Podría comerme un caballo.

—Hasta un reno —bromeó ella. Pero se les quitaron las ganas de reír cuando, una hora después, el sargento entró al café.

— ¿Y bien? —preguntó Joe. Teníais razón. Había cerca de cien fotos, disparadas automáticamente a intervalos de treinta segundos

durante una hora.
— ¿Cerca de cien? —se asombró Joe.
Son carretes profesionales. Los fotógrafos pueden hacer carretes con el número de exposiciones que quieran —explicó Wendy. La hamburguesa se le acababa de atravesar en el estómago—. ¿Y?
— Ehrenberg fue asesinado. Carson aparereció con uno de sus secuaces y el chico perdió la cabeza. En las fotos se ve cómo descubre la cinta de vídeo e intenta destruirla. Carson se cansó y empezó a golpearlo. Debieron de pensar que iría a la policía. Carson le apuntó a la cabeza con con una pistola y lo obligó a esnifar gramos de papelinas de Barrett.
—Suficiente para matarlo —comentó Joe.
— Exacto.
—Pobre Billy —lamentó Wendy.
— Es os agentes de Nueva York son eficaces — dijo sargento—. Ya han detenido al prestamista y al «coleccionista privado».
—Pobres padres —lamentó Wendy.
— ¿Los de Billy? —dijo Joe y ella asintió líibeza —. Me hago una idea.
—Demasiados parecidos, ¿no? —el sargento se levantó y le dio una palmada a Joe en el hombro.
Wendy comprendió que el policía debía de haber conocido a Cat.
—Sí y no. Billy Ehrenberg no sabía en que se estaba metiendo. Cat sí.
—Lo siento mucho —volvió a lamentarse Wendy. Estiró la mano sobre la mesa y la alivio que Joe la agarrara—. No quería arrastrarte en todo esto.
—Habría dado igual —dijo el sargento camino de la salida—. Cuando Peterson quiere meterse en algo, se mete. ¿Me equivoco?
Wendy miró a Joe a los ojos.
—No.
Permanecieron en silencio durante el viaje de vuelta a la cabaña.
Stan y Barb se habían dejado caer por el café antes de que se marcharan y Wendy les había preguntado si podía quedarse con ellos esa noche. Había alegado que le sería más la fácil recoger su coche desde la ciudad y así podría salir temprano hacia Anchorage y tomar el vuelo de vuelta a Nueva York.
Joe se había opuesto y, tras diez tensos minutos en los que Barb y Stan habían tenido el buen juicio de no intervenir, Wendy había accedido a volver a la cabaña con él a pasar la noche.
También se había encargado de pedir a la policía que le llevaran a la reserva su coche de alquiler

Los sorprendió encontrárselo con las llaves dentro de un sobre en el buzón, cuando aparcaron poco después de las diez.

Las nubes oscurecían los últimos reflejos del crepúsculo, pero aún había luz suficiente. Aquí dormirás mejor —dijo Joe al tiempo que agarraba el equipaje de Wendy y se encaminaba hacia la puerta—. Estarás más tranquila.

—No es que vengamos de una metrópolis — replicó ella.

Joe se encogió de hombros, sabedor de que no tenía una buena excusa que presentarle para que pasara la noche con él, salvo que eso era justo lo que quería. Pero no se lo había dicho a las claras.

La cabaña estaba fría, así que, después de dar la luz y revisar el contestador automático, que, gracias a Dios, no había ningún mensaje, encendió la chimenea.

Wendy se quitó la chaqueta y las botas y fue a la cocina. Joe la oyó fregar los platos que habían utilizado durante la comida. Como en los días que habían pasado en la montaña, se repartían las tareas con una naturalidad muy placentera.

Era extraño. Joe nunca se había imaginado formando parte de una pareja. Mucho menos durante el último año, en el que había vivido como un monje. Pero tampoco antes de que muriera su hermana había tenido relaciones duraderas. Nunca lo había considerado prioritario. Tal vez no había encontrado a la mujer adecuada.

Cuando ella regresó, secándose las manos en una vieja sudadera de Joe que había elegido ponerse por la mañana, este recordó la emoción de Wendy al ver su casa de madera y supo que ya había encontrado a esa mujer.

— ¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Nada —Joe echó otro leño al fuego y se acercó a Wendy.

—Pues no me mirabas como si nada.

—Tienes razón —reconoció él—. La verdad es que solo he insistido en que pasaras esta noche aquí porque... quería que te quedaras.

—Ya lo sé —Wendy lo miró con esos ojos inocentes, seductores, increíblemente azules.

Joe la agarró por la cintura y ella puso las manos sobre sus bíceps. La fue empujndo, apagando las luces a medida que la hacía retroceder. Le dio tiempo suficiente para retirse, pero no lo hizo.

—La otra noche... acababas de pasar por un infierno. Necesitabas a alguien y yo estaba a mano. Y te deseaba. Como te estoy deseando ahora.

— Joe...

Déjame terminar —dijo, y se paró junto a su habitación, apoyándola contra el marco— Esa noche me necesitabas, pero esta vez quiero que

me desees. Y si no…

Te deseo — atajó Wendy al tiempo que le iba a la nuca con las manos.

Y luego lo besó.

DIECISEIS

SABÍA que había traspasado el límite, pero no pudo pararse. Hacer el amor con Joe esa noche haría aún más difícil lo que tenía que hacer al día siguiente. Todavía estaba a tiempo de apelar a la cordura, de alejarse de él y repasar las razones por las que Joe no le convenía.

Pero no pudo. Sencillamente, no podía. El calor de su cuerpo, su lengua dentro de su boca, sus manos por todo el cuerpo avivaron todavía más el deseo de Wendy. Jamás se había sentido así con ningún hombre. Ni siquiera lo había creído posible.

Sin más preámbulos, Joe la levantó en brazos y la llevó hasta la cama. La luz de la luna se colaba a través de las ventanas, bañando el dormitorio de sombras y reflejos altérnativamente. Los ojos de Joe relucieron cuando la posó sobre las sábanas revueltas y empezó a desvestirla.

No hablaron, solo se miraban, se tocaban, se besaban con ternura mientras Wendy le desabrochaba los botones de la camisa y él le bajaba los pantalones. Una vez desnudos, Joe se situó encima y la besó con urgencia compartida. Wendy separó las piernas en un movimiento instintivo y le rodeó con ellas las caderas atrayéndolo hacia su interior. Su erección aumentaba como un martillo de terciopelo contra su piel.

Todavía no —susurró Joe, cambiando la postura para no mantener un contacto tan directo. Con mortificante autocontrol, se embarcaron en un viaje de besos delicados por su garganta, sobre la superficie sensible de sus hombros, para desviarse acto seguido hacia sus pechos.

Joe —Wendy cerró los ojos y arqueó la espalda mientras él jugueteaba con sus pezones chupándolos y mordisqueándolos intermitentemente. Brillaban de saliva. La miró con una voracidad que ya había visto en sus ojos.

Sin tiempo para respirar, bajó hacia su estómago y paseó la lengua por su ombligo antes de acariciarle con la nariz el triángulo de vello que protegía su sexo.

Ella estuvo a punto de caerse de la cama.

— Tranquila.

Joe la agarró, besó el interior de sus muslos y la obligó a separarlos mientras aplicaba la lengua sobre ella. Se movía con suavidad pero implacablemente. La tensión sexual aumentaba de forma casi dolorosa. El climax la pilló por sorpresa. Casi perdió el sentido,

consciente apenas de haber gritado su nombre mientras enredaba los dedos en su cabello.

—No... no tengo preservativos —dijo Joe tras situarse encima de ella. A la luz de la luna, parecía un lobo salvaje, con el pelo sobre los ojos, la cara bruñida de sudor, deseo y necesidad.

—No importa —se oyó responder Wendy.

Un segundo después él estaba dentro.

Se quedó sin respiración. Se deshizo por completo cuando Joe empezó a arremeter, con más violencia esa vez, al tiempo que clavaba las uñas en sus bíceps y le atenazaba la cintura entre las piernas con tal fuerza que resultaba milagroso que pudiese moverse.

Wendy se ajustó a su ritmo y se obligó a mantenerle la mirada para mostrarle lo que le estaba haciendo, lo que sentía por él y no podía describir con palabras.

—Te quiero —susurró Joe por sorpresa, y ambos cayeron por el precipicio.

Luego la abrazó durante mucho rato, en silencio, abrigando su cuerpo acurrucado. Acariciándole un muslo, pasando la nariz por su cabello, dándole besos y mordisquitos en el lóbuo de la oreja.

—Quédate conmigo —dijo—. No vuelvas.

—Sabes que tengo que hacerlo.

—Entonces deja que vaya contigo.

—No —Wendy se giró entre sus brazos para poder mirarlo—. Joe, tengo que hacer eso sola.

— ¿Hacer qué?, ¿prestar declaración un par de veces y pasarte horas sentada en una comisaria con un puñado de policías mientras repasan los detalles?

— Quiero hablar con Vivian, aunque no vaya al funeral de Blake — dijo Wendy, si bien no estaba segura de acudir—. Tengo que revelar las fotos de los caribús y entregarlas a la revista. Y luego están mis padres. Debo llamarlos, explicárselo todo. Y decidir qué hago con mi apartamento.

Porque no iba a poder seguir viviendo en el piso que había ocupado hasta entonces con el sueldo que le había ofrecido la revista. Tenía un millón de cosas pendientes, y la más importante de todas era pensar con claridad, cosa no podía hacer estando con Joe.

— Puedo ayudarte. Me gustaría hacerlo. ¡Te quiero, maldita sea! ¿No me has oído?

Wendy hizo ademán de salir de la cama, pero Joe la retuvo. Aunque se resistió, la tumbó contra el colchón y se puso encima de ella.

— ¡No!, ¡suéltame! ¿Es que no lo entiendes?

—Lo único que entiendo es que quiero que formes parte de mi vida

—dijo y la besó con ferocidad.

Wendy dejó de luchar, se entregó a sus brazos.

—Pero antes tengo que enderezar mi propia vida —dijo ella—. He cometido errores, he tomado decisiones equivocadas que me han metido en problemas. Han muerto tres personas.

—Nada de eso es culpa tuya.

—Directamente no, pero estoy implicada. No puedes ocuparte de esto, por más que quieras, Joe. Tengo que solucionarlo yo sola.

— ¿Tan terrible es que quiera arreglarlo yo? —preguntó mientras se apoyaba sobre un costado.

— Sí, en este caso sí. Por dónde está mi vida y dónde está la tuya.

—Yo estoy aquí —dijo Joe—. Estoy aquí y quiero que estés conmigo.

Cerró los ojos y se preguntó qué pasaría di accedía. Quería hacerlo más que nada en el mundo, lo cual la asustaba más que sus sentimientos hacia Joe y los de este hacia ella, que sospechaba confusos.

—Amar a una persona no es lo mismo que mantenerla a salvo, escondida en medio de la nada, Joe, donde crees que puedes protegerla del resto del mundo —dijo Wendy. No había querido ser tan explícita, pero no le había dejado otra opción. Joe la miró y, por la expresión de sus ojos, supo que le había hecho daño—. No hablemos más de esto —añadió al tiempo que le apartaba un mechón de pelo que caía sobre los ojos, antes de darle un beso suave en la boca.

No respondió. Wendy buscó sus labios de nuevo, con más pasión, y esa vez sí reaccionó: sus lenguas se acoplaron en un beso agridulce, deslizó la mano por su cuerpo con precaución, pidiendo permiso, como si estuvieran empezando.

Y, de alguna forma, así era. En los últimos días habían compartido un torbellino de emociones desgarradoras. Joe le había hecho un hueco en su corazón y ella era incapaz de sacárselo del suyo.

Hicieron el amor, despacio en esa ocasión, mirándose a los ojos. Y esa vez no le cupo duda de lo que sentía por Joe.

Lo amaba.

El ruido del motor lo despertó poco antes de que amaneciera. El coche de Wendy. El espacio vacío de la cama en el que había dormído aún conservaba el calor de su cuerpo.

Se obligó a no ir tras ella, a seguir tumbado, envuelto en las sábanas impregnadas de olor a sexo, hasta que la oyó cerrar la puerta de su Explorer, arrancar y... marcharse. ;

Tres días más tarde, de pie junto a la tumba de su hermana, contemplando la salida del sol sobre un horizonte helado, Joe supo

que Wendy había hecho lo correcto. Él vivía solo en aquella cabaña por algo.

Sabía que Wendy creía que se estaba escondiendo, que se estaba protegiendo del mismo modo que había querido protegerla a ella. Tal vez hubiera parte de verdad en eso, tal vez había llegado a creer que le gustaba ese estilo de vida. Pero no era la auténtica razón por lo que había dejado su anterior trabajo y había solicitado la plaza en la reserva.

Se estaba castigando.

Mientras se arrodillaba y colocaba un ramo de flores sobre la tumba de Cat, afrontó el hecho de que llevaba años castigándose; no por sus errores sino por los de su hermana. Errores que habían acabado con su vida.

De pronto comprendió que por dura que fuese su penitencia, nada le devolvería a Cat.

ni lo absolvería de su sentimiento de culpa, porque no existía un motivo verdadero para sentirse culpable.

Se había hecho responsable de los actos de su hermana cuando en realidad no lo era. Aunque hubiese intentado se su tutor, no había sido más que su hermano. Y, en conjunto, si echaba la vista atrás, podía afirmar que había sido un hermano muy bueno.

—Descansa en paz, pequeña —le dijo a Cat mientras se ponía de pie y se imaginaba la respuesta de ella.

—Descansa tú también —le habría dicho. Luego, mientras regresaba a la reserva, un impulso lo hizo desviarse por la carreterita que conducía a su casa de madera. La casa que había construido con sus propias manos.

Tiempo atrás había estado ansioso por vivir alí. Y aunque hacía más de un año que no lo consideraba, de pronto se lo estaba planteando. Se le había ocurrido la noche anterior mientras miraba a Wendy pasar la mano por vigas vistas del porche. Ella también lo había pensado. Lo había leído en sus ojos y en su cara cuando, juntos y de la mano, habían cruzado el umbral.

Entró en el recibidor y, al mirar la chimenea, se imaginó la repisa llena de fotos de animales hechas por Wendy.

Abrió la puerta del espacio bajo las escaleras y se imaginó que era su cuarto oscuro. Pensó en cómo sería volver a casa después del trabajo cada día y encontrársela allí.

—Sí —murmuró Joe mientras iba de habitación en habitación, imaginándose los toques femeninos que Wendy les daría, imaginándosela en la mesa de la cocina u ovillada en el sofá.

En la cama. La cama de los dos.

Cuando pisó el freno en el aparcamiento del Departamento de Caza y Pesca de la ciudad, seguía imaginándose todo tipo de cosas. Cosas maravillosas, cosas imposibles.

—Posibles —se corrigió, y subió las escaleras del edificio.

Era domingo, pero las luces de las oficinas estaban encendidas y la puerta, sin cerrojo. La abrió y se dirigió directamente al salón.

— ¡Eh! —oyó que lo llamaban desde uno de los despachos. Se giró hacia atrás y vio los rizos negros de Barb—. ¿Pasa algo?

—Todo —contestó, y continuó hasta el salón, seguido de cerca por Barb. Buscó con la mirada el tablón de anuncios de la pared, repleto de comunicaciones oficiales del departamento y arrancó la solicitud para un puesto en el ayuntamiento. Su antiguo puesto.

— ¡Joe! —exclamó maravillada Barb mientras este se guardaba la solicitud en un bolsillo—. ¡Vas a volver!

— Sí, prepárate —dijo, y echó a andar por el pasillo hasta su antiguo despacho.

— ¡Qué alegría! ¡A Stan le va a dar un ataque ¡

— Dile que no lo tenga todavía —contestó mientras descolgaba el teléfono. Apoyó una cadera en su antigua mesa de trabajo y marcó un número. Se sentía bien, genial. Hacía tanto tiempo que ya ni se acordaba de cuánto lo había echado de menos.

— ¿Estás llamando al jefe? Se negó a contratar a nadie para sustituirte. Siempre ha dicho que volverías cuando estuvieras preparado. Que solo era cuestión de tiempo…

-Póngame con reservas, por favor —dijo al auricular.

— ¡Lo vas a hacer! —Exclamó boquiabierta Barb—. Vas a ir a buscarla, ¿verdad?

Joe la miró un instante mientras asentía con la cabeza y devolvió su atención a la llamada.

—Solo de ida…, de momento. De Anchora a Nueva York.

DIECISIETE

LA COMIDA de su restaurante chino favorito le resultaba sosa e insípida. Wendy picoteaba la corteza de gamba y el arroz tres delicias y pensaba en la hamburguesa de reno que había compartido con Joe en el café.

—Estás a tres mil kilómetros de distancia. ¿Qué pasa? —le preguntó su amiga y futura editora, Crystal.

—No sé. No me lo quito de la cabeza.

Había llegado a Nueva York el jueves después de medianoche y se había pasado casi todo el viernes y la mitad del sábado con la policía. Las autoridades habían reabierto el caso de Billy Ehrenberg y, por suerte para ella, de lo único de lo que la habían acusado era de estúpida, y la habían dejado libre.

El sábado por la tarde había acudido al funeral de Blake, un acto elegante y multitudinario. A pesar de sus tejemanejes con los prestamistas y su parte de responsabilidad en la muerte de Billy Ehrenberg, todas las personas destacadas en el mundillo de la moda habían asistido.

Luego había pasado un rato con Vivian, a la que había encontrado sorprendentemente mimada, como si se sintiera aliviada de que Blake ya no formara parte de su vida. Lo que le daba una triste idea de cómo había sido su matrimonio.

Y el día anterior, el domingo, había estado en el laboratorio de Naturaleza sin fronteras, a la vuelta de la esquina del restaurante en el que estaban comiendo. Las fotos de los caribús habían resultado tan excelentes como había esperado y, tal como le había prometido, el director de la revista la había contratado en ese mismo instante.

Pero, entre tanta actividad, no había conseguido dejar de pensar en Joe. Habían pasado cinco días y no la había llamado. Claro que no le había dejado su número de teléfono. Y ella tampoco lo había llamado a él.

Le había dicho que necesitaba aclararse, sola una temporada. Sin él. Y Joe había respetado su decisión, a pesar de que sabía que iba en contra de su naturaleza, por lo cual le estaba muy agradecida.

—Hooolaaa —Crystal agitó una mano delante de la cara de Wendy—. Quieres decir que no puedes quitarte de la cabeza al guardabosque.

—A Joe —precisó ella—. Y sí, no puedo.

Crystal apartó su plato y abrió la carpeta con las fotos de Wendy. Silbó de admiración al ver los caribús y siguió hasta la última de ellas.

Era una foto de Joe.

— ¡Vaya! ¡No me extraña! Está de infarto —comentó mientras pasaba una uña sobre el cuerpo de Joe—. Profesionalmente hablando, por supuesto.

—Por supuesto.

—Sería un modelo excelente.

—Ni lo pienses —Wendy sabía que sería lo último que Joe haría.

Crystal cerró la carpeta y se la devolvió.

— ¿Estás segura de lo de la revista?

Wendy asintió con la cabeza y recordó la comida que Vivian Blake había ofrecido después del funeral. El mismo sector que hacía mes y medio la había puesto en la lista negra le había hecho de pronto tres ofertas para volver a trabajar como fotógrafa de moda.

—No es lo mío —contestó—. Ya no, por lo menos.

— Nunca lo fue —Crystal miró las uñas cortas de Wendy, sus sencillos pantalones caqui y el top verde campestre—. En realidad nunca te convertiste en una neoyorquina.

Wendy miró el elegante vestido negro de su amiga, su maquillaje impecable, sus joyas.

— ¿Y cómo acabaste tú en una revista de animales?

—No sé, es distinto. Pero está claro que lo tuyo es la naturaleza.

La naturaleza.

Wendy suspiró. Recordó la casa de madera de Joe, rememoró el beso que le había dado en el cuarto oscuro, cómo habían hecho el amor en la cabaña de la reserva la noche antes de volver.

La verdad es que ya no sé cuál es mi sitio.

Algunos de nuestros fotógrafos viven en el campo —observó Crystal.

— ¿A qué te refieres?

Ya lo sabes: viven donde trabajan. En vez de estar moviéndose todo el tiempo, se les asigna una zona y viven allí. En tu caso, podría ser Alaska —le sugirió Crystal. Wendy ya había pensado al respecto, el día que se había marchado de la cabaña de Joe—. Piénsatelo. —Ahora mismo no tenemos a nadie en Alaska. Podría funcionar.

Prefirió no considerar tal posibilidad y se distrajo calculando la propina para el camarero que les acababa de llevar la cuenta. Pero no fue capaz. Tenía la mente bloqueada.

— Esto es a cuenta de la revista —dijo Crystal al tiempo que dejaba un billete de cincuenta dólares sobre la mesa—. Bueno, tengo que irme.

—Sí, yo también.

Tenía que buscar un piso nuevo. Había quedado con los de la mudanza al día siguiente. Todavía no sabía adonde iría, pero sí que no

podía seguir pagando el apartamento en el que había vivido hasta entonces.

—¿Estás bien?

—Sí — Crystal sonrió a su amiga—. Tranquila.

—Te has enamorado de él.

— ¿Qué? —Wendy negó con la cabeza mientras se levantaba de la silla—. No, es...

—Amor —insistió Crystal. La rodeó por la cintura y salieron juntas del restaurante—. Reconozco las señales cuando las veo, pequeña, y tú las tienes todas.

Se separaron al llegar a la esquina con promesas de llamarse al día siguiente y Wendy tomó un taxi hasta su apartamento. Las calles estaban atascadas, hacía un calor asfixiante. Lo que antes llamaba diversidad de pronto parecía un tumulto. Era como si Manhattan no fuese la misma ciudad. En esos momentos habría dado cualquier cosa por respirar un poco de aire puro de Alaska.

Cuando por fin llegó a casa, lo primero el lo que se fijó fue en la luz parpadeante del teléfono. Se abrió paso entre las cajas de la mudanza mientras el pulso se le aceleraba. Tal vez fuera Joe. Quizá la había llamado. Pulsó un botón del contestador y se pasó los siguientes minutos oyendo los ruegos de las agencias de moda y tres revistas más para que colaborase con ellas. No consiguieron arrancarle la menor sonrisa, aunque suponía que debía alegrarse por haber recuperado el prestigio profesional.

Luego borró los mensajes, se quitó las botas y se sentó en la cama, preguntándose que estaría haciendo Joe en esos momentos, a más de cuatro mil kilómetros de distancia. El teléfono sonó otras cuatro veces antes de que anocheciera. Cuatro ofertas de trabajo más. Wendy las rechazó todas. Estaba cansada pero sabía que no podría dormirse. A las once y media de la noche volvió a sonar el teléfono.

Joe marcó el número de nuevo y esperó otros diez pitidos antes de darse por vencido, colgar el auricular y salir de la cabina. Había conseguido el teléfono de Wendy en listín, pero su dirección no aparecía. Lo único que sabía era que se trataba de una zona de pisos caros. Lo cierto era que podía estar en frente de su edificio y no enterarse. Por un instante, pensó en comprobar los nombres de todos los telefonillos y buzones de las viviendas cercanas.

—Déjalo por hoy —se dijo.

Tras la muerte de Cat, había pasado una semana en Nueva York y conocía la ciudad lo suficiente para desenvolverse. Había tardado todo el día en llegar a Manhattan desde Anchorage y estaba rendido. No por el viaje, sino porque no había pegado ojo la noche anterior. De

hecho, no había dormido bien desde que Wendy se había ido.

Necesitaba descansar. Antes de tomar ur taxi hasta el modesto hotel donde se había alojado, sacó un papel del bolsillo y buscó más dinero suelto en el bolsillo. Todavía le quedaba por probar el teléfono de la directora de fotografía. Recordaba que Wendy le había dicho que era ave nocturna, de modo que no dudó or llamar. De nuevo, no hubo respuesta.

— ¡Maldita sea!

No le gustaba rendirse, pero era demasiado tarde y no le quedó más remedio que aceptar que no podría encontrar la dirección de Wendy hasta el día siguiente.

Frustrado, tomó un taxi al hotel.

Estaba frente a la puerta de Naturaleza sin Fronteras cuando la recepcionista llegó a trabajar al día siguiente por la mañana.

-Estoy buscando a Wendy Walters —le dijo tras acompañar a la joven por la oficina la revista.

-Es nueva, ¿no?

- Sí, acaba de empezar. Fotógrafa —contestó tamborileando los dedos sobre la mesa de recepción—. ¿Podría darme su dirección?

-Lo siento —la recepcionista frunció el seño—. Me despedirían si...

—Vaya, vaya, vaya —sonó una voz femenina detrás de Joe. Este se giró hacia una mujer alta y elegantemente vestida que acababa entrar en la oficina. Llevaba dos tazas de café y una carpeta gigante—. Eres tú.

— ¿Yo? —Joe aceptó la taza que la mujer le daba.

—Joe Peterson, ¿verdad? Soy Crystal Chalmers, la directora de fotografía de Wendy se presentó. Estrechó la mano de Joe y echó andar por un pasillo hasta su despacho—, siéntate, por favor —invitó a Joe, que la había seguido, mientras dejaba la carpeta sobre su mesa

—Gracias —dijo él antes de dar un sorbo

Un placer. Y ahora, Joe Peterson, guardabosque y protector autoproclamado de la fotógrafa de moda, supongo que has venido en busca de Wendy.

— ¿De qué me conoces? —se extrañó.

—Vamos, llegas aquí a las ocho y media de la mañana, con la ropa arrugada y con pinta de no haber dormido en varios días, con perdón —dijo Crystal—. Wendy estaba igual cuando la vi ayer, por cierto. Y poco menos que acosas a la recepcionista para conseguir la dirección de tu novia. ¿Quién si no ibas a ser?

—No es mi novia, es...

—Pues debería serlo. Debería ser más que eso incluso. Pero eso no es asunto mío. Ahora, mismo supongo que solo quieres encontrarla.

—Sí, pero cómo...

—Tranquilo, no tengo telepatía ni nada de eso. He visto un par de fotos tuyas. Buenas fotos, sí, señor —contestó sonriente.

Joe recordó que Wendy le había hecho ulgunas fotos en la reserva. Al principio no había gustado, pero eso había sido antes conocerla de verdad y enamorarse de ella Apenas habían pasado un par de semana pero parecía toda una vida.

Había cambiado mucho en las anteriores dos semanas y preveía más cambios todavía. Cambios a mejor.

—Antes de darte su dirección, me gustaría enseñarte una cosa —dijo Crystal mientras abría la carpeta y sacaba unas ampliaciones de las fotos de los caribús—. Echa un vistazo.

Joe examinó las fotografías, maravillado. Wendy había logrado captar en aquel carrete lo que tantos otros no habían logrado durante años: la cruda belleza del entorno, el poder y la majestuosidad de los renos del bosque en el que había trabajado desde hacía años.

—Son estupendas.

—Tiene mucho talento.

— Y agallas —comentó recordando hasta qué punto se había jugado la vida por conseguir aquellas fotos.

—Eso también —Crystal sacó una pluma, hizo una anotación en un papel y se lo entregó—. Su dirección. Más vale que corras. Se muda hoy mismo.

— ¿Mudarse? —preguntó con el estómago encogido—. ¿Adonde?

—No lo sé —Crystal se encogió de hom-hios —. Eso depende de ella... y de ti.

Los de la mudanza llegaron temprano. A Wendy se le habían pegado las sábanas, de modo que apenas había tenido tiempo de vestirse y tomarse un café antes de que empezaran a llevarse muebles.

Miró por la ventana hacia los tres hombretones que estaban metiendo su sofá en el camión para el porte. Se había pasado los últimos siete años trabajando y apenas había acumulado trastos ni objetos personales, lo cual era bueno, pensó mientras miraba las cajas que quedaban en la cocina, porque facilitaba el traslado.

El día anterior había encontrado un piso en alquiler cerca de la oficina de Naturaleza sin fronteras. Cerca también de tres de las mejores agencias de moda de la ciudad, que se habían puesto en contacto con ella en los últimos dos días. Era de tontos no aceptar alguna de aquellas ofertas. Incluso Crystal se lo había recomendado mientras comían. Estaban dispuestos a pagarle una barbaridad.

Y aunque en el tiempo que había pasado en la reserva se había dado cuenta de que era una buena profesional y se merecía aquellas ofertas, la cuestión era... qué quería.

Un par de fotos en blanco y negro sobresalía de una caja medio abierta situada sobre la encimera. Wendy sintió un cosquilleo en el pecho al sacarlas. Eran de Joe. Las había revelado en el laboratorio de la revista junto con las de los caribús. Crystal no había visto esas dos fotos. No había querido que las viera nadie. Eran demasiado personales.

Apoyada contra la nevera, se dejó resbalar hasta sentarse en el suelo a mirarlas. Eran muy bonitas. El juego de luces y sombras en los músculos de su espalda, la curva pronunciada— sus bíceps, la definición de la mano..., todo con un fondo impresionante de flores.

Pero lo que más la conmovía era la expresión de su cara, esa mezcla de control, dolor, esperanza y algo más que no sabía calificar. En la otra foto la miraba de frente.

Contemplarla la hizo recordar.

En la reserva, a lo largo de una sucesión de situaciones en las que se habían jugado la vida, Joe le había dado la libertad de tomar sus propias decisiones. Decisiones que los habían afectado a los dos.

Habían formado un equipo.

Y le había dicho que la quería. Le había abierto su corazón y había compartido con ella sus heridas y sus sueños. Wendy pensó en la casa de madera, en la ilusión con la que la habría construido, lleno de esperanza y con la vista puesta en el futuro.

Un futuro que quería compartir con ella.

— ¿Adonde, señorita? —la voz del hombre de la mudanza la sobresaltó.

—No... no sé —Wendy devolvió las fotos a la caja—. Déme un momento.

— ¿No lo sabe? —Preguntó asombrado el tipo—. A esto lo llamo yo una decisión de última hora.

Sí, eso era. Una decisión de última hora. Una locura de decisión.

— Tienen almacenes, ¿verdad? —dijo mientras volvía al salón con paso resuelto, seguida por el porteador—. Algún sitio donde guardar las cosas temporalmente.

— Sí, pero...

—Llévelo todo allí — Wendy descolgó el teléfono —. Lo llamaré dentro de unos días con una dirección.

—Lo que usted diga —contestó el hombre, mirándola como si estuviera como loca de remate—. Le va a salir caro. El almacén no es barato.

—No importa, hágalo. Y páreme un taxi, por favor. En seguida bajo —le pidió al hombre antes de que se fuera. Luego marcó el número de información y esperó a que la operadora respondiera.

— Buenos días, la atiende Lisa, ¿en que puedo ayudarla?

Wendy respiró hondo y se lanzó a la piscina.

— ¿Me puede dar el número de Aerolíneas Alaska? El teléfono de reservas, por favor.

DIECIOCHO

ESTABAN atascados. Joe maldijo mientras el taxista frenaba en seco, bloqueado entre un camión de bomberos y una ambulancia, los cuales habían llegado para asistir a los heridos de un accidente una calle más arriba.

— ¿No puede salir de aquí?

—Depende —el taxista se encogió de hombros—. ¿Cuánta prisa tiene?

—Toda —contestó Joe al tiempo que le pasaba un billete de veinte dólares a través del agujero de la ventanilla protectora de separación.

—Haberlo dicho antes —respondió el taxista. Maniobró para meter el morro y no paró hasta llegar al otro lado de la acera.

Instantes después, habían salido del atasco avanzaban sin problemas hacia la dirección que Crystal le había dado. Había llegado el momento de poner las cartas boca arriba. Había tenido cinco días, seis con ese, para aclararse. De acuerdo, no era tanto tiempo, pero él no podía soportar ni un segundo más sin volver a verla.

El taxista giró y llegó a la calle de Wendy. Le sudaban las manos. Un camión de mudanzas bloqueaba el paso varios metros más adelante. Seguía con la rampa bajada.

—Más vale que corras —le había dicho Crystal—. Se muda hoy mismo.

¡Wendy!, comprendió de repente. ¡Era el camión de la mudanza de Wendy! Joe pagó al conductor, bajó del taxi y echó a correr hacia el camión buscando a la mujer de su vida entre los transeúntes. No la vio.

Justo al llegar al camión, un taxista arrancó y estuvo a punto de atrepellarlo.

— ¡Mira por dónde vas! —le gritó, lanzándole una mirada asesina. Luego se dirigió a los dueños del camión—. ¿Apartamento 2B? —les preguntó.

— Sí —contestó uno de los porteadores mientras metía otra caja.

Joe subió las escaleras corriendo. La puerta de Wendy estaba abierta. Se detuvo un segundo a tomar aliento y tranquilizarse.

«Muy bien, Peterson», se dijo. «Nada de presionarla. Solo vas a preguntarle, nada más».

Empujó la puerta despacio y entró en el apartamento.

Vacío.

Recorrió la cocina y el salón, fue al dormitorio, al cuarto de baño. Se había marchado.

De pronto oyó unos pasos en el portal. Contuvo la respiración. Y la soltó al ver que era uno de los encargados de la mudanza.

— ¿Dónde está? —le preguntó Joe — . Wendy Walters, ¿sigue aquí?

— No —el porteador echó un vistazo a la casa—. Acaba de irse en un taxi.

— ¿A qué dirección van a enviarle los muebles? —quiso saber Joe.

—No ha dejado ninguna. Que lo dejemos todo en el almacén.

¡Maldita fuera! Joe vio dos sobres en la encimera, con dos cartas sobresaliendo. Agarró la primera. Era una oferta de trabajo. Aunque él no tenía ni idea de moda, por el sueldo que le ofrecían parecía una buena oportunidad. La segunda oferta era aún mejor.

—Venga, tengo que cerrar —dijo el porteador—. Me están esperando.

— Debe de habérselas olvidado —Joe le entregó las cartas.

Bajó a la calle y caminó sin rumbo, pensando cómo podría localizarla. De pronto se le ocurrió que quizá no quisiera que la encontrara.

Pensó en llamar a Crystal Chalmers. Era su amiga y tal vez supiera adonde había ido. También pensó en emborracharse. Solo eran las diez de la mañana, pero la idea le resultaba tentadora.

Al final optó por una cerveza en la cafetería del aeropuerto. Mientras esperaba a embarcar en el vuelo que esa misma tarde lo llevaría de vuelta a Anchor age.

Wendy aparcó sobre las guijas y usó el juego de llaves que Joe escondía bajo una piedra para abrir la puerta de la cabaa. No había visto el camión a la entrada, de modo que ya sabía que no lo encontraría dentro.

Lo primero que notó al encender la luz fue que el sitio estaba hecho un desastre. Había papeles por todo el despacho y la luz del contestador parpadeaba con impaciencia: la pantalla mostraba que tenía cuatro mensajes acumulados. Dos eran de ella.

Lo había llamado una vez antes de embarcar y una segunda al llegar a Anchorage. Pero no lo había encontrado en casa o Joe no había querido atender su llamada.

Al principio había temido que se tratara de lo último, pero dado el estado de la cabaña, daba la impresión de que hacía días que no estaba en casa.

Un sandwich de queso a medio terminar reposaba sobre una servilleta en la mesa del despacho. El pan estaba duro como una roca. Entró en el baño y cerró un grifo que goteaba. El dormitorio estaba lleno de ropa por el suelo. También había dos maletas vacías junto al

armario abierto.

Entonces encajó las piezas: Joe se había desvestido, se había duchado, había vuelto a vestirse y había preparado el equipaje para irse a algún sitio..., todo muy deprisa.

La cuestión era: ¿adonde había ido y cuándo volvería?

Había tenido muchas horas durante el vuelo para pensar lo que iba decirle. Pero era más de medianoche y lo único que quería en esos momentos era que volviese cuanto antes, besarlo y dormirse entre sus brazos.

Wendy se cambió de ropa. Se puso cómoda, encendió la chimenea para calentar la cabaña y dio una vuelta por las habitaciones apagando las luces que había ido encendiendo antes.

Luego se fijó en un papel que había sobre la mesa del despacho: una solicitud de traslado para dejar la reserva y volver al puesto de mayor responsabilidad que ya había tenido antes. Y encontró un segundo papel, una orden a la compañía telefónica para que empezara a dar servicio en la casa de madera.

Joe Peterson había decidido volver a la vida. Sonrió. Su alegría se convirtió en nervios cuando oyó el sonido inconfundible de un vehículo que se acercaba. El camión de Joe.

Dio un paso atrás hasta el sofá, se apoyó sobre el lateral y esperó mientras el cerrojo giraba.

La puerta se abrió. Se quedó estupefacto al encontrarla.

— ¡Joe!

—Wendy...

Quiso correr hacia él, decirle de golpe todo lo que sentía, pero el cuerpo le traicionó. Los pies permanecieron sobre el suelo, como adheridos con pegamento. Se quedó sin saliva. Se le cerraron los pulmones. Apenas podía respirar.

—Wendy —repitió Joe y soltó la bolsa de viaje.

Ella lo miró, incapaz de moverse, mientras él cubría en tres zancadas la distancia que los separaba. El brillo de sus ojos derritió por fin el pegamento que la fijaba al suelo.

— ¡Joe! —exclamó de nuevo mientras se lanzaba contra su pecho.

Él la levantó en brazos y se besaron. Con locura, desesperados. Joe recorrió su cuerpo en un arrebato posesivo que también ella sentía. Wendy aspiró su aroma, se abandonó al calor de sus manos, a sus besos, al latido de su corazón contra su propio pecho.

— ¿Qué haces aquí? —preguntó mientras se sentaba en el sofá con Wendy en el regazo—. No puedo creérmelo.

—Necesitaba verte —dijo después de que Joe le acariciara la mejilla.

— Yo también necesitaba verte —contestó él sin dejar de abrazarla —. A eso había ido. A verte. No sabía...
— ¿Qué? —Wendy se fijó en el billete de avión que asomaba por el bolsillo de su camisa—. ¿Has ido a buscarme?, ¿a Nueva York?
—Hace dos días. O al menos eso creo. ¿A qué estamos?
—No sé. A miércoles. No, martes —Wendy lo miró atónita.
—No pretendía arreglar tus cosas. Sabía que podías tú sola y quería darte unos días para que te organizaras —Joe la miró con seriedad—. ¿Tienes las cosas más claras?
—Sí.
Wendy lo informó del desenlace de la investigación policial y le aseguró que estaba totalmente libre. Le contó que había asistido al funeral de Blake, y la alegría con la que Vivían había encajado la viudedad.
Joe le habló del viaje a Manhattan, de cómo se había presentado en la revista y había conocido a Crystal.
— Hemos debido de cruzarnos —dijo Wendy—. ¿Por qué no me llamaste?
—Te llamé. Un montón de veces, pero...
— Da igual — Wendy acalló sus palabras con un beso—. Estás aquí.
—Y tú estás aquí —dijo emocionado Joe—,
— ¿Por qué?
— ¿No se te ocurre? —Wendy le rodeó la nuca con ambas manos. |
—Cuéntamelo.
Quiso contarle un millón de cosas, pero solo había una importante.
—Te quiero —dijo, y Joe se quedó mirándola— He dicho que te quiero.
—Lo sé —sonrió por fin—. Solo quería que volvieras a decirlo.
Wendy le dio un pequeño puñetazo en el pecho y se echaron a reír.
Luego se besaron. Despacio, con ternura.
—Estoy haciendo algunos cambios en mi vida —dijo Joe labio contra labio.
—Lo sé. La casa de madera, el trabajo... He visto los papeles en la mesa.
—Es hora de empezar a vivir de nuevo — Joe abarcó sus mejillas con las manos para mirarla a los ojos—. Yo también he visto las cartas de tu cocina.
— ¿En mi apartamento?, ¿estuviste en mi apartamento?
—Un segundo, mientras los de la mudanza terminaban...
Wendy recordó que las había dejado sobre la encimera.
—No eran tan buenas.
— ¿No? —Joe la miró con una pregunta bajo las cejas enarcadas.

—No.

Y esbozó la sonrisa más bella que jamás había visto Wendy.

—Bueno, ¿qué?, ¿qué te parece? Lo de la casa de madera, quiero decir.

— ¿La que está junto a la ciudad?, ¿la que construíste tú? No sé, demasiado grande para una persona sola, ¿no?

—Eso justamente estaba pensando —Joe la besó de nuevo, con más pasión esa vez, y Wendy lo sintió excitarse por debajo de ella.

—Quizá te vendría bien una compañera de piso —dijo antes de mordisquearle el lóbulo le la oreja—. Alguien a quien también le guste la naturaleza.

— ¿Como una fotógrafa, por ejemplo?

—Exacto. Pero solo si es buena. Una que trabaje para una revista importante y que acaba de conseguir que la destinen a Alaska.

— ¿De verdad? ¡Es fantástico! —Joe la miró con el rostro iluminado, pero Wendy es pero hasta oír su respuesta—. Pero no. No quiero una compañera de piso —añadió con eriedad.

-No... ¿No?

— No…el corazón le dio un vuelco—. ¿No?

—No habría espacio suficiente.

—No habría espacio...

—Es que estaba pensando en casarme y tener hijos. El lote completo.

Wendy se quedó sin respiración.

— ¿Tú...?, ¿sí?

—Lo único es que ella no me ha dicho todavía que sí.

Wendy enredó los dedos en el cabello de Joe.

—Bueno, puede que sea porque no le has dicho que la quieres. Al menos en los últimos días.

Joe la levantó, la colocó sobre los cojines del sofá y se situó encima de ella con cuidado.

— Te quiero, Wendy —dijo con adoración—. Cásate conmigo.

— ¿Cuántos hijos tendremos? —preguntó ella después de rozar sus labios.

—No sé, ¿cuatro?

— ¡Cuatro!

—Bueno, tres entonces. Wendy lo miró a los ojos y vio todos los años de amor y felicidad que compartirían.

—Sí.